

**HERBERT MOROTE**

# **SUERTE PARA TODOS**

**NOVELA**

© El autor tiene todos los derechos de esta versión para Internet. Autorizada su reproducción parcial o total siempre y cuando se mencione esta fuente.

Frank Rosales sí dejó ese lunes por escrito.

La sala de conferencias mantenía la usual penumbra que permitía destacar la proyección de cuadros estadísticos. Frank los veía como edificios apiñados, altos y bajos, pizzas cortadas desigualmente y combinación de líneas punteadas, unas para arriba y otras para abajo. Los tontos de siempre, con sus trajes oscuros, camisas blancas y corbatas insulsas, tomaban notas y parecían estar absortos en lo que Ray decía. El ligero zumbido del proyector era acompañado por oscilantes mandíbulas que masacraban chicles y los revivían paseándolos por todo el recinto bucal. La prohibición de fumar había creado un ambiente estéril, pero siguen adictos, opinaba Frank Rosales.

A media mañana, mientras el enano, como apodaba a Ray, seguía hablando con su acostumbrada elocuencia, Frank supo que era tiempo de fugarse mentalmente. Después de descartar dibujar barquitos o escribir los nombres de ciudades que había visitado o de las mujeres con quien se había acostado, decidió hacer lo que más le entretenía: imitar a los locutores de su juventud y relatarse un partido de fútbol. En esta oportunidad escogió el clásico entre Universitario y Alianza Lima que pudiese haber ocurrido veinte o treinta años atrás.

Estas habituales fugas le habían permitido mantener una postura atenta durante las aburridas reuniones de negocios, donde los ejecutivos hacían exposiciones interminables mostrando con detalle las cosas que iban bien y pasando por alto los problemas. Sin embargo, bastaba un cambio

de ritmo, tono, o el más sutil carraspeo del expositor para que Frank detectase que algo se ocultaba, entonces suspendía el partido y regresaba fresco a la discusión. Generalmente ganaba.

El propósito de fuga de esta reunión era otro: evitaba alterarse con la perorata de Ray, quien, ayudado por diapositivas preparadas con el esmero que sólo los egresados de Harvard saben hacer, mostraba los riesgos financieros si la propuesta de Frank se llevase a cabo. Lo que me encabrona, decía éste, es el rito jesuítico de su exposición: da dos palabras de aliento y treinta frases de advertencias. Frank hubiera preferido un ataque frontal, pero no era la costumbre en las reuniones del Comité Ejecutivo. Esperando el momento adecuado para intervenir, prefirió continuar la transmisión deportiva. Su equipo, la «U», jugaría sin pases laterales: Recibe la «lora» Gutiérrez, busca a quién pasar, ve a Lolín desmarcado, le envía el balón, éste corre por la izquierda, centra, su hermano Lolo cabecea y ¡GOOOOOL Barrigton!, el casimir de PuuuuuRA lana. Mejor, saca el negro Zegarra, la recibe Toto Terry.. No, la toma Challe... No, mejor, la para el «gato» Salinas y en dos trancazos cruza el campo enemigo...

Ray, en su calidad de Director de Planeamiento Estratégico de Mediplast, estaba boicoteando la recomendación de comprar Hospital Care Inc. La razón era simplemente personal, no deseaba que el grupo de empresas, dirigidas por Frank, aumentase más su hegemonía dentro de la empresa. Hasta ese momento Jack, el Presidente del Directorio, no daba la menor señal de aprobación o rechazo, sus regordetes dedos alzaban la cuarta taza de café. La vejiga debe estar rebosando, calculó Frank, al observar discretamente que el respetable vientre comenzaba a mearse en el sillón. Ahora contraataca el Alianza por intermedio del nene Cubillas, peligro para la «U», Cubillas descuenta a uno, a dos, combina con «chupón» Castillo... ¡Jack, mueve la panza carajo, que nos empatan! La movió y miró su reloj.

-Tomemos unos diez minutos de pausa -balbuceó el

respetable vientre, interrumpiendo a Ray que iba en su segundo carrusel de diapositivas.

Frank siguió a Jack hasta el baño de los directores. Puestos los dos en batería, y anticipándose a que llegase otra persona, le dijo: -Tengo que darte una importante información antes que se reinicie la junta.

Jack asintió ligeramente con su lustrosa cabeza y, cuando las primeras gotas consiguieron finalmente precipitarse al mármol, confirmó con voz aliviada:

-Pasaré por tu oficina.

La «U» cierra su defensa, sale Da Silva y despeja el peligro. El balón cae en las tribunas de segunda, el público se niega a devolverlo...

Connie, la secretaria, con varios papelitos blancos y dos rosados, lo esperaba en su despacho. Los mensajes rosados indicaban urgencia. Uno era de Bill Arnoe, *asunto personal*; el otro era de Javed Iqbal, profesor del MIT que devolvía la llamada. Decidió llamar a Bill inmediatamente, no por consideración a que fue vicepresidente para Latinoamérica cuando Frank era gerente en México, sino porque le intrigaba que hubiese telefonado a la oficina por un *asunto personal* y no a casa.

-Hola muchacho -contestó Bill con voz agitada-. Siento haberte llamado a esta hora, pero... Vas a creer que estoy chiflado. ¿Te acuerdas de Pipe Somocurcio? -preguntó, atropellando las palabras.

-Por supuesto --respondió Frank, sin vacilar--. Mi paisano, el peruano que trabajó para la Mediplast en México, y que...

-El mismo -lo interrumpió Bill, impaciente. Parecía que le faltaba la respiración-. He recibido una llamada de su ex mujer que ahora vive en Estados Unidos

-¿Y .. ? -cortó esta vez Frank, creyendo que Bill volvería a contar la historia.

-Bueno, Anne-Sophie me dijo... me dijo... me dijo... -repetía su ex jefe, con voz angustiada.

--¡Bill, carajo!, ¿qué te dijo la mujer? -le urgió

Frank, desesperado.

-Me dijo que Pipe ha muerto ATROZMENTE -gritó él- Sucedió el viernes pasado.

-¿Cómo que atrocemente? ¿Cómo?, Bill. ¿Atrocemente?, ¿qué le pasó?

-No lo sé porque Anne-Sophie colgó y no tengo su teléfono. Por eso te llamo -continuó, un poco más calmado-. Tú tienes amigos en México y la subsidiaria es parte de tu grupo. A los jubilados ya no nos hacen caso, tú sabes. Yo por mi parte trataré de localizar a la chica.

Frank no pudo llamar inmediatamente a México porque su secretaria le pasó la comunicación con el profesor Iqbal. Antes de responder Frank revivió por unos segundos su soterrada admiración por Pipe. Ha sido, se dijo, la única persona que he envidiado. Quizá no lo conocí bien.

-Gracias por contestar la llamada profesor Iqbal. Sé que usted está muy ocupado por lo que iré directo al asunto. Mediplast tiene mucho interés en establecer un programa con una universidad, como el MIT, para estudiar la degradación del polipropileno. Me gustaría ver si podemos reunirnos y cambiar ideas al respecto. Podría ir a verlo a Boston o usted podría venir a visitarnos en Manhattan. No le tomará mucho tiempo. Enviaríamos a nuestro avión para recogerlo a eso de las seis de la tarde, cenaríamos por aquí y usted estaría de vuelta en casa antes de medianoche. ¿Qué le parece doctor Iqbal?

-No creo que sea necesario señor Rosales -contestó un acento hindú o pakistaní-. Hemos firmado hace pocas semanas un contrato con la compañía Hospital Care que nos impide hacer investigaciones para otra empresa en ese campo.

-Hum, lo entiendo, profesor. ¿Y si estudiáramos conjuntamente otra área? No sé, quizá ver si es posible la reducción del polipropileno mezclándolo con materias degradables. ¿Qué le parece?

-Señor Rosales, el acuerdo con la compañía Hospital Care es muy amplio e incluye todo lo que permita la

reducción del contenido de polipropileno en los productos plásticos: mezcla con talco o con burbujas de aire o su ingestión por protozoarios.

Al oír lo último Frank apretó fuertemente el teléfono. ¡Protozoarios que comen plásticos! ¡Sí, eso era posible!

-Entiendo, profesor Iqbal -dijo, controlando lo mejor que pudo su emoción-. Lo siento tanto por el MIT como por nosotros. Creo que habiéramos trabajado muy bien juntos. En todo caso, si algún día viene por *the Big Apple* me gustaría conocerlo personalmente. Por favor llámeme.

La increíble posibilidad de que se descubriera protozoarios que comieran plásticos no le quitó la curiosidad por saber cómo pudo ser que Pipe hubiese muerto atrozmente. Cuando estaba marcando un teléfono de México, Jack entró pausadamente.

-El World Financial Centre va a estropear tu vista al río Hudson.

-Efectivamente -respondió Frank, con resignación-. Espero que me dejen ver aunque sea la antorcha de la Estatua de la Libertad -y, buscando sus esquivos ojos, agregó-: Jack, anoche me han informado que hay otra compañía interesada en comprar Hospital Care. Creo que es Simmons Industries. Si no nos apresuramos perderemos esta oportunidad.

-Era de esperar -se lamentó Jack, como si hablase con él mismo-. Ahora subirá más el precio. Hijos de puta -murmuró.

-Eso no es todo, acabo de enterarme que Hospital Care tiene un contrato con el MIT para desarrollar protozoarios que puedan alimentarse de plásticos. Imagínate el beneficio ecológico.

-¡Dios mío! Ahora entiendo... si Simmons compra Hospital Care tendrá acceso a.....¡Tenemos que impedirlo! -espetó Jack, enrojeciendo el rostro. Luego se quedó callado un largo rato mirando la construcción. Des-

pues, sin voltear, agregó pausadamente-: Escucha Frank,

ten cuidado con la compra, doscientos treinta millones de dólares es mucho dinero. Tú has visto que Ray está demostrando que cada acción puede bajar cinco centavos y eso es demasiado. La gente de Wall Street no nos perdonaría.

Frank aceptó que el precio era alto, pero aseguró que tenía algunos planes para mejorar las proyecciones originales. Lo anunciaría en la reunión.

Antes de regresar a la sala de conferencias, pidió a su secretaria que llamase al gerente de México y averiguara qué le pasó a mister Somocurcio. ...el árbitro espera unos minutos y la pelota no regresa a la cancha. Todo el estadio comienza a protestar, la policía se pone de pie y alista sus varas. Para evitar tragedias personales el jefe de la mesa de control decide entregar otro esférico. Continúa el partido... ¿A Pipe? ¿Cómo que atrocemente?

Ray terminó a las doce y media, justo a la hora de ir a almorzar. Alianza Lima había empatado gracias a un penalty injustamente cobrado. El árbitro mira su reloj, han pasado los noventa minutos, se jugará la compensación por las interrupciones. Frank se levantó y dijo:

-Un minuto por favor, tengo una información que posiblemente evitará reunirnos en la tarde, tomará poco tiempo. ¿De acuerdo? -preguntó, mirando a Jack.

El respetable vientre masculló algo que los infatigables rumiantes entendieron como un sí, porque Jack no se levantó.

Frank prendió las luces desde el mando portátil y clavó sus ojos en Ray a la vez que lo felicitaba por su colaboración.

Viendo que su enemigo forzaba una sonrisa, pensó: los dos sabemos que eres una rata envidiosa.

-Efectivamente, corremos el riesgo de perder cinco centavos por acción si se compra Hospital Care. Pero -dijo, en su mejor acento inglés-, perderemos quince si Simmons Industries la adquiere.

Tomando un marcador, puso unas cuantas cifras sobre

la pizarra electrónica y distribuyó las fotocopias que salieron automáticamente por una rendija. Explicó que las nuevas Proyecciones incluían el cierre de la planta de Connecticut, cuyos Productos serían fabricados en México: seis dólares menos la hora por trabajador y cinco años sin pagar impuestos.

-Eso afectará a dos mil familias -dijo sorprendido el Director de Recursos Humanos-. Vamos a tener problemas, tu grupo tiene un récord de despidos muy alto.

-Sí, dos mil menos aquí y novecientos más en México -replicó Frank, disimulando mal su enfado. Y, en tono agresivo, continuó-: Mira, yo no he inventado la economía de mercado, esto es lo que las compañías americanas hacen en todo el mundo. Ya es hora de que toque a un *hispanic* echar americanos a la puta calle -al oírse decir esto, Frank se dio cuenta de que todos quedaron inmóviles; ya era tarde para amenguar el impacto. Sin arredrarse puso nuevas cifras en la pizarra y Prosiguió con convicción-: Seremos más eficientes en una fábrica moderna. No nos debe preocupar cerrar plantas improductivas, tenemos que ser competitivos, esto es América, ¿no es así Jack?

El respetable vientre se inclinó hacia adelante, abrió los ojos y gruñó:

-Si no lo hacemos, la competencia lo hará. Estoy seguro.

La reunión terminó abruptamente: Ray se pronunció abiertamente por la compra y ofreció -su colaboración en la negociación. Frank aceptó la oferta y le prometió que a la menor dificultad lo llamaría. ...el árbitro mira de nuevo su reloj comienza a levantar la mano, Héctor Chumpitaz lleva la redonda, está en medio de la cancha, ve adelantado al portero de] Alianza y dispara. El cañonazo se eleva por los cielos, parece que se va, ¡no!, regresa y entra meteóricamente al estadio perforando la valla enemiga. GOOOOOL Barrigton, el casimir de PuuuuuRA lana. ARRIBA LA «U», ARRIBA LA «U»... ¿atrozmente?, ¿a un hombre como Pipe?

En la tarde, la reunión con su equipo para preparar la adquisición de Hospital Care fue interrumpida constan-



temente por Connie: «lo siento», «no entra su llamada a México», «salió a comer», «no contestan», «no hablaba inglés y me cortó». A las seis la secretaria preguntó si deseaba algo más porque tenía que tomar su tren dentro de treinta minutos. Todos miraron el reloj y a Frank no le quedó más remedio que citarlos para el día siguiente. ¿Atrozmente?, ¿a Pipe?

Mientras que el murmullo de la oficina se iba apagando abrió un cajón de la consola, buscó la libreta negra y marcó el número directo del gerente en México. El señor Mendieta no había regresado de la comida, la secretaria era nueva y no conocía a Pipe Somocurcio. Marcó otro, número, el Departamento de Servicio a Clientes no contestó. Extraño que no trabaje lo mejor que tenemos en México, pensó Frank. Buscó otros números hasta que encontró el del almacén.

-Habla el licenciado Rosales. ¿Quién eres?

-Hombre, lic, qué milagro. Soy Ramiro.

-¿Ramiro?

-Sí, el «mango petacón», licenciado.

Las noticias eran malas, el velorio de Pipe se estaba llevando acabo en la funeraria Gayoso. Las chicas de servicio a clientes habían ido a despedir a quien fue su querido jefe por varios años. El jefe de almacén no sabía de qué había muerto el señor Somocurcio, unos decían de infarto, otros de un desafortunado golpe en la cabeza al resbalarse en el estacionamiento de su edificio, y no faltaba el desgraciado que aseguraba que lo habían asesinado por cuestión de faldas. Eso era el colmo. No a Pipe. ¿Cómo hay gente que pueda tener una lengua tan mala, licenciado?

Frank llamó a su esposa para decirle que llegaría un poco tarde, enseguida salió de su oficina en busca de un cuaderno para notas. Si la carátula fuera roja sería ideal. Los amplios corredores se habían achicado con la oscuridad y la ausencia de empleados. Al fondo un

fornido negro limpiaba la alfombra, Frank creyó ver odio

en sus ojos y se le erizó la piel. Entró rápidamente al cuarto de papelería y felizmente encontró un cuaderno rojo en la primera repisa. Al regresar puso, por primera vez, seguro en su puerta. Recuperó algo su respiración.

La iluminada Estatua de la Libertad le pareció un ectoplasma que luchaba por deshacerse de las sogas que la sujetaban desde las tinieblas. Al sentarse pasó su mano por la cubierta del cuaderno y sintió escalofríos. Esta vez no sería como los otros treinta y tantos cuadernos que había empezado. Escogió del vaso de plata aquel bolígrafo que llevaba sus iniciales y el escudo de México, lo examinó, y escribió con su mejor letra: Dicen que Pipe Somocurcio murió atrozmente el viernes 13 de noviembre de 1987. Hoy lunes...

-De Honorino prefiero no hablar. Mi compadre, el «Jarocho», sí era un chingón -afirmó el viejo a tiempo que se dobló sobre la mesa empujando la botella vacía al piso de tierra. La mano de Filemón se quedó colgando, le faltaba el pulgar.

Resignado, el forastero dio un suspiro, cerró su cuaderno verde y apagó la grabadora. Luego, aplastó algunas cucarachas, subió a la hamaca, y cerró el mosquitero USA Army . No podía dormir, se quedó pensando en el «Jarocho» y su hijo. Se los imaginó tirando de la mula por los senderos más recónditos del Estado de Guerrero. Cambiaban, y a veces vendían, cacerolas, machetes y tintes, por hongos alucinógenos y marihuana. Los miserables campesinos los recibían con prudente alegría. Tantos años de traficar por esas ardientes montañas habían conseguido que algunos les mirasen a los ojos. En esa interminable hondonada de tierra caliente el niño vela, escuchaba, y comenzaba a darse cuenta de lo que tenía que hacer para sobrevivir. Cuando se acercaban a la costa y subían a la sierra de Atoyac, miraban las luces de los barcos que iban a Acapulco, entonces Honorino preguntaba a su padre si eran verdad las historias que contaban sobre las gringas. El «Jarocho» nunca se atrevió a ir. Se sentía más seguro por el monte a pesar de que en momentos, como la entrega y cobro de *la Acapulco gold*, su vida tenía la misma posibilidad que la ruleta rusa. Las traiciones de los traficantes, los advenedizos aventureros y la policía, eran elementos que rompían la quietud de sus bucólicos viajes. Por eso el «Jarocho» dejaba a su hijo en la cabaña del compadre antes de realizar la entrega. Su mayor felicidad no era llegar a ser rico, ni tener un jeep, era caminar con su hijo al

costado de la mula siguiendo las cartas de navegación que la naturaleza abundantemente señalaba. Estrellas, árboles, picos de cerros, riachuelos, animales, eran evidentes marcas para que pudiese llegar a olvidados poblados asediados por irrupciones de sanguinaria violencia. El forastero tardó en dormir, sabía muy poco de Honorino, el hijo del «Jaroch», compadre del viejo Filemón.

La calima pegajosa de la mañana estimuló la mezcla de olores de excrementos, humanos y animales, con la descomposición de frutas esparcidas por el suelo. Las moscas volaban frenéticamente, parecía que se hubiesen despertado con mal genio. La danza de ese ruidoso enjambre negro tomaba visos de locura colectiva alrededor del forastero, que se defendía infructuosamente agitando un periódico. El viejo vio la lucha por buen rato, finalmente le explicó que las moscas querían conocerlo, y si en lugar de amenazarlas se dejara inspeccionar acabaría pronto la curiosidad. El cansancio de sus brazos fue la razón principal para aceptar el consejo. Los primeros minutos fueron terribles, especialmente el escozor en la nariz y las cosquillas en los oídos, después, él y las moscas se calmaron un poco. Finalmente llegaron a un equilibrio estratégico que duró todo el tiempo que estuvo en la montaña.

Desayunaron tortillas de maíz con cecina y un incitante café que se transformó en un horrible brebaje al primer sorbo. Sin entusiasmo, el viejo le repetía lentamente:

-MA-LI-NAL-TE-PEC, Malinaltepec, ME-TLA-TO-NOC, Metlatonoc, XO-CHI-HUE-TLÁN, Xochihuetlán.

Cuando el forastero leyó correctamente sus apuntes, oyó decir a Filemón:

-Estos forasteros son muy brutos.

La siguiente serie de pueblos le costó un mayor esfuerzo: Coahuayutla, Tlacoaschistlahuaca, Ajuchitlán.

-Nunca aprenderán, además para qué carajo servirá saber cómo se llaman -dijo el viejo con enfado.

El forastero le lanzó una penetrante mirada y replicó:

-Si hubiese traído el mapa no lo molestaría.

Luego le explicó por enésima vez su deseo de ir lo más pronto al sitio donde Honorino vengó el asesinato de su padre. La demora no se debía a dinero, el viejo cobraba un precio razonable para llevarlo a ese remoto lugar. El asunto era que no quería ir con los fuertes caballos que el forastero había traído, sino en mulas, y éstas tardaban en llegar de Chichihualco.

-Honorino comía todo lo que se le daba; mi compadre, en cambio, tenía sus preferencias. Lo que más le gustaba era el guiso de gusanos de maguey que prepara mi mujer. ¿Ha probado alguna vez gusanos?

-Solamente fritos. Algunos restaurantes del Distrito Federal los tienen.

A mediodía se soltó una catarata desde un cielo repentinamente oscuro. Los cerdos y las gallinas se refugiaron bajo la palapa tumbando algunos bancos. La mujer, sin expresión en su cara, trajo el plato preferido del «Jarocho». El forastero observó que los obesos gusanos en salsa parecían ser mucho más grandes que los de la capital, quizá porque al freírlos reducían sus patitas y las cabezas.

El viejo presumió que hablaba Tlapaneco, pero reconoció que su compadre aprendió además el Mixteca, el Nahoá y el Amusgo. Su primera cucharada le llenó toda la boca, la cabeza del gusano se quedó afuera mirando al forastero y, luego, desapareció con un fuerte sorbido que dejó escapar baba por las comisuras de los labios llegando a mojar la hirsuta barba.

-Esos idiomas deben ser muy difíciles -dijo el forastero, cortando con la cuchara el primer gusano. Escogió la parte de atrás, lo puso alineado entre los molares derechos y apretó con cuidado, como si no quisiera hacerle daño; las patas se estiraron, cerró la mandíbula

y sintió un sabor que no correspondía a la textura gelatinosa.

-¿Por qué el «Jarocho» viajaba con su hijo? -preguntó el forastero, una vez que su garganta sintió pasar las menu-

das patitas.

-No tenía con quién dejarlo.

Las mulas llegaron de Chichihualco esa tarde, Filemón las enjaezó y partieron. Después de dos días de viaje el forastero sentía punzadas por todo el cuerpo, ahora el viejo parecía él.

Acamparon al anochecer en el sitio donde años atrás habían vivaqueado por última vez Luciano y sus guerrilleros. Mientras Filemón roncaba, el forastero daba dolorosos pasos alrededor de la fogata. Con los ojos bien abiertos recordó lo que había escuchado durante la cabalgata...

.....El ejército había secuestrado a Filemón y al «Jarocho» para que los guiasen por la sierra de Atoyac en busca de los guerrilleros comandados por Luciano. El único pago que prometieron a los guías era seguir con vida. A Honorino, que contaba con trece años y un machete, se le permitió acompañar a su padre.

La persecución duraba ya varias semanas y no había manera de alcanzarlos, la lentitud del ejército daba uno o dos días de ventaja a los hombres de Luciano. El comandante responsabilizó del fracaso a los guías y amenazó con fusilarlos en varias oportunidades. Llegando a una loma llamada *mata-güeyes*, el «Jarocho» intuyó la ruta de los guerrilleros. Él conocía un sendero de animales, difícil, pero posible de seguir, que les permitiría adelantárseles siempre y cuando los revolucionarios siguiesen esa dirección. El comandante desesperado por la infructuosa persecución decidió aceptar el consejo. Escogió a sus mejores hombres, cerca de ochenta, y siguieron al «Jarocho» con mucho ánimo.

Después de tres días de marchas forzadas, los soldados convenientemente camuflados observaron desde la

ladera opuesta el brillo de las armas de los guerrilleros viniendo hacia ellos, serían unos veinte. Los rebeldes se detuvieron al fondo de la cañada. La noche llegó pronto, la fogata del campamento de los confiados guerrilleros invi-

taba al ataque. El comandante ordenó a los guías quedarse en la ladera dejando un soldado para vigilarlos. Filemón y el «Jarocho» sabían que sus vidas estaban en peligro ganase quien ganase.

Una tormenta se desató sobre la montaña. Rayos y truenos asolaron la sierra. La tropa empezó a desplazarse con cuidado, el comandante les indicó que esperasen a que la lluvia amenguase antes de atacar y «darles en toda la madre a esos hijos de la chingada».

Pasaron algunas horas antes que la fuerte lluvia cediese, los guías vieron entonces varias luces de bengala que iluminaron el fondo de la cañada. El sonido de las ametralladoras reemplazó a los truenos. «Jarocho» indicó a su compadre que lo mejor sería subirse a los árboles para no perderse la acción, el soldado ayudó a trepar a Filemón, mientras que el «Jarocho» hizo otro tanto con Honorino.

En ese momento todo pasó tan rápido que sería necesario repararlo una y otra vez antes de anotarlo. Desde su palco arbóreo Filemón fue testigo del acto: cuando el «Jarocho» se agachó a recoger su alforja para dársela a Honorino, que estaba bien encaramado en la primera rama, surgió de la maleza un hombre despavorido que vio al soldado. Se oyó una ráfaga de metrallata y vibró el árbol del viejo. El uniformado cayó boca arriba mirándole con ojos incrédulos. El «Jarocho» se tiró al suelo, el fantasma le soltó una ráfaga que lo hizo revolver en la tierra y quedar finalmente abrazado al árbol donde estaba su hijo. Una intensa luz de bengala los iluminó. Filemón pudo ver como Honorino estuvo a punto de caerse de su rama pero se sujetó a ella con un brazo y, alargando su machete con el otro, rajó el cuello del asesino. El chisguete de sangre hizo remolinos en el aire. Honorino cayó sobre su víctima empánndose. Galopó un rato, y se quedaron quietos hasta que llegó el comandante con varios soldados.

El militar separó al muchacho del cadáver.

-Ya basta, escuincle. Vamos a ver si te echaste al mero

Luciano.

Luego de limpiar con su mano la cara del muerto añadió:

-¿Con que te ibas a escapar hijoputa? No contaste con nuestro joven amigo. Mira no más, qué machetazo te dio.

Dirigiéndose con amabilidad al chamaco, que se había quedado paralizado, preguntó:

-Joven, ¿cómo se llama usted?

Él no respondió.

-Han matado a su padre -dijo alguien.

-Pues desde ahora su padre será el Glorioso Ejército Mexicano -rugió el comandante Rascafría, y palmeando al chico, insistió:- ¿su nombre, hijo distinguido de la Patria?

El muchacho, mirando las botas del militar, balbuceó con voz atiplada:

-Honorino, señor.



Frank abrió su cuaderno rojo. Pensó en Pipe y recordó el año setenta y cuatro. Nunca había deseado tanto conocer a un peruano...

... Después de vivir cinco años en México, Frank llegó a adaptarse casi en todo: comía jugosísimos tacos sin ensuciarse la camisa, en las fiestas de la empresa bailaba *norteñas* con los pulgares bien metidos en el ancho cinturón que usaba en esas ocasiones, de sus amigos en el respetable Club de Golf Churubusco aprendió a exagerar la cortesía para saludar a conocidos y de soltar una apropiada grosería entre los cuates. Solamente extrañaba una cosa del Perú, y Pipe podía remediarlo.

Consciente de que cada país tiene sus leyendas deportivas, había intentado familiarizarse con el fútbol mexicano desde el día en que llegó. Sus colaboradores, sus amigos del golf, su chofer, lo inundaron de información llena de sabrosas anécdotas. Pasados los primeros meses de inmersión futbolística sucedió algo molesto: cuando intentó contar algo sobre el fútbol peruano. Fue totalmente ignorado. Trató todo sin conseguir interesar genuinamente a sus interlocutores. Ni sus exageraciones como «los balones de Lolo rompían los postes», «le ganamos cuatro a cero a Brasil», «los argentinos se acobardaron de tantas patadas que les dimos», eran refutadas. Frank pudo sobrevivir precariamente a esas frustraciones gracias a la atención de sus pequeños

hijos. Sin embargo, al cabo de un tiempo hasta eso comenzaba a deteriorarse: los al cabo de un tiempo hasta eso comenzaba a deteriorarse: niños le corregían cada vez que cambiaba un resultado.

Por lo tanto, cuando oyó que trabajaría con un peruano llamado Pipe, su corazón dio un vuelco. Fue en Nueva York, había ido para aceptar la dirección general de Mediplast en México. El día estuvo lleno de tensión: examen médico, entrevistas con los altos ejecutivos, revisión de su contrato de trabajo, etc. En la noche varios directivos, entre ellos Jack, el presidente de la corporación, lo invitaron a cenar al *Lutéce*. Más que invitación fue una prolongación del interrogatorio, agravado por las copas que hicieron más indiscretas las preguntas. Les parecía un increíble que un peruano pretendiera ser gerente de una subsidiaria americana, Frank se sintió incómodo, en ciertos momentos hasta insultado. Su malestar aumentó conforme veía que le quitaban los platos casi intactos. En un momento pensó en mandarlos al diablo y regresar a casa, fue entonces que Bill Arnoe, el vicepresidente de Latinoamérica, le informó que en la compañía mexicana trabajaba un *high potential* peruano, casado con una mexicana guapísima. Al oír peruano, Frank creyó que su aislamiento futbolístico estaba a punto de terminar. Un renovado optimismo lo invadió y en lo que quedó de cena hizo que sus jefes olvidasen su nacionalidad, él era el hombre que Mediplast buscaba desde hacía tiempo.

En México, al llegar el primer día a sus oficinas en la avenida Reforma, Frank estuvo listo a tener con Pipe un largo intercambio de recuerdos de la época de oro del fútbol peruano. A la entrada de su despacho lo esperaba un grupo de caballeros vestidos con chaleco. Mientras intercambiaba nombres, apretones de manos y esbozos de sonrisas, se dio cuenta que ninguno tenía aspecto ni acento peruano. Al preguntar por el señor Felipe Somocurcio, el Director de Marketing le informó que solamente estaban los directores y no los gerentes ni jefes de departamento, en todo caso Pipe estaba de vacaciones fuera de México, regresaría la semana próxima:

-Si usted necesita hablar con él, se lo traemos esté donde esté, licenciado -dijo con firmeza el ejecutivo.

Él miró al techo y tragó saliva.

Frank encontró que su nueva compañía atravesaba momentos críticos: la fábrica había suspendido la producción de la línea principal debido a problemas de calidad; al no recibir la mercadería, los clientes amenazaron con pasarse a la competencia. El sindicato aprovechó la crisis para solicitar un ajuste salarial y convocó una huelga en caso que no fuera atendida su demanda y, como si esto no fuera suficiente para quitarle el sueño, el gobierno mexicano había rechazado una elevada exoneración de impuestos. A pesar de estas desagradables sorpresas su curiosidad por saber qué clase de individuo era Pipe no mermó. La respuesta de los empleados fue unánime: el mejor jefe del Servicio a Clientes que la compañía ha tenido, un correcto caballero, trilingüe, casado, sin hijos. Parecía no tener defectos. No obstante algo no cuajaba, cuando preguntaba si era aficionado al fútbol, abrían los ojos sorprendidos y manifestaban no conocer sus distracciones.

La situación de su nueva empresa sólo era una parte de los problemas que Frank enfrentaba, porque, además de trabajo, había decidido también cambiar de casa, de mujer y de perro. No cambió de hijos, pero dos de ellos habían sido recientemente enviados a Estados Unidos a estudiar, y los extrañaba mucho. Habría que agregar que su nueva compañera era nórdica y quince años más joven que él. Ella también tenía que adaptarse a su nueva situación y al México ra, ra, ra. Y, sin embargo, esa semana lo único que realmente le preocupaba era saber si Pipe Somocurcio era aficionado al fútbol o no. Resolver los otros problemas depende de mí, se decía, pero Pipe, no. Sus reflexiones terminaban concluyendo que bastase que Pipe fuera peruano para que fuese fanático del fútbol, y no importaba si era trilingüe o un correcto caballero. Lo único que lo inquietaba era su apodo. Pipe, abreviación de Felipe, es uno de esos diminutivos odiosos que la frívola burguesía limeña encaja a sus hijos. Mi caso es diferente, se justificaba

Frank, a mí me bautizaron con este nombre.

A las siete de la mañana del siguiente lunes Frank zangoloteaba sin cesar el maletín en la puerta de su casa. Esperaba la llegada de su mejor amigo, confidente, guardaespaldas, consejero de sus hijos, y chofer, Salvador Ávila. No esperó a que el auto se detuviese completamente para subir en él.

-Qué apuraditos estamos, licenciado. ¿Lo llevo volando o como siempre?

-Ya arranca y vámonos.

-¿Vio el partido del América, lic? -preguntó el chofer, dispuesto a empezar los habituales comentarios del lunes.

-No, no lo he visto, ni quiero saber cómo fue -respondió Frank, en forma seca.

-Le pongo su música ranchera.

-Nada de radio.

-Está bien licenciado -respondió resignadamente el chofer.

Después de un largo silencio, Frank reaccionó:

-Disculpa Salvador, es que tengo un asunto muy importante entre manos.

-No se preocupe, lic. Todo le saldrá bien.

-Gracias, Salvador, y disculpa nuevamente.

-Descuide licenciado. Para eso estamos.

No cruzaron más palabras el resto del trayecto.

Todos estaban en sus puestos cuando Frank llegó: unos por aparentar su devoción al trabajo, otros por evitar ser criticados y todos con el nerviosismo de tener un jefe que comenzaba a poner el dedo en la llaga.

-María, ¿está el señor Somocurcio? Pues hágalo pasar.

Entró un lord inglés. Se parecía a Alfred Douglas, el amante de Oscar Wilde.

-¿Pipe?

-Sí, señor licenciado contestó una educada voz.

En décimas de segundo pasaron por la mente de Frank las más esperpénticas ideas. Pero no se dejó llevar por la

impresión, levantándose rápidamente le dio la mano cubriendo el apretón con la otra.

-Llámame Frank, hombre. El ser paisanos nos hace amigos de toda la vida. Siéntate por aquí -dijo, indicándole un área de cómodos sofás. Inmediatamente llamó a María, y preguntó a Pipe qué deseaba desayunar: ¿huevos rancheros, divorciados, con machaca, unos tamalitos?

María observó a su jefe intrigada: ¿estaría oyendo bien?, si lo único que él tomaba era café con leche. Para su tranquilidad, Pipe se excusó diciendo que acababa de desayunar, pero lo acompañaría con una taza de té. Sin perder la compostura, Frank pidió dos tazas de té. La secretaria se fue moviendo la cabeza.

En esta ocasión, como en todas las oportunidades en las que se enfrentaba a un tema difícil, Frank había diseñado previamente una estrategia para abordar el asunto. Debía sujetar el ímpetu por preguntarle a boca de jarro si era hincha de la «U» hasta cubrir algunas consideraciones profesionales. Empezó comentando su interés en entrevistarse con los pocos *high potentials* que la subsidiaria tenía y, en su caso, el gusto era mayor por tratarse de un compatriota. Luego le dio la charla de costumbre: que por su educación, talento y capacidad de liderazgo, los jóvenes ejecutivos representan el futuro de la empresa, y que esto, y que el otro. Mientras hablaba notó que las manos de Pipe, viriles como eran, estaban muy bien cuidadas: ni un padrastro, las cutículas cortadas y las uñas perfectamente limadas. Los zapatos refulgían. La línea del pantalón: una perfección geométrica.. El tweed de su chaqueta era indudablemente un cachemir inglés de primera calidad, esos que nunca envejecen. Al observar con más detenimiento sus almendrados ojos, los notó algo inexpresivos; el azul claro de

ellos contrastaba con la tez bronceada con prudencia en alguna isla caribeña. Como solía hacer, fotografió más imágenes para analizarlas más tarde.

Al agotar la justificación de la entrevista, Frank hizo una calculada pausa esperando que Pipe dijese algo. Este no hizo ni un gesto que indicase estar dispuesto a abrir la boca, su quieta mirada estaba enfocada algunos milímetros arriba de la de Frank. Al entrar la secretaria con la bandeja se quedó sorprendida por el silencio. Se detuvo a pocos pasos de la puerta, frunció el ceño y procedió a servir el té en la mesita del centro. El silencio continuaba.

-¿Desean algo más? -preguntó María, bruscamente.

-¿Algunas galletitas? -sugirió Frank, tratando de encontrar la mirada de Pipe.

Éste hizo un ligero mohín dirigido a la secretaria, diciendo:

-Si no es molestia alguna, podría ser tan amable de traer leche.

-¡Sí, cómo no! ¡María, tráiganos leche! ordenó Frank.

-¿No quieren también limón? -preguntó la secretaria en un tono sarcástico.

Frank interrogó a Pipe arqueando las cejas.

-No, muchas gracias -respondió él, sonriendo tímidamente.

Nuevamente la secretaria se fue moviendo la cabeza.

Dispuesto a contener su curiosidad dentro de lo razonable, Frank comenzó a acercarse al tema.

-¿Así que tú eres peruano? -fue su primera frase.

-Sí -respondió Pipe, y apretó los labios.

Frank sin desesperarse continuó:

-Muy bien, hombre. ¿Y desde cuándo estás en México?

La respuesta a ésta y las siguientes preguntas las conocía porque había hecho una revisión escrupulosa de su expediente. Pipe no salió un ápice de lo que apare-

cía escrito: Había estudiado en el colegio Santa María en Lima, luego en el Instituto Henri Dunant en Ginebra, Suiza, después en Eton, Inglaterra, y finalmente en el London School of Economics. Su padre trabajaba en el Fondo

Monetario Internacional. Mediplast era su primer trabajo y se sentía muy contento.

El insulso interrogatorio hizo que Frank comenzase a sentir el calor del sofá, el dolor en la tercera cervical y el ruido del aire acondicionado. Decidido a entrar en el meollo del asunto le preguntó qué deportes practicaba o había practicado. La contestación no auguraba nada bueno: largas caminatas y natación cuando tenía la ocasión de ir a la playa.

-¿Y el fútbol? -preguntó Frank, alarmado.

-Sí, jugué fútbol en el colegio.

Frank dio un suspiro de alivio seguido de:

-¿Eres hincha de la «U»?

La única respuesta extensa que dio Pipe esa mañana fue decepcionante. Cuando estaba en el Perú no le había interesado el fútbol profesional, había ido una sola vez al Estadio Nacional y no le fue bien: hubo mucha gente, le robaron 18 soles, y al salir, antes que terminase el partido entre equipos que no recordaba, lo orinaron desde arriba. Había oído hablar de Lolo Fernández y de Barbadillo.

Frank no hizo ningún comentario, torció la cabeza a un lado y con su mano izquierda se acarició largamente la nuca. Los ojos los mantuvo fijos en el aire hasta que Pipe, preocupado, le preguntó si se sentía bien.

-¿Has leído a Catón, Pipe?

Él negó con la cabeza.

Frank cogió un cuadro de la consola y leyó: «Cada uno ha de soportar pacientemente su suerte.»

-Y, ¿qué pasó después? -gritó el forastero desde la hamaca. El compadre del «Jarocho», levantó los hombros y siguió ensillando la mula.

-Dígame, Filemón, ¿qué le pasó a Honorino? -Ya le dije que no quiero hablar de él. ¡Robarme a mi Lupe!

-Los de Ocotito dicen que no se la robó, que usted la envió a trabajar al Distrito Federal -se le ocurrió decir al forastero para provocarlo.

-Mentira, pura mentira. Pregúntele a ese ingrato. -Primero tendría que encontrarle. Cuénteme usted lo que sabe. Mire, deje eso, hoy no regresaremos. No podré montar, hasta las pestañas me duelen.

El forastero había dormido poco la noche anterior y la conversación de esa mañana parecía estar agotada. Hay personas que hablan más de noche que de día, quizá este hombre es de los primeros, se animó a pensar antes de quedarse profundamente dormido.

El hambre y el frío del atardecer lo despertaron. De pronto sintió un dolor en la espalda que le hizo olvidar dónde estaba. Al intentar levantarse creyó que todo su cuerpo se resquebrajaba.

-¡Filemón! ¡Filemón! -gritó asustado.

Acudió inmediatamente el compadre del «Jarocho».

-No pasa nada, forastero, aquí estoy.

Su aliento a mezcal y la sonrisa bobalicona no produjo repugnancia en el visitante. ¡Qué bueno es tener al lado un ser humano!, pensó.



Horas más tarde estuvo de acuerdo con su guía en que el mezcal y la aspirina curan todas las enfermedades. Junto a la fogata comió unos sabrosos tacos de iguana y bebió todo lo que Filemón le puso delante. Recuperado su entusiasmo, sacó el cuaderno verde Y preparó la grabadora.

-Entiendo que no quiera hablarme de Honorino. Yo tampoco quiero saber de él. Qué miserable, robar a su hija. A mí realmente me interesa el «Jarocho» -le mintió-. Dígame, ¿le gustaba Ocotito?, ¿cómo era Ocotito?, ¿conoció allí a su mujer?

-Ahora sí baila mi hija con el señor, como dijo el ranchero -respondió el viejo, contento-. Sobre el «Jarocho» puedo hablar toda la noche.

Efectivamente, el guía habló tanto como bebió. El forastero lo escuchó sólo hasta la segunda botella pero, antes de estirarse sobre un zarape, cambió las pilas a la grabadora y puso una nueva cinta. Más tarde le fue imposible reconstruir la conversación, las repeticiones e incoherencias fueron inaguantables. La mayor utilidad que encontraría estuvo en sus notas. Su imaginación completó las lagunas del relato...

.....El «Jarocho» pudo escoger un pueblo mejor para provisionarse y divertirse, pero Mencha, la sobrina de don Heráclito, era la mejor hembra que conocía. Le había echado el ojo mucho tiempo atrás, cuando siendo todavía niña se encargaba de barrer el piso de tierra del restaurante *El Viajero*. Éste era en realidad una ramada con letrero, donde servían tacos, enchiladas, cerveza, refrescos y café, también vendían papayas que las amontonaban hasta la carretera.

En una ocasión el «Jarocho» juró a Filemón, su amigo y futuro compadre, que raptaría a Mencha cuando le crecieran un poco las «chichis». No fue posible tal faena, porque la noche que llegó dispuesto a hacerlo encontró a don Heráclito dando voces en medio de la carretera: habían asaltado su restaurante, robaron el dinero y se llevaron a Mencha. El principal sospechoso fue el jefe de policía de Chilpancingo, la capital del Estado. Nada se podía hacer.

Nada legalmente. Sin embargo, la impunidad duró poco, una mañana no se presentó a la comandancia. Tiempo después encontraron su camioneta al fondo de una barranca; los dientes de oro, dejados por los zopilotes, facilitaron la identificación.

El regreso de Mencha fue tomado como un triunfo político del pueblo: se había hecho justicia a Ocotito. Claro que Mencha estaba encinta.

El segundo hijo de Mencha fue resultado de un encuentro voluntario. A la fiesta de la Candelaria asistió un chofer acapulqueño de buena estampa que la puso en disposición de amar hasta dejar el último aliento. Luego de unas semanas en Acapulco el chofer la regresó a Ocotito y no se le volvió a ver. La criatura murió a poco de nacida, y por razones semejantes a las de su hermanito: fiebre y sarpullido en el cuerpo. Al año siguiente tuvo una mujercita; ¿habría sido don Heráclito un día que estaba borracho o Pancho, el mecánico, o el joven Daniel que venía en motocicleta desde Chilpancingo? El asunto es que la bebé tampoco vivió mucho, una violenta diarrea se la llevó sin bautizar.

Durante sus esporádicas visitas el «Jarocho» se enteraba de los tropezones de Mencha con cierta satisfacción, y era porque la veía más guapa después de cada entierro. Cuando Mencha cumplió 19 años el «Jarocho» dijo que era tiempo de hacerle un hijo. Ese niño se llamó Honorino Filemón Magaña Buendía. Honorino como su abuelo paterno y Filemón por su padrino.

El «Jarocho» dejó de viajar una temporada para estar cerca de su hijo y de la mujer con la que pensaba casarse algún día. La familia pasaba la mayor parte del tiempo en el restaurante, el techo de hojas de palmera y la ausencia de pared delantera producía un frescor agradable.

Una tarde, mientras se entretenían viendo los sobresaltos que animales y chóferes se causaban al transitar por la carretera, llegó una camioneta del Ministerio de Salubridad anunciando en altavoces vacunación gratuita contra el

sarampión. La potencia de los altoparlantes causó la curiosidad de los pobladores quienes salieron de sus casas metidas en el verdor de la montaña.

Pasados unos minutos el círculo alrededor de la camioneta se hizo compacto, «Jarocho» y su familia estaban en primera línea. Las personas del vehículo bajaron unas sillas y la mesa portátil sobre la que pusieron varios artículos, luego indicaron a los vecinos formar una fila ordenada. Los padres dieron paso atrás llevándose a los niños, nadie se atrevía a ser el primero, sus ojos estaban clavados en un aparato brillante y varios frascos. No fueron suficientes las sonrisas tranquilizadoras de los de bata blanca, los padres no se acercaban a la mesa. Pasaron los minutos y la atención seguía concentrada en el aparato de acero y los frascos. Finalmente un hombre, que dijo ser doctor, explicó:

-Como padres responsables es normal, en esta primera campaña nacional contra el sarampión, que se sientan preocupados por los efectos de la vacuna.

Y a continuación dio una detallada información sobre las mortales consecuencias de la enfermedad y las ventajas de la vacunación. En su afán por ser prolijo, añadió los efectos colaterales que los niños podían tener: dolor de cabeza, fiebre, diarreas. Los padres retrocedieron aún más. Al ver que su perorata había sido contraproducente, el doctor habló de lo moderno del nuevo método de vacunación.

-Esta pistola neumática no causa dolor –proclamó el médico, mostrando en alto el reluciente aparato.

El «Jarocho», que había visto portar algo parecido a un narcotraficante, se acercó y pidió examinarla. Después de manosearla pidió al médico que la cargase de

vacuna, él la quería probar primero. El médico aceptó la sugerencia y dio dos disparos al aire que soltaron unas finas estelas. La gente se aproximó. El «Jarocho» levantó su brazo y soltó una carcajada cuando el médico le disparó la dosis.

-Pues ahora, mis amigos, van a vacunar al más chingón de los chamacos, se llama Honorino. Es mi hijo -añadió

orgullosa.

Mencha remangó la camisa del niño.

Antes de partir los visitantes se acercaron al restaurante para despedirse del «Jarocho», agradecieron su ayuda y le regalaron leche en polvo vitaminado, gotas desinfectantes para el agua y varias medicinas pediátricas. El «Jarocho» les retribuyó invitando refrescos y obsequiándoles una papaya a cada uno. Con las mejores. Muy rojas por dentro, como la sangre -explicó muy serio.

Meses más tarde el «Jarocho» no resistió la vida del pueblo. La única calle, que era también la carretera México-Acapulco, le parecía ruidosa a pesar de que el tráfico por esos tiempos era escaso. La gasolinera, los dos talleres y las otras ramadas estaban generalmente vacíos. No asistía a las fiestas ya que generalmente acababan en rencillas familiares que se resolvían a machetazos. El «Jarocho» echaba de menos hablar con su mula y caminar por los senderos llenos de silencio que al mismo tiempo decían tanto.

Antes de reanudar los viajes bautizó a su hijo en una ceremonia clandestina debido a que el padrino, Filemón, pasaba una etapa difícil con la policía. Luego compró el restaurante a don Heráclito, dejando bien instalada a Mencha en la trastienda. Y, finalmente, construyó un corral para las gallinas y el par de cerditos que les compró. Creyendo haber cumplido su deber, el «Jarocho» partió con su mula.

Volver a caminar por las tierras calientes de Guerrero no lo tranquilizó, ya no estaba contento ni viajando ni en Ocotito; apenas estaba afuera unas semanas sentía irreprimibles deseos de volver a su familia. No había indígena o traficante que no hubiese visto la fotografía del «Jarocho» sentado con el machete sobre sus rodillas y a su costado Mencha con Honorino en brazos.

Sus viajes los comenzó a hacer más cortos. Eso le costó dos años de cárcel. Nunca supo quién delató la entrega de marihuana. Don Heráclito lo negó vehementemente y la

lista de sospechosos era muy larga para investigarla.

La prisión fue dura. Más doloroso fue lo que siguió a ella. Sus viajes a Ocotito resultaron arriesgados, los gringos de la DEA y la policía federal realizaban una campaña contra el narcotráfico en la zona. Varios amigos suyos acabaron en la cárcel, o muertos en desiguales enfrentamientos con la policía. A los cultivadores de marihuana se les quemaba los plantíos y sus viviendas. Pocas rutas quedaban seguras, las más peligrosas eran las cercanas a la carretera. Parecía que esa gente conocía cada pulgada del monte.

Por otra razón sus furtivas visitas resultaron también preocupantes: el traficante veía como Mencha empezaba a desinflarse. Todo comenzaba a colgársele: los párpados, los labios, los hombros, los senos; en fin, toda su carne se alargaba buscando la tierra. La ropa danzaba sobre su cuerpo y la alegría se desvanecía de su rostro. Incluso en los ocasionales encuentros con «Jarocho» no mostraba la lujuria de los primeros años. Mientras tanto Honorino seguía sano, a los cinco años era el más robusto de los niños del pueblo. Por temor a ser delatado, el «Jarocho» no podía sacar al niño del cuarto interior como insistentemente le pedía. Se tenía que conformar con entretenerlo inventando algún juego. Pero Honorino se aburría pronto y se escapaba a la menor ocasión para unirse a la pandilla de amiguitos. El estado de la madre y la imposibilidad de jugar con su hijo motivó que su gusto por ir a Ocotito empezase a languidecer. Los viajes del «Jarocho» volvieron a ser largos, a veces pasaba muchos meses sin visitar a la familia.

La noche que regresó en compañía de su compadre, para festejar los siete años de Honorino, vio apagadas las luces del restaurante; temiendo una emboscada se quedaron en las afueras del pueblo observando a los vehículos que paraban para reabastecerse. En la madrugada no quedó ningún auto sospechoso, la gasolinera estaba cerrada y ni los perros ladraban, era el momento de arriesgarse a entrar al

pueblo. Dejaron las mulas y guiándose por la torre de la iglesia dieron un gran rodeo atravesando milpas y papayos. Al llegar a casa de don Heráclito prefirieron entrar saltando la tapia trasera, unos perros salieron de la oscuridad intentando atacarlos, se prendió una débil luz y, luego de identificarse a cuchicheos, el dueño alejó a los animales y los hizo pasar. Botella de mezcal en mano, don Heráclito les contó que una mañana del mes pasado Mencha no abrió el restaurante, no fue sorpresa para los vecinos encontrarla muerta en la cama, su delgadez había ido en aumento, los últimos días era solamente ojos. Al entierro asistieron muchos amigos del pueblo y los agentes federales que preguntaron por el paradero del «Jarocho». Parecía que estuviesen buscándole por delitos que no mencionaron.

Al ser el único pariente de Mencha, don Heráclito decidió recoger a Honorino hasta que el padre apareciese

Al niño, dijo, lo cuidaba como si fuese su nieto, al extremo que dormía en su habitación.

-Antes de que lo veas tenemos que hacer cuentas, querido «Jarocho», yo soy pobre y tú me debes mucho dinero. Mi situación es muy mala, hay gente que me quiere quitar todo porque no puedo pagarles -se quejó don Heráclito. Y continuó durante un buen rato narrando sus miserias.

El «Jarocho» escuchaba sin mostrar impaciencia. Agotado todo su argumento, don Heráclito le entregó un papel diciendo que la venta del motor de electricidad, la refrigeradora, la cocina y el mobiliario, no había

alcanzado a pagar las deudas del restaurante de Mencha ni los gastos del funeral. El «Jarocho» tomó el papel pero no lo miró, entonces el compadre se acercó, leyó la cifra, y le susurró al oído:

¿Nos lo echamos a este cabrón?

Su amigo levantó la mano y le indicó sentarse, sabía que las deudas eran falsas, los precios a los que se vendió el contenido del restaurante serían de regalo y los gastos del

entierro estarían inflados. Este viejo tiene suerte, si no fuera por Honorino, no vería la salida del sol, se dijo. Pero el hijo era pequeño para llevarlo en sus correrías, no tendría más remedio que dejarlo con don Heráclito. Los perros volvieron a ladrar, tenía que ver a Honorino y salir del pueblo antes de que la policía se enterase. Sin hacer mayores gestos sacó de su amplio bolsillo un grueso fajo de billetes, los contó y entregó la fuerte suma de dinero. Se iba casi toda la entrega de marihuana.

-Tome, don Heráclito, después revisaré las cuentas. Ahora quisiera ver a mi hijo -dijo levantándose de la mesa.

-Da la casualidad que esta noche no duerme aquí. Se ha quedado en casa de Grimaldo, el del garaje, es amigo de sus hijitos -sonrió servicialmente don Heráclito.

-Pues ya me lo manda traer, don Heráclito, porque me late que lo voy a enviar a acompañar a su sobrina -bramó el «Jarocho», a tiempo que sacaba su machete.

De un salto el compadre se puso junto a la puerta interior. Don Heráclito ni se inmutó, con toda tranquilidad contestó:

-Entiendo tu prisa, «Jarocho», ahorita te lo hago traer, vas a encontrarlo muy bien, gordito como siempre. Tendrás que llevártelo más pronto que inmediatamente, porque los federales no tardarán en echarle mano y quién sabe lo que le pasará a Honorino. Yo me podría encargar de él, pero no me alcanza el dinero. Tendrías que ayudarme con algunos pesos.

El compadre se acercó nuevamente al «Jarocho» y le susurró al oído:

-Nos llevamos a mi ahijado y a éste lo pongo chicharrón.

El «Jarocho» alejó a su compadre, guardó el machete, cogió la botella de mezcal y bebió pausadamente. El silencio de la habitación fue acompañado por el canto alborozado de los gallos de Ocotito.

-¿Cuánto cree que costaría cuidármelo por un tiempo, digamos tres años? -concedió el «Jarocho».

Don Heráclito estaba preparado: le pidió el local del

restaurante y una cantidad adicional para cubrir los gastos de comida, ropa, colegio y enfermedades. El dinero debía pagarse por adelantado, alegando el riesgo que corría el «Jarocho».

Poco podía hacer el traficante, ese hombre lo tenía atrapado; bebió algo más de mezcal, sacó su cartera y le entregó todo el dinero.

-Lo que falta se lo hago llegar pronto -dijo el «Jarocho».

-No, mi hijo -respondió don Heráclito-, tú quizá ya no aparezcas más. Tu compadre puede prestarte la lana que falta, para esos son los compadres pues, para ayudar a sus ahijados -sentenció.

El «Jarocho» miró a su compadre. Eso fue suficiente, Filemón contó los billetes y los arrojó sobre la mesa.

Don Heráclito los llevó a recoger a Honorino, pero no estaba en la casa que había dicho, sino en la de otro vecino. Durante el trayecto Filemón insistía:

-Oiga, compadre, este cabrón lo había secuestrado. Vamos a echárnoslo y nos llevamos a mi ahijado.

El «Jarocho» no decía nada, pensaba en que Honorino podía tener una vida diferente a la de ellos, podría terminar su colegio y hasta entrar a la universidad de Chilpancingo. Lo que él tendría que hacer es ahorrar dinero para pagar esa educación. Me faltarán tres años para todo, calculó.

Al niño lo encontraron bien, saludó a su padre con respeto, casi con temor. Pasados unos minutos el «Jarocho» no sabía qué decir ni qué preguntar. Miró a su

compadre buscando apoyo. Filemón, desconcertado, levantó sus hombros.

-Bien, don Heráclito, me llevo Honorino por unos días, cuando lo regrese espero que le cuide bien. Allí nos vemos -y salieron los tres sin esperar respuesta.

Llegando a las mulas le dijo a su compadre Filemón que se llevaría al niño a la sierra, y que no se le ocurriera bajar y matar a don Heráclito porque realmente pensaba dejar a



Honorino para que fuera al colegio. La discusión fue corta. El compadre aceptó a regañadientes la decisión, abrazó a su ahijado, y se fue sin despedirse del «jarocho».

Algunos meses más tarde, cuando los compadres coincidieron, como habitualmente hacían en la entrega de marihuana, el «Jarocho» le contó que su hijo habló mucho los días que estuvieron juntos, que habían cazado temazotes tan grandes que parecían venados, que se bañaron en la Laguna de los Patos, que le enseñó a comer hormigas chicanas, jumiles y asar iguanas. Los diez días con Honorino le parecieron cortos, pero tuvo que regresarlo con don Heráclito para que no perdiera sus estudios.

Filemón, en cambio, tenía malas noticias: un campamento del ejército se había instalado en las afueras de Ocotito, controlaban el paso de todos los vehículos, además estaban dando apoyo a la DEA.

-Si no dejamos esa zona, nos pudriremos en la cárcel -concluyó.

El «Jarocho» decidió irse a la sierra de Atoyac y su compadre a la tierra caliente del río Balsas.

Pocas noticias de su hijo le llegaban a la sierra, los compradores de marihuana dejaron de visitar Ocotito y sus proveedores de hierba nunca salían de sus tierras.

Filemón solamente había podido enterarse que don Heráclito tenía un niño a su cargo, pero los informantes no lo habían visto.

El tiempo pasó rápido, Honorino estaba a punto de cumplir diez años y su padre pensaba que ya sabría leer y escribir. Debería estar más alto y grueso que los hijos de los campesinos, a quienes el «Jarocho» les preguntaba constantemente por su edad para imaginarse cómo estaría de grande su hijo.

En un encuentro con su compadre acordaron bajar a Ocotito y darle una sorpresa el día de su cumpleaños. Para evitar problemas con la policía decidieron pasar como traba-

jadores de carreteras que iban de vacaciones a Acapulco. Se compraron ropa nueva y luego de largas discusiones decidieron cortarse el pelo, afeitarse los bigotes y ponerse unas gorras de béisbol. Cuando se miraron en el espejo quedaron horrorizados, creían que eran otras personas, luego se descuajeringaron de risa.

-Mas le vale al chamaco que me reconozca –decía el «Jarocho», sorprendido de su transformación.

Filemón le regalaría un machete que tenía grabado por un lado «Honorino», y por el otro «Por eso calandrias cantan o les apachurro el nido». Diez años era una buena edad para llevar machete en las tierras de Guerrero, opinaba el padrino. El «Jarocho», por su lado, llevaba una buena cantidad de dinero pensando que quizás debería enviar a su hijo a un colegio de Chilpancingo.

Al anochecer un comprador de la *Acapulco gold* los aproximó en su jeep a la carretera. Muy contentos los compadres esperaron en medio de la oscuridad algún vehículo que fuese en dirección a la costa.

-Oiga, compadre, le apuesto que en estos tres años se ha puesto de este tamaño y de este ancho –especulaba Filemón, formando con las manos un grueso volumen.

-Qué bestia es usted, compadre. Lo que importa no es que esté ponchado sino que me lo hayan educado. Me gustaría que mi chamaco sea abogado o médico. O al menos profesor.

El destartado camión que pararon les dio la primera sorpresa: ¡Lo conducía el mismo don Heráclito!

-¿Adónde van?

-A Acapulco, señor -respondió el «Jarocho», satisfecho de no ser reconocido.

-¿Trabajan en la autopista?

-Pos claro si no dónde -dijo el compadre, que entendió la jugara de su amigo.

-Los llevaré hasta Ocotito, son veinte pesos por persona. Suban atrás hasta que bajen estos señores -y mostró a las personas que venían muy apretados junto a él.

Al trepar al camión encontraron que llevaba puercos.  
-Qué hijo de su chingada madre, mire no más, cobrarnos para llevarnos como cochinos -dijo Filemón, y agregó:- ¿Y usted compadre qué se trae?, ¿por qué no preguntó por mi ahijado?

-Pos no sé, compadre, quizá esos cuates de adelante son policías y se nos acabó el viaje.

-¿De adónde habrá sacado lana don Heráclito para comprarse un camión?

-No vaya ser que haya pagado con lo que le di pa'mi hijo.

-Pos seguro. Ya ve, si se lo dije yo mero, teníamos que haberle dado su pasaporte a este viejo cabrón-.

La discusión se interrumpió con un fuerte bache que los hizo trastabillar, en ese momento distinguieron en la oscuridad, atrás de los animales, la cabeza de un niño, en su manita llevaba una gruesa vara. El corazón del «Jarocho» dejó de palpar. Los segundos que le costó recuperarse parecieron horas, luego se animó a hacer a su compadre la seña de callarse, y se fue acercando a la criatura, muy lentamente. Daba la sensación de que no quería aproximarse, pero los cerdos le abrían el paso necesario. Estando a la mitad del recorrido musitó:

-¿Honorino ... ?

El niño asintió con la cabeza.

Pocas veces había visto a un niño tan flaco y sucio,apestaba. Su barriguita abultada indicaba la cantidad de gusanos que tendría. Del Honorino que recordaba sólo quedaban los grandes ojos de su madre.

-¿Has ido al colegio, hijo?- le preguntó, apretándolo a su pecho.

Sintió que negaba con la cabeza. No era necesario saber más.

Ya estaba bien entrada la noche cuando los pasajeros de adelante descendieron. El «Jarocho» pasó a la caseta y dijo al chofer que su amigo no deseaba bajar:

-Hay gente que se encuentra mejor entre cerdos-explicó.

Al cabo de unos minutos el camión paró junto a un

barranco, el compadre bajó con su ahijado y se alejaron rápido. Más tarde se oyó una explosión al fondo de la quebrada.

El niño que la policía no encontró, caminaba feliz junto a su padre por las sendas de Guerrero.

El capitán lo saludó en la puerta del avión, los motores estaban encendidos. Frank alzó la voz para dejarse escuchar:

-¿Le avisaron mi retraso? Encima el tráfico en Manhattan estuvo peor que de costumbre.

-No se preocupe, saldremos inmediatamente. Pedí un nuevo turno para despegar.

El avión de la compañía lo llevaría en menos de tres horas a Salt Lake City. Iba a tomar posesión de Hospital Care, la compañía que Mediplast finalmente había logrado comprar.

A pocos minutos de haber despegado oyó la voz del capitán:

-El tiempo en ruta será bastante movido, viene una tormenta del oeste y, aunque subiremos a Canadá, no la podremos evitar del todo. Llegaremos con treinta y cinco minutos de retraso. Han confirmado que una limousine lo llevará al University Club. Por favor mantenga abrochado su cinturón.

Frank sacó el cuaderno rojo de su maletín, pero no escribió, fijó sus ojos en el vacío de la oscuridad exterior. Cuánto idiota cree que uno es dueño de su tiempo, dueño de nada, igual que el obrero, ¡si no corriera en las mañanas!, el único momento que voy al paso que me da la gana, la competencia no duerme y los japoneses ni pestañean, estos americanos creen que son invencibles sólo porque son americanos, no voy a dejar que se rasquen las pelotas y perdamos el mercado, no me importa lo que piensen, los empleados no me pagan el sueldo, al que está al borde del abismo hay que empujarlo, ¡habiendo tanta gente que quiere trabajar!, cómo se mueve este maldito avión, y los gringos en casita, viendo la tele, quejándose que no tienen dinero para ir de vacaciones, y que los japoneses o los mexicanos, ¡maricones!, todo el mundo puede tener un Falcon 50, les falta huevos, joder esto se mueve mucho, los de Salt Lake deben ser mormones, nada de tragos para romper el hielo, me gustaría caerles bien, con trago o sin ellos el que no fabrique o

venda, a la calle, los oficinistas a la puta calle, y a los investigadores darles todo, los mormones tendrán que obedecer o se largan, ¡con tanta gente que quiere progresar!, no, los mormones son gente de primera, hablan con Dios todos los días, así cualquiera, ja, ja, ja, si se mandaran cuatro tragos los convenzo esta noche, mañana será un parto en seco, esto se mueve mucho carajo, la cena podrá ser reveladora, como la cena con Pipe, pobre, ¿cómo habrá sido?, no ha llamado el gerente de México, insistiré en cuanto esto deje de moverse, no creo en esos rumores. Pipe, ah... qué cena, si Pipe hubiera querido sería ahora...

-Mister Rosales, disculpe la turbulencia, he pedido permiso para subir a cuarenta mil pies, espero que el resto del viaje sea menos molesto. Por favor, mantenga su cinturón abrochado.

¡Qué bueno! ¿Dónde me quedé?, ah... la cena con Pipe, pensaba Frank...

A las reuniones sociales con sus colaboradores, que frecuentemente organizaba Frank, nunca invitaba a los cónyuges: bastante cuesta llevarnos bien entre nosotros para que vengan a incordiar, no falta una lista o la tonta que echa por el suelo la armonía de la empresa. Por eso Britt se sorprendió cuando su marido aceptó la invitación para cenar en casa de Pipe.

-Iremos, si no te molesta mucho. Tengo interés en conocer a esa pareja, dicen que ella es muy simpática y Pipe, aunque no sabe nada de fútbol, tiene algo que

lo hace interesante comentó Frank. Confesó, además, curiosidad por saber cómo era posible que vivieran en Lomas de Chapultepec con el sueldo que percibía

El portero los llevó al ascensor:

-Tercer piso, letra D -indicó.

Para su sorpresa, un mayordomo con guantes blancos los esperaba en la puerta. Frank creyó haberlo visto anteriormente.

-Tomen asiento por favor -dijo ceremoniosamente.

Anne-Sophie salió delante de su marido y se dirigió a Frank sorteando los apretados muebles. El sensual perfume que llevaba se mezcló con los apetitosos aromas que salieron por la misma puerta.

-Mister Rosales, it's a real pleasure to have you here -dijo con acento bostoniano.

-Oh, thank you -contestó él, automáticamente. Reaccionando, agregó: ¿Es usted mexicana, verdad? ¿Habla castellano?

-Of course I do, but don't you prefer to speak English.

-Sinceramente, señora Somocurcio, prefiero hablar castellano entre amigos. Soy peruano, usted sabe, como su marido. El inglés lo dejo para los negocios.

-Perfecto, pero llámeme Anne-Sophie, por favor. ¿Le molestaría si lo llamo Frank?

Tal corno decían, Anne-Sophie era una joven atractiva. Primero le pareció una estrella de Hollywood entrando a la ceremonia de los Oscar, después se dio cuenta que no tenía esa sonrisa idiota; más bien apreció cierta rigidez en sus gestos. La pobre estará nerviosa, pensó. Pipe, por su lado, parecía más rubio con su impecable blazer azul marino, un emblema dorado estaba bordado en el bolsillo superior. Saludó a la esposa de Frank inclinándose a besar su mano, y correspondió con menor intensidad las palmadas que su jefe le aplicó a la espalda.

Después de reiteradas bienvenidas, Anne-Sophie preguntó mirando a Frank:

-¿Qué desean tomar?

-Qué será bueno a esta hora -se preguntó él, en voz alta.

-Su cubalibre, licenciado -sugirió el mayordomo. -Qué barbaridad, no te habla reconocido. Es un barman del club -explicó Frank a su esposa-. No, creo que a esta hora cae mejor un whiskysito con hielo, gracias.

Anne-Sophie, nerviosa, explicó que contrataban al

mayordomo cuando tenían invitados importantes y en seguida, sin hacer pausa alguna, comenzó una perorata que parecía tener aprendida. Dijo que los empleados, y sobre todo su marido, alababan los cambios que Frank había realizado y mencionó algunos que mejoraban la productividad de la empresa. Frank no creía lo que escuchaba. ¿Quién se ha creído ésta?, ¿una gerente de relaciones públicas?, ¿mi jefe?, se preguntaba. No era el único enfadado, Pipe apretaba su encendedor Dunhill como si quisiera exprimirlo y Britt no ocultaba su mirada de asombro.

Pipe carraspeo un par de veces, sin embargo su mujer lo ignoró.

-Por favor, Anne-Sophie, creo que estás mortificando al licenciado Rosales -comentó por fin su marido, antes de prender un cigarrillo.

-Pipe, llámame Frank -intervino Rosales, esperando cambiar de tema.

-Pero si sólo digo la verdad -insistió con dureza Anne-Sophie-. Lo que pasa es que Pipe... bueno, estamos en confianza, como ustedes saben Pipe es brillante. Ha estudiado en Europa. Su coeficiente de inteligencia es todo un récord. Pero tiene un defectillo: es un poco tímido.

-Disculpa, Anne-Sophie, no lo creo. Me parece que un tímido no se hubiera atrevido a casarse contigo -le salió de la boca a Frank.

La llegada de las bebidas ahorraron que explicara esa frase. De inmediato propuso un brindis y apuró su whisky sin reparo. Pipe lo imitó, las damas apenas rozaron sus vasos de agua PerTier.

-Creo que necesitamos otra copa, Pipe -sugirió Frank en voz baja.

Para alivio de todos, Britt propuso ir a la terraza y echar una mirada a la ciudad. Ellas salieron primero, él retuvo a Pipe del brazo buscando en su mente palabras adecuadas que no ofendiesen; no quería decirle: ¿se ha vuelto loca tu mujer o es siempre así? Pero Pipe se adelantó:



-Lo siento, Frank, espero que comprendas. Mi mujer cree que soy una maravilla -sus ojos azules se habían achicado.

-Quizá tenga razón -contestó él, sonriendo-. Dime, ¿dónde te hicieron el test de inteligencia? No he visto ninguno en tu dossier.

-No hagas caso, eso fue hace algún tiempo, han debido equivocarse. Tú sabes como son esas pruebas...

El diálogo fue interrumpido por las mujeres que los acusaron, desde la terraza, de conspirar contra ellas.

La cena transcurrió sin mayores contratiempos. Vinos Chasagne-Montrachet y Haut-Brion acompañaron al aspic de langosta, seguidos de sorbete de mental conejo a la mostaza verde, ensalada de escarola y una selección de quesos importados. La tarta de kiwi, con el toque de nata, fue servida al mismo tiempo que la copa de Oporto. Frank aseguró que no había comido mejor en México, el orden del menú le recordaba los buenos restaurantes franceses. Acabó solicitando que le permitiesen felicitar personalmente a la cocinera. Pipe, un poco abrumado, confesó haber preparado la cena. Cuando estudiaba bachillerato en Suiza tomó algunas clases de cocina que despertó una afición que no abandonó. Los ingredientes los conseguía Anne-Sophie en el mercado negro y los vinos eran del padre de Pipe. La conversación tomó ese rumbo, Anne-Sophie contó que el apartamento también pertenecía al suegro. Él vivía ahora en Nueva York.

-Casi no lo veo -dijo Pipe, descorazonado. Llega intempestivamente, me deja algunas botellas y se va. Mi padre siempre ha estado de prisa. Siempre.

-Viajar es parte del trabajo, es parte del sueldo -comentó Frank, al sentir que sus hijos podrían pensar lo mismo de él-. Hay una estrecha relación entre el tiempo que pasas en los aviones y lo alto que estás en la empresa...

-Yo creo lo mismo -intervino Anne-Sophie, cortando las reflexiones del invitado-. A nosotros nos encanta volar, ¿no es verdad, Pipe?

Él asintió. Ella ignorándolo, continuó: -Dime, Frank, ¿crees que algún día saldremos de este país?

-¿Qué tiene de malo México?

-¿No te parece suficiente su gente?

-Este barrio es tan bueno como el mejor del mundo.

-Por eso vivimos aquí, pero fuera de esto y Polanco...

-Nosotros vivimos en el Pedregal -terció la esposa de Frank.

-El Pedregal es también muy bonito, pero, insisto, fuera de estas colonias el resto es sinceramente horrible -afirmó Anne-Sophie, dispuesta a decir más cosas: todo le molestaba de México, la corrupción, los policías, la contaminación, los periódicos.

-Qué curioso que lo diga una mexicana comentó Frank-. Nosotros nos sentimos bastante bien aquí, ¿no es así, mujer?

-Ya que estamos aquí, disfrutamos de todo lo bueno de México.

-Qué amables son, lo dicen por no ofenderme. Pipe es igual. Claro, ustedes son extranjeros, son educados. Si fueran mexicanos a esta hora estarían borrachos.

-Hablando de borrachos -sonrió Frank-, ¿me invitas un whisky?

Las risas rompieron la tensión y Anne-Sophie sugirió regresar a la sala para el *opuse-café*.

Al arrellanarse en el sofá, Frank creyó conocer hacía tiempo a esa pareja, se sentía en familia, una familia un poco incómoda, pero familia.

-Dime, Anne-Sophie, ¿dónde te gustaría vivir? -le preguntó con intención de provocarla.

-En Estados Unidos, lógicamente. ¿A ti, no? Mira yo estudié en el May Montt de Rodee Islán y cada vez que venía a México de vacaciones, sufría. La carne se me ponía de gallina apenas pisaba el aeropuerto. Nuestra raza, hay que ser sinceros, es bien feota.

-Hay de todo, Anne-Sophie -comentó Frank-. Tú eres muy guapa y estoy seguro que tus padres también lo son, y tus amigas. Hay gente muy cual en México, María Félix, por ejemplo.

-Y Jorge Negrete. Mi marido podría pasar por mexicano -afirmó Britt.

-Qué buenos son ustedes, como Pipe, tan educados. Seamos realmente sinceros; pondré un ejemplo que creo que todos conocemos, quizá no tú, Britt.

Antes de seguir Anne-Sophie tomó aliento:

-No hay mujeres tan feas como las que trabajan en Mediplast, y las del departamento de Pipe se llevan las palmas. Caderonas, con un busto de abuelas y unas piernas de pajarito, sin cuello, unas pelambres grasosas que Dios mío. No puede haber hombre que se acueste con ellas.

-Equivocada. Estás equivocada Anne-Sophie. Se ve que no has ido por allá hace tiempo. Ahora hay varias empleadas en cinta, parece una epidemia. Y a las otras no les falta el retrato de un bebe sobre el escritorio, y eso que todas son solteras, ¿no es así Pipe?

-Debe haber algún borracho que... -arguyó Anne-Sophie con un gesto de asco.

-Hay gustos para todos. Lo importante es que sean eficientes. ¡Y vaya si lo son! -intervino Pipe, sacudiendo su Dunhill de oro como si quisiera saber lo que tenía adentro.

-Ustedes exageran su amabilidad. óiganme, si yo no me voy a molestar. Hay que admitirlo, esta raza es bien feíta. Por favor, si yo lo sé. Ya no soporto vivir en este país. Dime, Frank ¿tú crees que Pipe tiene la posibilidad de ser trasladado a Estados Unidos?

-Por favor, Anne-Sophie, no preguntes esas cosas -terció su esposo, enrojecido.

Frank explicó que por estar en la lista de *high potentials*, Pipe tendría la oportunidad de trabajar en el extranjero. Necesitaría, antes, pasar por varios departamentos en México y, además, tomar un curso en la Universidad de Harvard. Dependiendo de su rendimiento, Pipe podría ser destinado a otro país en tres o cuatro años. Más o menos al mismo tiempo en que él también esperaba ser promovido.

-¿Y mientras tanto viviremos con el mismo sueldo? -

preguntó angustiada Anne-Sophie.

Pipe se paró de un salto:

-¡Te has pasado! Tú y mi padre me van a matar. Disculpa Frank, Lo siento.

-No te preocupes, tranquilo, Pipe. No me molestan las preguntas. ¿Puedo tomar otro whisky?

-Ya ves que no se molesta -dijo Anne-Sophie, muy coqueta-. Eres buena persona Frank. No preguntaré más. Yo misma voy a servir tu whisky..

La entrada del copiloto en la cabina lo volvió a la realidad.

-¿Nos falta mucho? -preguntó Frank un poco atollado.

-Una hora más. ¿Desea beber algo?

-Un whisky con hielo, por favor. Luego me gustaría hablar con Mendieta, el gerente de México.

Al traerle la copa y algunos bocaditos, el copiloto le indicó que siguiese abrochado y sujetase bien la bebida porque encontrarían mayor turbulencia al bajar. El último informe de la torre de control anunciaba que se aproximaba una nueva tormenta. Confirmaban ese pronóstico los rayos, todavía lejanos, que iluminaban inmensas nubes negras.

La llamada a México tardaba en pasar, el avión se sacudía. Frank afinaba el oído en cada crujido del fuselaje. Sus manos sudaban, sentía la camisa empapada. Cuando sonó el teléfono apenas pudo cogerlo:

-Hola Mendieta. ¿Cómo?, ¿lo arrojaron de un piso?, ¿del trece? ¡Qué bestias! ¿Por qué lo mataron?, ¿cómo que no se sabe? ¿Quién te lo dijo? ¿Mi ex chofer? ¿Salvador? ¿Ya no es el tuyo? Bueno, salúdalo. ¿Quiénes fueron?, ¿un guarura?, ¿sabes el nombre?, déjame apuntarlo, Ho no ri no Ma ga ña, Honorino Magaña. ¿De quién era guarura?, ¿del Secretario de Gobernación?, estás seguro, ¡puta madre!, ¡se jodió la cosa!, nunca sabremos lo que pasó. Bueno, gracias. También agradécele a Salvador. Espero verte en la

reunión de gerentes. Va a ser en Pebble Beach. Un abrazo.

Apenas terminó la conversación regresó el copiloto, esta vez extendiendo sus brazos para no caerse. Quería saber si todo estaba bien. Al verlo tan agitado, preguntó si deseaba otro whisky.

-Creo que sí. Dígame antes, ¿cómo quedaría una persona si cayera de un piso trece?

-¡Hamburguesa!

-¿Y de esta altura?

-Voy por el whisky. Le serviré uno doble.

-Bueno, forastero, si encuentra a mi hija Lupe le dice que regrese, que la perdono por haberse ido con el traidor de Honorino -dijo el viejo Filemón, al extender

su callosa mano.

-Me voy sin que usted haya aprendido mi nombre. -  
Para mí, todos los que no son de Guerrero son forasteros, de esa manera no me equivoco. Allá usted que aprende nombres de ciudades que ni conoce y se mete en vidas que no le incumben -respondió Filemón, riéndose.

-Mire lo larga que quedó la lista. Me cuesta todavía trabajo pronunciar algunos pueblos: Tepecoacuilco, Ahuacuotzingo, Macuxtepetla

-Ya está bueno, forastero. Vaya usted con Dios.

-La última cosa, Filemón, por una razón u otra he olvidado preguntarle algo muy importante, ¿por qué a su compadre lo llamaban «Jarcho» si no era de Veracruz?

-Huuuy, es una historia muy vieja. De joven le gustaba cantar canciones jarochas, especialmente *La bamba*, esa de «para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra chiquita». Quédese una noche más, forastero, y le cuento el resto.

Forastero, forastero, me gusta ese nombre, es lo que verdaderamente somos, pensó al subir al jeep que lo llevaría, por una difícil trocha, hasta la carretera a Acapulco.

-Espere un momento -le dijo al chofer.

El forastero quiso contemplar a Filemón alejándose, encorvado sobre una mula y tirando de la rienda a la otra. Lo último que vio desaparecer tras los árboles fue la montura vacía, nunca se imaginó que al tormento de los primeros días le hubiese podido tomar cariño. Dejar la sierra de Atoyac le produjo una nostalgia inexplicable, le parecía haber estado meses en ella. Había experimentado algo que no podía definir, era más que las historias que oyó y la naturaleza que lo rodeaba. Creyó; absurdo tratar de entenderlo, prefirió irse saboreando las imágenes y sensaciones de la semana que compartió con Filemón.

El viaje de regreso lo encontró totalmente distinto, en una semana todo parecía haber tomado más nitidez. Las primeras horas las pasó absorto en ver los perfiles de la montaña, los diferentes volúmenes de los árboles y los exóticos pájaros que se alborotaban al paso del vehículo. Conforme descendía los arroyos aumentaban su caudal. Un río apareció abajo de la hondonada, donde los cerros comenzaban a empequeñecer. Llegando al último paso pidió que parase el jeep. Abajo, cruzando una planicie de cocoteros, vio la congestionada carretera. Pudo imaginarse los gritos de los vendedores, el ruido de los claxons, los silbatos de la policía, y los apuros de los turistas por tomar fotografías a todo. Atrás, dejaba a Filemón con el recuerdo de su compadre, viviendo sin saber lo pobre y feliz que era.

Apenas entró el jeep en la carretera de acceso a la bahía se encontró dentro de un embotellamiento impresionante, al tráfico normalmente caótico se añadía la obras de expansión de la vía. La pesada humedad de la costa estaba impregnada de carburantes, el forastero se puso un pañuelo en la nariz y cerró sus ojos, prefirió pasar el resto del viaje ensayando en su mente varias versiones de lo último que contó el viejo Filemón. Al llegar al hotel escribiría la mejor de ellas en su cuaderno verde..

.....El, hasta entonces, comandante ordenó subir en los helicópteros las bolsas de plástico conteniendo los cadáveres. Honorino, callado, vio que el bulto que contenía el cuerpo de su padre era tratado como un saco de papas; sus grandes ojos se llenaron de lágrimas. Rascafría lo miró y escogiendo sus mejores palabras le dijo que su papá tendría cristiana sepultura en algún lugar donde nadie perturbara su paz. A Filemón no le convenció la promesa y reclamó airadamente el derecho de saber dónde sería exactamente enterrado, porque quería «llevar flores a su compadre el día de los muertos».

-Si vuelves a hablar te envío a entregarlas en persona -

dijo el comandante, amenazándole con el dedo.

Filemón bajó los ojos, aspiró fuertemente y, tomando la mano de Honorino, se dirigió nuevamente a Rascafría:

-Mi comandante, como veo que ya no nos necesita, me voy con mi ahijado a la rancharía.

-No me hagas reír, a donde tú te vas es a la cárcel, y este chamaco se incorporará al ejército. Sargento, vigile a este sujeto, y tú, Honorino, no te preocupes, yo me ocuparé de ti.

Antes de dejar la sierra limpiaron toda el área, no debería quedar ningún rastro de la emboscada. El comandante realizó una inspección final acompañado por Honorino. El jovencito recogía casquillos en sitios ya revisados por otras personas.

-Vas a ser un buen soldado -le auguró al finalizar el trabajo.

El helicóptero que llevaría al último grupo trajo una sorpresa: Figuerola, el gobernador de Guerrero, vino a asegurarse de que la guerrilla de Luciano había sido totalmente exterminada. Cuando las aspas del aparato pararon, un enorme cinturón apareció en la puerta.

-Mejor que se acerque el comandante Rascafría -se oyó decir a alguien desde la carlinga.

El comandante se acercó y saludó militarmente. La conversación con el gobernador, sentado al borde de la puerta, duró bastante tiempo. Por la agitación de las manos parecía que en algunos momentos discutían. A veces miraban al grupo, que a su vez los observaban desde prudente distancia, y reanudaban la discusión. Finalmente el comandante Rascafría ordenó acercarse a Honorino y Filemón.

-Como ve, señor gobernador, es casi un niño, el otro sujeto es su padrino.

-En la guerra caen todos, niños y viejos. No me venga con pendejadas, señor comandante.

-Con todo respeto, señor gobernador, el ejército no puede hacer eso.

-Yo asumo la responsabilidad, comandante. ¿No se da



cuenta que son narcotraficantes?, nadie los echará de menos. Piense usted que no queremos que este sitio de mierda se convierta en una ermita de santos y vengan todos los comunistas del mundo en romería.

-Nadie encontrará este sitio, señor gobernador. El ejército se hará cargo del chamaco y a este hombre...

-Se lo juro, patroncitos, yo no he visto nada, nunca he estado aquí, ya me olvidé de todo, por diosito -interrumpió Filemón, poniéndose de rodillas.

-Ya usted ve, comandante, este hombre abrirá la boca mañana mismo.

-No, señor gobernador, mire usted -repuso Rascafría. El comandante sacó su cuchillo de montaña, jaló el pulgar izquierdo de Filemón y de un golpe seco lo amputó.

-Si algún día abres la boca te cortaré el cuello -le prometió, mientras limpiaba su cuchillo.

Antes de desmayarse el gobernador murmuró:

-Qué bestia es usted, comandante, yo no puedo ver sangre.

Días después el mismo don Arturo Figuerola, gobernador del Estado de Guerrero, subió jadeando las escaleras del estrado instalado en medio de la Plaza de la Constitución. Sus rechonchas manos tomaron el micrófono acercándolo a su boca como si fuera a aspirar oxígeno. Después de aclararse la voz con una serie de carraspeos, leyó con dificultad la hoja que alguien le alcanzó. Su mensaje apenas fue entendido por los campesinos traídos a Chilpancingo desde muchos pueblos del Estado; tampoco les interesaba lo que dijese, estaban allí para aplaudir cuando se les indicara a cambio de cobrar dos jornadas de trabajo, más comida y cerveza.

Honorino no se daba cuenta de nada, acompañado de un capitán, veía desde los balcones del Palacio de Gobierno un follaje de banderas mexicanas de todo tamaño.

Al término del discurso, el cielo trepidó con una in-

vasión de cohetes y bombardas, las numerosas bandas arrancaron a tocar marchas militares. Los esfuerzos del locutor por contener el entusiasmo de la multitud dieron resultado después de desgañitarse pidiendo silencio. Con ronca voz anunció que se procedería a condecorar a los miembros del Batallón Las Águilas por su victoria contra los rebeldes. El primero en recibir su medalla fue, el ahora coronel, Jesús Rascafría. Honorino lo reconoció y, contagiado por el calor ciudadano, aplaudió hasta que sus manos se pusieron rojas.

La ceremonia terminó con dos desfiles generales. En el primero, pasaron varios batallones de las fuerzas armadas, luego, niños de los colegios con sus bandas de guerra, al final lo hicieron las organizaciones sindicales, obreras y campesinas. Estando por terminar este desfile, se anunció que el Presidente de la República venía en helicóptero. Llegaría dentro de algunos minutos, había querido unirse «al triunfo de las fuerzas democráticas de la nación sobre los bandoleros de la sierra de Atoyac».

Para darle una calurosa acogida, decidieron repetir toda la ceremonia. Los condecorados devolvieron sus medallas, se prepararon otros lanzamientos de cohetes y bombardas, y las organizaciones sindicales tomaron nuevamente sus emplazamientos. El segundo desfile y los vivas de la multitud superaron al primero, el entusiasmo provocado por el Presidente y su comitiva fue proporcional al consumo de cerveza, que se distribuyó generosamente entre los asistentes. Filemón, todavía agradecido a Rascafría por haberle salvado la vida, oía desde la cárcel los vivas al Presidente y a México.

En medio de aplausos y lluvia de papel picado, las autoridades se retiraron al Palacio de Gobierno en compañía de los jefes militares y de las personalidades asistentes. La euforia en el Patio de Honor fue total, saludos, abrazos, vivas, felicitaciones. Dentro del caos había un orden: todos giraban alrededor del Presidente, como en la Meca. Nadie quería perder un

saludo o un comentario de él.

Tranquilizado un poco el movimiento con la llegada de las bebidas, el Presidente pidió hablar con el coronel Jesús Rascafría. Luego de las felicitaciones protocolarias, solicitó que relatase el último ataque. El coronel lo hizo en términos muy generales, omitiendo, tal como había sido ordenado por la Jefatura del Ejército, la participación de Honorino. Al terminar, el Presidente le tomó con suavidad el brazo y preguntó si era cierto el rumor de que un joven guía fue quien acabó con Luciano, el jefe guerrillero.

-Afirmativo, señor Presidente.

-¿Y qué pasó con él?

-Ese individuo se encuentra aquí.

Cuando lo trajeron a su presencia, el Presidente dejó de hablar, todos callaron. Los ojos del Jefe Máximo miraron con incredulidad a la criatura. Honorino vestía un holgado pantalón gris, camisa blanca cuyas mangas le llegaban a los dedos y relucientes zapatos negros. El corte militar de pelo lo hacía más niño.

-¿Cómo te llamas, hijo?

-Honorino Magaña para servir a usted y a México - recitó automáticamente esa vocecita.

El Presidente lo miró intrigado, después se le escapó una risita, luego otra, y otra más, al final las carcajadas de él y de todos los presentes se escucharon hasta en la calle.

Honorino no sabía por qué se reían, me habré equivocado, pensó. Desde que salió de la sierra, esos hombres, sus costumbres y su manera de hablar lo confundían.

Cuando el Presidente dejó de reírse todos lo hicieron. Entonces con voz calmada preguntó cuáles eran los planes para el chamaco. Figuerola dio la sensación que iba decir algo, pero mientras buscaba las palabras el coronel Rascafría se adelantó diciendo que el padre de Honorino murió en la batalla contra los guerrilleros y, al ser huérfano de madre, creía que el ejército podría hacerse cargo de él.

-¿No será muy joven para el ejército? Oiga, señor gobernador, porque no hace algo con este jovencito, mire, es fuerte y valiente.

-Señor Presidente -respondió solícito, el obeso gobernador de Guerrero-, ¡qué buena sugerencia! Descuide usted, en el Estado tenemos instituciones para huérfanos.

-¿Para huérfanos, eh?, al justiciero del país, al que acabó con el azote de su Estado. Bien, señor gobernador -respondió el Presidente, visiblemente molesto.

El gobernador se dio cuenta de que había defraudado al Presidente. Eso era muy grave.

-Las instituciones que tenemos son muy buenas, pero este joven héroe merece algo más, merece un hogar y yo le ofreceré el mío. Lo pondré bajo mi tutela, señor Presidente.

-Hombre, qué buen corazón tiene usted, señor gobernador, lo felicito. Yo a este chamaco le voy a regalar mi reloj -miró su reloj Vaucheron Constantin., y pidió a su edecán el suyo:

-Seiko, muy buena marca -dijo en voz alta, mostrando a todos el reloj. Llamó a Honorino y se lo puso en la muñeca-. Hum, te queda grande, el señor gobernador te comprará una correa a tu medida, ¿no es así, señor gobernador?

-¡Qué buena sugerencia!, señor Presidente. Le regalaré un brazalete de oro de 21 quilates.

Mientras la fiesta continuaba en toda la ciudad, Honorino pasó la tarde en la cárcel visitando a su padrino. Filemón trató, con poco resultado, de explicarle muchas cosas: El gobernador de Guerrero no lo mataría, tenía la protección del Presidente y no se atrevería a hacerle nada malo, sin embargo necesitaba cuidarse y estar muy atento a cualquier cosa rara. Las mulas habría que darlas por perdidas, el ejército se las habría llevado. Nadar en el mar es muy diferente que nadar en el río, hay tiburones y olas, pero no hay remolinos. Rascafría era un buen hombre, les había salvado la vida, su pulgar le haría falta pero peor hubiera sido

que los tirasen de un helicóptero en alguna parte de la sierra. Escaparse no era una buena idea, pero si tenía que hacerlo sería mejor irse donde los indios amigos de su padre, los nahoas o los amusgos.

Filemón repetía sus consejos una y otra vez para asegurarse que Honorino los entendiera, pero sus preguntas sugerían que no todo le quedaba claro: «¿Si Rascafría es buen hombre, por qué te cortó el dedo? ¿Quién manda más el coronel o el gobernador? ¿Cómo sabrá la tropa el nombre de su mula? ¿Cuál es la mejor ruta para llegar desde Acapulco a la sierra de Atoyac?» Su padrino respondía lo mejor que podía mientras los ojos de Honorino se perdían en otras dudas.

El bullicio que llegaba del pueblo comenzó a disminuir, faltaría poco para que viniesen por Honorino. Los últimos minutos los dedicaron a hacer planes para volverse a encontrar: Filemón esperaba una condena máxima de diez años; si el coronel lo recomendara podían ser menos. No pensaba escapar, ir a Estados Unidos, como hacían muchos narcotraficantes perseguidos por la policía mexicana, le parecía imposible, «primero en la cárcel que fuera de mi tierra», dijo. Una vez libre compraría un ranchito para cultivar maíz y se iría a vivir con su mujer y su hijita Lupe. Honorino podría vivir con ellos si quisiera, para esa fecha tendría veintitrés años y sería un ciudadano con todos los derechos. Si antes Honorino huyera de la protección del gobernador, decisión que Filemón le advertía muy arriesgada, debería avisarle a la cárcel con cualquier indio del pueblo que lo acogiera. Filemón lo buscaría en cuanto saliese de la cárcel.

Esa misma noche el gobernador partió a su residencia de Acapulco, uno de los autos de la comitiva llevaba a Honorino. El coronel Rascafría le había dado un papel con varios números de teléfono, el joven no sabía exactamente para qué serviría pero lo había guardado cuidadosamente en su bolsillo junto al dinero que también le regaló. Hundido en el asiento posterior, con

dos fornidos guardaespaldas a su lado, los ojos de Honorino se humedecieron al darse cuenta que lo llevaban muy lejos, la oscuridad y las curvas no le permitían orientarse. Su esperanza de que al amanecer podría reconocer algún cerro desaparecía a cada kilómetro. No sería fácil regresar, pensaba. Lo primero que debería comprar es un machete, porque el suyo, con el que mató al hombre del que todo el mundo hablaba, se lo quitó el coronel Rascafría. Después, debería comprarse huaraches para acabar con el tormento de los zapatos. Si conseguía quien le comprase el reloj, guardaría el dinero para una mula. Pensando en regresar a los senderos de Guerrero por donde su padre lo había llevado, el jovencito se quedó dormido...

.....Y el forastero estuvo listo a escribir en su cuaderno verde.

7

Frank dejó su desayuno y apagó el televisor para contestar el teléfono, era Jack, el Presidente del Directorio. Miró su reloj: las seis y media en Salt Lake City, sería las ocho y media en Nueva York, a esa hora el respetable vientre debería estar en la oficina consumiendo café.

-Por favor, entiéndeme Jack, si no regreso hoy no es porque algo va mal, al contrario, he quedado sorprendido de lo eficientes que son estos mormones. El programa con el Instituto Tecnológico de Massachusetts, es increíble. No está lejano el día en que el MIT y nosotros anunciemos haber desarrollado el protozoario que se alimenta de plásticos. Jack, merecen que les demos más dinero, mucho más, ya pensaré la manera de financiarlo, lo hablaremos cuando regrese a Manhattan. Mientras tanto imagínate el beneficio que Mediplast puede obtener con este invento, pasarás a la posteridad, Jack. Ja, ja, bueno, yo también si tú quieres. No creo que me necesites en el Directorio. Si no te importa regresaré dentro de uno o dos días.

Después de colgar el teléfono se dirigió a la ventana. ¡Qué invento!, pensaba, desaparecerán montañas de basura, botellas, bolsas, jeringas, envases, ¡fantástico!, ¡increíble!, estos mormones son la hostia, los del MIT también, el profesor Iqbal, pakistaní, musulmán, pero sonrío como mormón, tampoco bebe alcohol, debe hablar con Alá cuatro veces al día, ¡MILAGRO, MILAGRO! MEDIPLAST DESCUBRE PROTOZOARIOS TRAGA-PLÁSTICOS, ¡qué contribución a la civilización!, más útil que el viaje de Armstrong a la luna, realmente será lo más grande desde el descubrimiento del fuego, ja, ja, ja, sin exagerar: desde la imprenta o la electricidad, tengo que asegurarles que serán financiados a largo plazo, y patentaremos cada etapa, les voy a poner el mejor equipo de abogados, esta ciudad es la más limpia del mundo, ni un papel en el suelo, qué bárbaros son estos mormones, dos días sin tragos y estoy perfecto, qué bien he corrido esta mañana. Frank siguió de pie frente a su ventana hasta que sonó nuevamente el teléfono, lo esperaban en recepción.

Su deseo de entrevistar a cada jefe de departamento no pudo cumplirlo porque el Proyecto Misti, nombre que él mismo escogió para el programa de investiga-

ción de protozoarios, le quitó tiempo. Sin embargo, antes de partir, pidió ver a John Furness, el Director de Marketing.

Al igual que sus compañeros, John era alto, rubio, con el pelo cortado como oficial de marina y la sonrisa sincera de alguien que está en paz con su conciencia. Después de excusarse por la intempestiva llamada, le dijo:

-No puedo irme sin charlar contigo. ¿Te molestaría mucho llevarme al aeropuerto? Quizá podemos comer algo sencillo por el camino.

La camioneta de John destacaba entre los sobrios autos del estacionamiento. Varias etiquetas de manifiestos ecológicos la adornaban. El compartimiento posterior estaba ocupado por grandes bolsas de campana.

-Este fin de semana cruzaremos con la familia el Cañón de Glen. Si algún día quisieras visitarlo, me avisas. Es más bonito que el Cañón del Colorado -aseguró John, orgulloso.

Al ver que Frank miraba la carga, añadió:

-No creas que cargamos el equipo, para eso están las llamas.

-¿Llamas? -preguntó Frank, sorprendido.

John explicó que las llamas estaban de moda en el oeste de Estados Unidos. Al comienzo eran cuidadas y guiadas solamente por peruanos pero ahora algunos mormones también lo hacían.

-Criar llamas es uno de los mejores negocios -afirmó.

Una avalancha de pensamientos se agolpó en la cabeza de Frank: protozoarios que comen plásticos, cholos alquilando llamas, mormones viviendo felices, ciudades limpias y seguras, ejecutivos eficientes y cooperadores.

-Lo único que aquí falta es un bar -se escapó de sus labios.

-A esta hora ya están abiertos algunos. Se les conoce como «clubs privados» pero en realidad son bares. Lo único que tienes que hacer es efectuar un pago simbólico por tu inscripción y automáticamente tienes derecho a cuanto trago quieras. ¿Deseas conocer uno?



Todos los forasteros tienen la curiosidad de conocer los bares de Salt Lake City.

Frank estaba rojo, creyó haber dado la sensación de ser alcohólico, por otro lado esa mala interpretación brindaba la oportunidad de conocer otra faceta de esa puritana ciudad.

Al llegar pidió un *bloody mary* que sirvieron a la perfección. El Director de Marketing ordenó una Coca Cola Light sin cafeína.

-Es muy popular aquí -explicó-, los mormones evitamos la cafeína.

La abierta personalidad de John, su franqueza, y el carisma que proyectaba, incitó a que Frank pensara en lanzarse a indagar sobre la vida y costumbres mormonas, especialmente la poligamia que oyó decir se practicaba a pesar de estar oficialmente prohibida. El deber profesional pesó más y prefirió preguntar cómo habían recibido la noticia de la compra de su compañía por Mediplast. La respuesta no podía ser mejor, la fuerza de ventas y los ejecutivos de marketing estaban contentos de poder trabajar para una corporación más grande, esperaban tener mayores

oportunidades. Le contó de paso que la mayoría de los vendedores también eran mormones.

-Son muy buenos -añadió John, saboreando su bebida-. Desde jóvenes son entrenados para convencer a otras gentes. Todos tenemos que servir en las misiones. Yo pasé tres años en Holanda, allí tenemos una feligresía muy grande.

-¡Extraordinario! -afirmó Frank, entusiasmado-. Vender algo a los holandeses es casi imposible, pero venderles una religión es, sin duda, un milagro. Salud por eso -brindó, y al levantar el vaso se quedó inmóvil unos segundos antes de preguntarle:- ¿No tienes problemas cuando invitas a clientes?, ¿se sienten cómodos cuando ven que no tomas alcohol?

La respuesta lo decepcionó, no había milagros. John dijo no ser fanático y bebía alcohol cuando era necesario. Pronto habría que renovar el contrato de catéte-

res con el VHA, un grupo hospitalario con más de cien mil camas, y pasaría una semana en Houston invitando a cuanto títere con cabeza tenía que ver con el negocio.

-Cien mil camas bien valen alguna reprimenda de mi conciencia -confesó.

-¿Cien mil camas, eh?, igual que todas las camas de México -comentó Frank. De pronto Pipe apareció en su mente, recordó cuando se le dio la responsabilidad de las ventas en ese país. Si tuviese tiempo contaría esa historia a John, pensó. En esta vida no se tiene tiempo para nada, ni para contar ni para aprender. Cómo me gustaría saber.. biología, astronomía u otras cosas como la poligamia o cómo llegaron las llamas a Utah. Cada vez me entero de menos cosas. Y Britt que me espera en la ópera, y los idiotas del Directorio, y Pipe, y la muerte atroz.

-Sí, cien mil camas hospitalarias. ¿No lo crees? - preguntó John, intrigado por el silencio de Frank.

-Disculpa, estaba pensando en las similitudes y diferencias entre clientes mexicanos y americanos. Otro día te lo cuento, sería muy largo hacerlo hoy.

Mientras comían unos inmensos sandwiches de pollo, John, con una sonrisa maliciosa, le dijo:

-Hasta ahora no has preguntado sobre la poligamia. O ya sabes bastante de eso.

-Honestamente, ganas no me han faltado. Lo que sucede es que no he tenido tiempo para hacerlo. Si puedes contarme un par de cosas te agradecería.

John cumplió el deseo: La poligamia era una práctica que estaba desapareciendo en Utah, sin embargo, su tío que vivía en Provo, una ciudad del sur, tenía tres esposas, y el sheriff de Salt Lake City tenía dos. Los mormones creían que la maternidad es el papel que Dios ha asignado a la mujer y cuando hay escasez de hombres, como desgraciadamente les sucedió en el siglo pasado a consecuencia de persecuciones y guerras, los varones están moralmente obligados a tener caridad con las solteras y facilitarles la entrada en el

reino de los cielos. -Y, ¿por qué tienen que casarse para tener hijos? -preguntó Frank-. ¿Por qué no se conforman con ser madres solteras? Varias chicas de nuestra compañía en México solucionaron su instinto maternal de esa manera.

Frank no escuchó la respuesta, estaba, otra vez, recordando a Pipe.

Apenas subió al avión sacó su cuaderno rojo y escribió con el bolígrafo que tenía sus iniciales y el escudo de México...

... Como todos los ascensos y promociones, el título de Gerente de Ventas otorgado a Pipe se debió a un acto tan fortuito como el sitio donde cae un rayo o donde se atraca el taco de un zapato. En su caso todo se originó en la reunión secreta y urgente a la que fueron llamados todos los presidentes que Mediplast tenía en los países del tercer mundo. La reserva del hotel Château de Fontenac, en Québec, estaba a nombre de Berstain, Seiden y Herrmann, un bufete de abogados de Wall Street. Ningún invitado tenía idea de lo que se iba a tratar, pero dadas las precauciones que se habían tomado, podía deducirse que algo muy serio ocurría, y efectivamente así fue. Una vez que detectives privados inspeccionaron la sala de reuniones, el Presidente del Área Internacional explicó que a partir de ese momento se prohibía terminantemente sobornar a autoridades extranjeras.

Tal como la prensa profusamente publicaba, la investigación federal en los Estados Unidos ya había causado el suicidio de algunos presidentes de compañías, la renuncia de importantes líderes políticos, entre ellos el primer ministro de Japón, Tanaka, y la vergüenza de mucha gente importante como el Príncipe Bernardo de Holanda. Mediplast había decidido contratar a un prestigioso bufete de abogados para justificar los pagos anteriores al anuncio, pero desde ese preciso momento cualquier soborno sería causa de

despido del ejecutivo implicado.

Frank y sus colegas entendieron bien las consecuencias políticas y penales que corrían: no era difícil suponer que la prensa local podría enterarse de los sobornos que Mediplast pagaba en los países «en desarrollo» y sus carreras profesionales terminarían estrechamente.

Cuando regresó a México y comunicó la nueva política al Director de Marketing, recibió la siguiente contestación:

-¿Operar en este país sin mordidas?, ¿cuándo piensan cerrar la compañía? No venderemos un peso ni cobraremos lo que nos deben. Los gringos están locos.

El pronóstico del Gerente de Ventas fue peor: - Acabaremos en la cárcel, y yo seré el primero en ir por haberme encargado de las mordidas.

Pero el Gerente de Ventas no acabó en la prisión sino en el hospital: a los pocos días sufrió un asalto al salir del Seguro Social. No estuvo clara cuál fue la razón de la paliza, corrieron rumores de que se había quedado con parte del dinero de sobornos anteriores y ahora, que no tenía fondos con qué compensar esas apropiaciones, los compradores del Gobierno quisieron advertir que no se podía jugar con ellos. El pánico cundió entre la fuerza de venta. Al finalizar el mes la totalidad de los vendedores a hospitales del Gobierno habían renunciado, cobrado su liquidación y desaparecido.

Frank y su equipo de ejecutivos no sabían de qué manera podían mantener las ventas sin pagar el proverbial diez por ciento de mordida. Luego de largas discusiones estuvieron de acuerdo en que el nuevo equipo de vendedores tenía que ser más profesional, tanto en el conocimiento de los productos como en la proyección de la imagen ética de la compañía.

Al concretar en la pizarra el perfil de esa nueva hornada de empleados, alguien dijo que nadie podía estar mejor indicado para dirigirlos que Pipe Somocurcio. Todos asintieron, menos Frank. Algo le decía que su personalidad no era compatible con los clientes: los

médicos educados eran los menos y los groseros e inmorales burócratas eran los más.

La opinión de los ejecutivos fue unánime: Pipe es un caballero, no sólo es honesto sino que da la impresión de serlo, conoce nuestros productos, tiene magníficos modales.

-Eso no es suficiente y en México puede ser hasta contraproducente -protestó Frank.

-Pipe puede hacerse amigo de los funcionarios invitándolos a comidas y cenas -sugirió el Director de Finanzas-. Eso todavía no está prohibido.

Frank no se dio por vencido, deseaba oír más razones y vino una contundente: Otra cosa que no estaba prohibida era invitar a visitar el centro de investigación y las fábricas en Estados Unidos, esto permitiría convidar a los clientes a pasar unos días en Nueva York y atenderlos a cuerpo de rey. Pipe sería un excelente cicerone y Anne-Sophie podía ayudarlo en caso de que los invitados llevasen a sus esposas. Ante tal argumento Frank no tuvo más remedio que aceptar la sugerencia de su equipo. Al hacerlo, pidió al Director de Marketing que lo mantuviese informado en detalle del progreso de Pipe.. Al día siguiente vino la primera sorpresa, el Director de Marketing entró muy alterado a la oficina de Frank. Había pasado toda la mañana conversando con Pipe sin convencerlo a que aceptase el ascenso a Gerente de Ventas; él prefería seguir de Jefe del Departamento de Servicio a Clientes.

-Quizá le habrá parecido poco lo que ofrecí. ¿No querrá mi puesto? Pipe es muy ambicioso o muy pendejo -sentenció el director.

Frank le pidió que relatase la conversación y comprobó que la oferta era muy atractiva: un aumento de sueldo del veinte por ciento, un auto nuevo, tarjetas de crédito y amplia cuenta de gastos.

-Ambición no es, dinero tampoco. Dime, ¿no se habrá asustado con la responsabilidad?, ¿le has explicado bien que nosotros entendemos las dificultades y estamos dispuestos a ayudarlo?

El director juró haberle prometido toda clase de apo-

yo, sin embargo Pipe obstinadamente prefería mantenerse en su oscuro cargo.

-Tendré que hablar con él -dijo Frank, despidiendo fuego por sus ojos-. Dile que venga ahora mismo.

Pipe entró más pálido que nunca. A pesar que era medio día parecía que acababa de salir de la ducha, su loción, un poco dulzona, invadió la oficina. Obedeciendo a un gesto de Frank, que conversaba por teléfono, Pipe se sentó en un sofá, sacó su encendedor Dunhill, un cigarrillo, y empezó a jugar con ellos. Al observarlo Frank pensó: hoy te voy hacer galopar mariconcito de mierda.

Terminada la llamada, Frank habló con su secretaria por el intercomunicador, pidió tacos de chorizo con chile jalapeño y cerveza Superior. Dio, además, instrucciones de que no lo interrumpiesen.

-No te levantes, Pipe. Habrás escuchado que comeremos algo aquí. Tengo que hablar seriamente contigo -dijo Frank, conteniendo a duras penas su irritación.

-Sí, sí, gracias -musitó Pipe, agitando su encendedor.

-Las gracias me las darás por otra cosa. Mira, como somos amigos y paisanos, no voy a ir con rodeos: dime, ¿QUÉ CARAJO TE PASA?, ¿por qué no has aceptado el puesto que te ofrecen? ¿Tú crees que esa oferta te la han hecho sin que yo estuviera de acuerdo? Tienes solamente veintiocho años, Pipe, ¿quieres pasar el resto de tu vida haciendo numeritos en una oficina?, ¿ESTÁS HUEVON?

-Yo creía que mi trabajo era importante -se atrevió a contestar Pipe.

-Pipe, por favor, no me vengas con cojudeces, estás insultando mi inteligencia, carajo. Todos los trabajos son importantes, sin embargo, una cosa es ver si a los clientes les ha llegado la mercadería y otra cosa es ser responsable de ventas en un mercado de cien mil camas.

-Licenciado Rosales, lo llaman de Estados Unidos -interrumpió la secretaria.

Frank volteó la cara y la miró como si fuera a es-

trangularla.

-Les diré que ha salido, disculpe, licenciado -y María se fue casi corriendo.

-Ya tú ves, hasta mi secretaria se ha vuelto loca, no sé qué pasa con la gente. A ver, Pipe, tranquilízate, dime, ¿por qué no quieres ser promovido?

Casi a media voz, y jugando con su encendedor Dunhill en una mano y el cigarrillo sin encender en la otra, Pipe comenzó a describir la eficiencia de su departamento y los planes que tenía para mejorarlo aún más. Frank no lo dejó acabar:

-¡ME ESTÁS SUBESTIMANDO, CARAJO! Tú sabes que ése no es el punto. Vamos al grano: ¿tú quieres progresar en la empresa, o no? Si lo quieres, vas a tener que cambiar de puesto muchas veces. Tener experiencia en ventas es indispensable para tu currículum, ¿lo entiendes, verdad ... ? A no ser que tengas temor por el asunto de las mordidas... No te preocupes, eso se acabó. Ahora venderemos la calidad de nuestros productos, lo que dábamos en mordidas lo daremos bajando los precios. ¿Tienes acaso temor de no poder realizar el trabajo?

Pipe había desbaratado su cigarrillo. Dejó los restos en el cenicero, sacó otro y lo ofreció a Frank que con un gesto displicente lo rechazó.

-O... ¿tú crees que a Anne-Sophie no le gustaría que fueses ascendido? continuó Frank, en tono malicioso. Los ojos de Pipe seguían entretenidos con el encendedor.

-Contéstame, ¿le gustaría a Anne-Sophie verte promovido y con más dinero en el banco? ¿Le gustaría?

-Claro que le gustaría -respondió Pipe, resignado-. ¿Estaré mucho tiempo de Gerente de Ventas?

Frank supo que había ganado la primera batalla, ahora tenía que reforzar la decisión de Pipe:

-Depende de tu trabajo. Cuanto más pronto lo organices y obtengas resultados, más pronto te cambiaremos a manufactura o a finanzas. Además, no olvides que irás al curso de ejecutivos en Harvard. Este

ascenso es sólo el primer paso, tú llegarás hasta donde quieras. Pipe, con la educación que tienes, los idiomas que dominas y tu conocimiento de la cultura americana, latina y europea, no me sorprendería verte pronto de jefe mío, o más arriba. Presidente del Consejo de Mediplast en Estados Unidos, por ejemplo.

-Creo que exageras, Frank. Realmente no me conoces -aseveró Pipe con voz firme-. Nadie me conoceañadió, bajando el tono.

-¿No ... ? Pipe, yo te conozco como si te hubiera parido. Mejor dejemos esas discusiones bizantinas para un día que llueva, ahora vamos a festejar tu promoción. Iremos con tu jefe, él tiene más experiencia que yo atendiendo a funcionarios mexicanos.

Mientras hablaba, entró sigilosamente la secretaria y puso la bandeja del almuerzo sobre la mesita del centro.

-María, estoy seguro de que los tacos están riquísimos pero iremos a comer al *Les Bon Vivants*. María es usted muy eficiente.

La secretaria agrandó los ojos y sin decir nada se apresuró en salir.

Frank dejó el restaurante cuando era las siete de la tarde y el Director de Marketing recomendaba a Pipe llevar un buen surtido de chiles picantes en sus viajes a Estados Unidos. Aseguraba que causaría una impresión extraordinaria a los invitados mexicanos. Pipe escuchaba mirando su encendedor Dunhill.



-Forastero no suena bien -respondió secamente Otilio.  
-¿Por qué tiene que sonar bien?, ningún forastero puede sonar bien.  
-Me refiero que aquí en Acapulco los llamamos licenciado o señor, y al del mismo puerto, hijo de la chingada.  
-Lo sé, pero me gustaría llamarme Forastero por un tiempo. ¿Por qué le molesta tanto?  
-No me molesta, digo nada más. Usted manda y paga. Entonces pues, está contento con los servicios de *Acapulco Private Detectives*. Ya ve, el viejo Filemón

fue un buen contacto. Ahora para qué somos buenos, no puedo pasarme toda la tarde hablando por teléfono. -Otilio, quisiera conocer a alguien que haya estado cerca de Honorino durante el tiempo que vivió en Acapulco. Mi mujer viene dentro de dos días y usted sabe, ya no tendré tiempo, así que apúrese. -No se preocupe, haremos todo lo posible. Duerma bien, lo merece.

Siempre que el Forastero veía la bahía de Acapulco de noche le sucedía lo mismo, la encontraba espectacular. Las luces de la avenida Costera y la interminable línea de hoteles le despertaban, al cabo de contemplarlas un momento, una sensación lujuriosa.. Recostado en la baranda de su bungalow en el hotel Las Brisas, sopesó la alternativa de vestirse e ir a perderse en algún bar o discoteca. Deben ser las diez de la noche, pensó. A esa hora Filemón estará echado en su hamaca mirando esta misma luna, amarillenta y enorme. Le faltará un par de noches más para llegar a su rancho. El Forastero se sintió feliz, dio un salto y se zambulló en la piscina de su bungalow. La temperatura del agua estaba algo más fresca que la de su cuerpo, se le antojó pensar que era como regresar a la placenta de su madre y retuvo la respiración lo más que pudo. Cuando sacó la cabeza vio que una gran cantidad de estrellas lo miraban, sonrió, no había nadie, las saludó con la mano, y empezó a nadar suavemente.

Le pareció que nunca en su vida había dormido mejor, la luz del sol llegaba al sillón de mimbre. Retozando en su cama, se preguntó si pediría huevos rancheros o a la mexicana, los saboreó alternativamente en su imaginación sin decidir cuál iba mejor con la pereza que lo invadía, quizá tenía apetito para ambos. Estaba a punto de llamar pero le asaltó otra duda, ¿cuál debería probar primero? Mientras daba vueltas al asunto el timbre del bungalow sonaba insistentemente.

-¡Forastero!, ¡señor!, ¡licenciado!, o cómo chingada madre quiera llamar-se, abra la puerta o la rompo a patadas.

-Otilio, ya voy. A qué tanto escándalo.

-¿Por qué ha dado órdenes de no pasarle llamadas? He tratado de hablarle desde muy temprano. Ya me estaba preocupando. Vístase, va de pesca. Encontré a la persona que usted busca.

Bajar a Acapulco con Otilio al volante sólo podía compararlo con la única vez que subió a una montaña rusa. No escuchaba lo que el suicida decía, esperaba estrellarse contra el parabrisas de un momento a otro y maldijo su suerte. Cuando estaba dispuesto a tirarse del vehículo Otilio anunció que faltaba poco, el Forastero no contestó, vivía una pesadilla.

Al bajar le temblaron las piernas. Otilio se despidió recomendándole no olvidar sus consejos, él no recordaba ninguno. Cuando el automóvil partió se dio cuenta que no tuvo la oportunidad de decir que odiaba pescar y se mareaba en los barcos. Ya era tarde, un sonriente muchacho lo guiaba al *Margarita*. El muelle de yates estaba lleno de turistas eufóricos, de cañas de pescar, cajas de cerveza y refrescos. Todos hablaban a gritos.

-Bienvenido, Dios nos dé un bonito día. Éste es mi ayudante, hace de todo -lo saludó un hombre fuerte, prieto, algo mayor, que llevaba una gorra de capitán de barco-. Yo me llamo Ubaldo, soy el patrón del *Margarita*. Disculpe licenciado, ¿su apellido es Forrest?

-Forrest, no. Forastero, y por favor no me llame licenciado -contestó el visitante, todavía algo aturdido.

-Bien, bien. Como usted quiera -respondió el patrón, añadiendo como si hablase consigo mismo-: Otilio me recomienda cada cuate, que pa' qué le cuento, «Dios lo tenga siempre en su gracia».

-Amén -complementó el forastero.

-¿Es usted hermano?

-Hermano de quién.

-De quién va ser, de nuestro Señor Jesucristo. No, usted no es creyente, se ve. Pero, si me permite, lo llamaré hermano Forastero.

-Hermano Forastero es mejor que licenciado Forastero.

-Usted puede llamarme hermano Ubaldo, como todo el mundo lo hace desde hace nueve años. Y basta de plática. Ya que viene solo zarparemos inmediatamente, los merlines lo están esperando. «Alégrense los cielos, regocíjese la tierra, retumbe el mar y cuanto encierra», salmo 96. Permiso, hermano -y el moreno subió al mando superior

El Forastero se quedó confundido. Pensaba que no era justo tener una mañana como aquella. Había estado a punto de desayunar como Dios manda y después por poco deja sus huesos en la Costera; ahora estaba aterrorizado sobre la cubierta del yate de pesca cuyo patrón era un santón o un loco. Al ver que el *Margarita se* alejaba del muelle consideró saltar y regresar a nado, sin embargo, conforme pasaron los segundos se tranquilizó al notar que el piso de la cubierta recuperaba su estabilidad. Observó que un lujoso paquebote ingresaba a la bahía haciendo sonar su sirena, más allá varios catamaranes parecían competir en alguna regata. La brisa del mar ayudó a atenuar algo sus emociones y le permitió fijarse en lo extraña que era la silla de pescar, parecía una silla eléctrica o, menos tétrico, pensó, una silla de peluquería antigua. Sentado en ella contempló la belleza de la bahía enmarcada en la exuberante montaña que la atenazaba.

-Está usted viendo a Sodoma y Gomorra juntas. Caerá fuego sobre ellas porque no hay ni diez justos que vivan en Acapulco -clamó Ubaldo, bajando por la escalera.

-No puede negar que Dios ha creado una bella bahía.

-« La grandeza de Dios ha sido desaprovechada por los pecadores.» «Él no se apiadó de los que estaban engreídos por sus pecados.» Eclesiástico 16 -replicó Ubaldo, acercándose. Y en un tono menos pomposo agregó:- ¿Viene usted a pescar?

-¿Cómo?, no entiendo -respondió sorprendido el Forastero.

-Para pescar no necesita grabadora ni cuaderno y menos zapatos de montaña, más útil sería haber traído gafas para el sol, sombrero y crema protectora.

-Me veo ridículo, ¿no es así?

-No por el momento pero lo estará al fin del día si no se cuida. Venga a la cabina, hermano, le daré lo que necesita.

-Lo que realmente necesito es un buen desayuno, ¿tiene huevos?

-Es lo único que no tenemos, pero le prepararé un algo sabroso. «Porque habiendo lo que sobra no importa lo que falte», eso no está en la Biblia, lo decía mi abnegada madre. Dios la tenga en su gloria.

Casi al terminar su desayuno, el hermano Forastero sintió un pequeño bamboleo en el piso y otro en su estómago. Miró afuera y vio el perfil de la costa pendular en el horizonte, navegaban en mar abierto, sintió palidecer. Creyó que su interés por Honorino no merecía el tormento que se avecinaba y decidió hablar francamente con Ubaldo. Mientras confesaba que nunca había pescado desde un bote, y que había venido solamente por conocer a algún amigo de Honorino Magaña, vio que Ubaldo lo escuchaba paralizado, diríase que no respiraba.

-Lo debía haber supuesto. Dios permitió que anoche, mientras dormía, hablase con Honorino. Está vivo, es feliz. ¿Lo conoce usted?

-Dígame, hermano Ubaldo, ¿Otilio no le dijo para qué venía?

-Ese pecador incorregible me dijo que usted quería pescar marlines y peces vela. Y que le tuviera paciencia porque me haría preguntas sobre la historia de Acapulco que deseaba escribir. Pero no importa, lo trascendental es que Honorino habló por concesión del Espíritu Santo con este siervo del Señor. «Alabado sea Dios que nos da la victoria.» Primera epístola de Pablo a los Corintios. Lo ve hermano Forastero, Dios con su infinita misericordia me ha puesto en su cami-

no para acercarlo a Él.

Mientras la verborrea del hermano Ubaldo se prolongaba, el hermano Forastero sintió que estaba a punto de vomitar sobre la mesa, no creía tener las fuerzas suficientes para descender los pequeños escalones que iban al baño. Su cabeza empezó a dar vueltas en sentido opuesto a las oscilaciones del mar. Haciendo un esfuerzo supremo rogó a Ubaldo regresar a Acapulco. Como por arte de magia el yate recuperó su estabilidad apenas dio la vuelta y el hermano Forastero vio que las cosas quedaron nuevamente en su sitio. Salió a popa y observó cómo las olas corrían paralelas a la embarcación. Desde la punta de sus dedos sintió agradables escalofríos que le ayudaron a recobrar la temperatura del cuerpo. Al mismo tiempo su respiración se normalizaba. Atrás de él, Ubaldo continuaba la prédica. Pasados unos minutos el Forastero recuperó su color y optimismo. Viendo que la costa se acercaba propuso fondear el bote junto a alguna tranquila playa para poder conversar sobre Honorino. Al hermano Ubaldo le encantó la sugerencia, anclarían frente a la casa del ex gobernador de Guerrero, donde vio a Honorino por primera vez.

-Empecemos, hábleme de él -sugirió el Forastero, abriendo su cuaderno verde.

-«El que ama la instrucción ama la ciencia», Proverbios 12.

-Hermano Ubaldo, podría dejar de citar la Biblia. Veamos, ¿cuándo conoció a Honorino?

-«El Señor condena al hombre taimado», sigo en Proverbios 12. Lo conocí la noche del 5 de diciembre del año de gracia del Señor 1974. «El que guarda su boca y su lengua, guarda su alma de la angustia.»

-¿Proverbios 12? -preguntó el Forastero, desalentado.

-No, Proverbios 21. Fue exactamente esa noche porque el día siguiente fue terrible. «Todo pasó como una sombra, como una noticia que va corriendo», Sabiduría 5 -declaró con solemnidad el hermano Ubaldo.

-No sabía que la Biblia tuviese un libro de Sabiduría. -

Usted conocerá la Biblia hebrea, es incompleta; yo leo la verdadera, la Biblia griega. «Hasta su hora oculta sus palabras, y entonces muchos labios proclamarán su inteligencia», Sabiduría 1.

Cuando atracaron en el muelle la noche caía rápidamente, el Forastero se felicitaba de la paciencia que tuvo: había encontrado la aguja que buscaba dentro de un gran océano de citas bíblicas. Al llegar a su hotel se duchó largamente, luego salió en albornoz a la terraza, puso su cuaderno verde sobre la mesa de vidrio, y antes de sentarse a escribir decidió caminar alrededor de la piscina mientras ponía sus ideas en orden...

.. El gobernador Arturo Figuerola llegó a su mansión de Acapulco entrada la noche. La señora Margarita, luciendo una túnica celeste que disimulaba mal su opulencia, lo esperaba acompañada de amigos íntimos en la sala principal. Luego de los besos y abrazos correspondientes, brindaron por el éxito político que don Arturo había alcanzado al aniquilar a Luciano y sus guerrilleros. Todos comentaban la satisfacción del Presidente y las palabras que pronunció en Chilpancingo. Más elogios no podía haber recibido el gobernador. A partir de ese momento su influencia trascendería las fronteras de Guerrero, todo México hablaba ya de él. Calmado el alborozo, don Arturo narró con lujo de detalles las horas que pasó en compañía del Presidente; al mencionar a Honorino ordenó a Ubaldo, guardaespaldas de su esposa, traer al joven. Mientras tanto el gobernador contó a grandes rasgos cómo el chamaco acabó con la vida del guerrillero, los amigos quedaron impresionados del hecho, una gran expectativa creció por conocerle.

Ubaldo tuvo que dar no muy discretos empujones a Honorino para que avanzase al encuentro del gobernador, los invitados le abrieron paso con cierto temor. El jovencito se resistía a caminar, entre otras razones, porque la fuerte iluminación del recinto lo cegaba, nunca habla visto tanta luz de noche.

-No parece normal, ¿tú crees que tenemos que que-

darnos con él? -preguntó la señora Margarita con asco.

-No te preocupes, amor mío, mañana lo enviaremos a reconocimiento médico y después ya veremos.

-Está bien, cariño. Ubaldo, encárgate de él ordenó la señora, y dirigiéndose a sus amigos añadió:- Quién sabe qué costumbres tendrá, figúrense los vicios que habrá aprendido con esa gentuza.

La mañana siguiente quedaría grabada en la memoria de la familia Figuerola: Tito, el hijo menor del gobernador, partió a tomar sus clases de golf al hotel Princess. En el primer auto iba Ubaldo junto al chofer y Tito en el asiento trasero. A poco de salir a la carretera el jovencito preguntó:

-¿El chavo que va con los guaruras es el que mató a Luciano?

Ubaldo asintió y explicó que lo llevaban para comprarle uniformes de servicio que el hotel Princess les vendía.

-Quiero hablar con él. Para el auto ordenó.

Ubaldo le advirtió que por razones de seguridad les estaba prohibido detenerse en la carretera, sin embargo el joven insistió a gritos. Apenas se detuvo el vehículo, los guardaespaldas del auto escolta saltaron nerviosos e hicieron relucir sus metralletas, les había sor-prendido la imprevista parada. Ubaldo les explicó que era una orden del joven Tito, y pidió que trajesen a Honorino a quien palpó, «por reglamento», antes de hacerlo subir al asiento de atrás.

Reemprendida la marcha Tito se dirigió a su nuevo acompañante:

-Oye, yo creía que eras más alto y más ponchado. Mira mis brazos, mi mamá dice que estoy gordo por el chocolate. ¿Te gusta?, toma, te regalo este Milky Way, es riquísimo.

-No, señor. Gracias.

-Ja, ja, ja, Ubaldo, éste me ha llamado señor. Qué gracioso es.

Ubaldo no contestó, en ese momento vio que a cien



metros un camión bloqueaba la carretera.

-¡Da la vuelta! ¡Da la vuelta! -le gritó al chofer.

Éste realizó una brusca maniobra. Los chicos cayeron al piso. El auto escolta dio un fuerte chirrido antes de rozarlos en la parte posterior, finalmente los siguió. Oyeron ráfagas de metralleta sobre sus cabezas. ¡Rápido a casa! ¡Rápido! Ubaldo sacó su pistola-ametralladora y puso un revólver al costado del chofer. ¡Vuela hijo de la chingada! ¡Vuela! El coche no había terminado de acelerar cuando el guardaespaldas distinguió que otro camión comenzaba a cerrarles la retirada. ¡Por arriba! ¡Rompe esa barrera! ¡Sube! Una vieja tranca de madera obstruía la entrada a un camino abandonado, romperla era la única alternativa.

A pocos minutos el impenetrable monte los detuvo. Ubaldo vio que los guardaespaldas del auto escolta comenzaron a disparar hacia las dos camionetas que los seguían. El fuego de los asaltantes era poderoso, tenían ametralladoras montadas en las plataformas. Los guardaespaldas empezaron a caer. A Ubaldo le quedó un recurso: ordenó a Honorino ponerse la camisa floreada de Tito y su gorra de golf. Los chicos obedecieron con torpeza.

-Cuando diga YA, abres la puerta y corres al monte lo más rápido que puedas. ¿Has entendido?, corres, corres.

Honorino confirmó varias veces con la cabeza y se quitó los zapatos. Al ver caer a los últimos guardaespaldas Ubaldo le gritó:

-¡YA! ¡YA! ¡Corre! ¡Corre!

Y Honorino obedeció, desapareciendo en el monte.

El fuego cesó de golpe. Se oyeron gritos de: ¡SE ESCAPA! ¡SE ESCAPA! ¡ATRÁPENLO VIVO! ¡ATRÁPENLO VIVO! ¡TODOS AL MONTE! ¡AL MONTE! Los minutos que siguieron fueron eternos, las maldiciones se oyeron cada vez más lejanas. Ubaldo temió que al atraparlo se darían cuenta que no era Tito y vinieran por ellos. Luego de un largo rato oyó claxons y unos gritos que ordenaban regresar. Sonaron todavía muchos disparos en el monte. Han

matado a Honorino, pensó. Otros disparos vinieron de la carretera, posiblemente venían a salvarlos. Las camionetas de los asaltantes retrocedieron a toda velocidad mientras que unos cuantos ¡esperen!, ¡esperen!, salían de la maleza.

Los de la Armada encontraron a Ubaldo y al chofer con los dedos en el gatillo. Tito rezaba tendido boca abajo cubriéndose las orejas con las manos.

El gobernador y su esposa, y atrás de ella Ubaldo con la metralleta al hombro, escucharon los resultados de las primeras investigaciones practicadas por los oficiales de la Armada. Entre los secuestradores heridos o capturados habían varios miembros de la misma guardia personal del gobernador.

A Ubaldo no le extrañó, coincidía con la señora Margarita en que «de la gente de Chilpancingo hay que cuidarse y de la de Iguala no hay que fiarse».

-Oficial, tome presos a toda mi guardia, y encárguese del control de la residencia hasta que llegue la Policía Federal. Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza, ya no hay en quién confiar.

Posteriormente aprobó el comunicado oficial preparado por su secretario en el que se desmentía «los rumores que con propósitos inconfesables están haciendo circular sujetos protervos, aprovechando un lamentable accidente de carretera donde murieron varios policías judiciales, que coincidió con las prácticas rutinarias de tiro que efectuaban miembros de la Armada en una zona cercana». Añadía el parte que el gobernador había dado instrucciones a la Procuraduría del Estado para que «aplique todo el peso de la ley contra los que resulten culpables de difundir rumores que pretendan desprestigiar las instituciones sagradas de la nación».

A pesar de lo oportuno del comunicado oficial la tarde fue caótica, los teléfonos no cesaron. Los visitantes que en gran número se acercaron a la residencia fueron cortésmente despedidos tomando nota de su incondicional adhesión. La señora Margarita dejaba a

ratos el despacho de su marido para constatar que Tito dormía vigilado por un médico, quien le había inyectado calmantes, y un guardaespaldas acapulqueño de su confianza.

En la tarde, Figuerola recibió la llamada del señor Presidente, había recibido el informe preliminar y se alegró de que Tito hubiera salido indemne. Le aconsejó mano dura con los traidores: «que no tiemble su mano, gobernador». Antes de colgar preguntó si habían encontrado el cuerpo de Honorino, «un verdadero héroe, pobre chamaco, su vida estaba señalada», afirmó.

Al enterarse la señora Margarita de los comentarios del Jefe Máximo su remordimiento aumentó. «Tiene razón, es un héroe, mi hijo está vivo gracias al sacrificio de Honorino. Y pensar que le di tan mal recibimiento a ese angelito», se recriminaba constantemente.

En pocas horas la Policía Federal tomó a su cargo la residencia e inició el interrogatorio. Sin embargo, a los Figuerola no les pasaba el susto a pesar de que Ubaldo los seguía como su sombra. Doña Margarita trataba de distraerse revisando la lista de las personas que habían llamado, le sorprendió que el coronel Rascafría insistiese en telefonar cada hora.

-Es un loco que quiso meter a Honorino en el ejército -comentó el gobernador sin dar más explicaciones.

Antes de retirarse a dormir, pidieron el último informe sobre Honorino: no había cambios, la búsqueda continuaría en la mañana. La zona seguía cercada, lo único que hallaron fue la camisa floreada de Tito perforada por varios balazos. Aunque no tenía sangre quedaban pocas esperanzas. La señora Margarita cerró sollozando la puerta de su recámara. Ubaldo se sentó en un sofá con la metralleta sobre sus piernas.

-Puedes ir a descansar -le dijo la señora Margarita, a primera hora de la mañana. La esposa del gobernador tenía ojos de boxeador derrotado.

Ubaldo aseguró estar fresco. Tito había pasado bien la noche, no fue necesario darle más calmantes, informó el médico.

Rumiando maldiciones el gobernador salió a desayunar, su mujer le sugirió que por lo menos se peinase los cuatro pelos que le quedaban. Sentados en la terraza frente a su playa privada esperaron al secretario del Estado. El sol estaba por salir detrás de la montaña, allá lejos se distinguían las amarillentas luces de la avenida Costera.

-Buenos días, señor gobernador, buenos días, doña Margarita. Tengo el placer de informarle, señor gobernador, que todos los medios de comunicación han seguido las sugerencias.

-Muy bien señor secretario. Ahora escuche bien: cuando termine el interrogatorio entregue los cabecillas a Ubaldo. Él se encargará de ellos, ¿no es así Ubaldo?

-Sí, don Arturo, me dará mucho gusto.

-No, Ubaldo, que sea rápido, un intento de fuga o algo así. Un trabajo limpio, ya sabes, no me gusta la sangre.

La señora Margarita dejó su café.

-Eres un sentimental, ellos quién sabe lo que le hubieran hecho a nuestro pobre hijo, si por mí fuera...

-Señora, con todo respeto, el señor gobernador tiene razón, hay que proceder legalmente.

-Sigamos: los demás que pasen al juzgado del licenciado Corrochano para que los condene por tantos secuestros que no están aclarados, lo merecen de todos modos, quizá eran ellos mismos. Los cómplices y sospechosos deberán recibir la pena máxima, los otros a no menos de diez años. Todo este proceso tiene que ser legal, rápido y sobre todo sin publicidad. Corrochano sabe cómo hacerlo.

-¿Cuántos son los traidores de tu guardia? -preguntó la señora.

-No sé.

-Son cuarenta y siete, señora Margarita -respondió el eficiente secretario.

-Arturo, ¿no crees que a los inocentes habría que soltarlos?

-El hecho de que no tengamos pruebas no quiere decir que sean inocentes. Mi mano no temblará al castigar a los traidores -afirmó el gobernador, alzando la voz como si quisiese que todo Acapulco lo oyera.

La señora Margarita pasó la mañana respondiendo a las llamadas de sus amigas. En la playa privada Tito contaba repetidamente a sus primos la terrible odisea. Ubaldo regresó a acompañar a la señora después de haberse duchado y cambiado de uniforme.

Para no dar oportunidad a mayores especulaciones, el gobernador fue al hotel Hyatt a inaugurar la convención anual de una asociación de industriales. Ninguna de esas actividades impidió que los Figuerola dejasen de pensar en la suerte de Honorino. Al reunirse para la comida no se habló de otra cosa. La señora terminó por acusar a los federales de inútiles y exigió a su marido que pidiese ayuda al ejército.

-Adorada Margarita, no se puede hacer más, la zona está cercada desde ayer y ya la hemos rastreado dos veces. Quizá esté escondido en alguna cueva.

-Claro, y mientras tú dejas limpio el plato al pobre chamaco se lo estarán devorando los animales -comentó la señora, mirándolo con furia.

-Cálmate, cálmate. Veré lo que puedo hacer.

La tensión en el comedor era crispante, los niños comían silenciosamente, la señora sollozaba, al gobernador se le apagaba el puro con frecuencia y Ubaldo seguía atento a todo pero más rígido que de costumbre. Al momento de servir los postres interrumpió el secretario anunciando desde la puerta que habían encontrado a Honorino en el pueblo de Las Cruces.

-¿Tan lejos? -preguntó el gobernador.

No cabían dudas, Honorino había evadido el cerco, un informante de la policía lo identificó en una tienda del pueblo queriendo comprar un machete.

-¿Un machete? ¿Será él? -insistió don Arturo. - Positivo, señor gobernador. La federal pide su per-

miso para interrogarlo.

-Concedido. A ver que cante cómo hizo para escaparse. Sí, que lo interroguen.

-¿Interrogarlo? ¡MANGOS! Al primero que toque a ese chico por Dios que se las verá conmigo -gritó la señora Margarita levantándose. Una taza de café cayó al suelo con gran estrépito.

-Cálmate mujercita linda.

-El «mujercita linda» te lo guardas para las mujercitas con las que te metes. Yo Soy TU SEÑORA, TU ESPOSA, no te olvides eso Arturo. A ese chico me lo traen sin un rasguño.

-Margarita, ese chico ha querido escaparse. ¿No te das cuenta?

-El que no se da cuenta eres tú, Arturo. Claro que tuvo que escaparse, ¿qué esperabas?, ¿que regresase para que lo mataran tus guaruras?

-No he querido decir eso vidita. No has comprendido mi punto.

-¿ME ESTÁS DICIENDO TONTA? Ahora me vas a oír Arturo. NIÑOS, VÁYANSE A LA PLAYA. YA, YA, AFUERA, AFUERA,

En quince años de ser su guardaespaldas Ubaldo nunca la vio tan alterada; la fuente de frutas tropicales acabó en el ventanal, varios platos se hicieron añicos en la pared, en un momento temió que tendría que sujetar su voluminoso cuerpo. El gobernador no se atrevió a abrir su boca hasta que la borrasca amainó.

-Señor secretario, mi señora esposa tiene toda la razón, ya ve usted, su instinto maternal, su sexto sentido y, sobre todo, la sabiduría de la señora Margarita humilla con justicia nuestras perversas sospechas. Que traigan a Honorino inmediatamente, sin un rasguño. Lo hago a usted responsable de que mi orden se cumpla al pie de la letra. SIN UN RASGUÑO, YA LO OYO.

Entró al salón escoltado por cinco robustos policías, la señora Margarita corrió a su encuentro. La cabeza de Honorino desapareció en su ampuloso pecho mientras

Tito, admirado, aseguraba a sus primos:  
-Es el chavo más valiente que he conocido en mi vida.

9

Vio a Britt en el momento que subían los candiles del Metropolitan Opera. «Permiso, disculpe, disculpe.» Al llegar a su sitio la besó.

-Estás guapísima.

-Me gustaría decir lo mismo de ti. Parece que hubieras venido corriendo de Salt Lake City -contestó su esposa.

Tenía razón, pero no era el momento de justificarse, en el intermedio le contaría la experiencia con los mormones. Salió el director de la orquesta, Frank odiaba que se aplaudiera a quien todavía no había hecho nada.

-Mañana cenaremos en casa de Jack -le cuchicheó Britt al oído. El gesto de enojo de su marido la hizo agregar-: He tenido dos buenas razones para aceptar la invitación.

-¡Silencio! -les dijo alguien.

Los primeros compases de la obertura llenaron la sala,

parecería imposible escaparse al encanto, sin embargo Frank especulaba: Britt está loca, ¡una cena el sábado!, los fines de semana son mi único tiempo libre carajo, qué mal cocinan donde Jack, tendré que ir comido, lo único que sabe hablar es de negocios, esta Britt me ha reventado el sábado.

Al no poder concentrarse en *La Flauta Mágica*, decidió escribir en el programa «¿Cuáles son las dos buenas razones». Britt respondió con enormes letras de imprenta: «Ray y *Lutèce*.»

¿Ray? ¿Desde cuándo ese miserable enano tiene acceso a la casa de Jack?, se preguntó Frank. Los egresados de Harvard no tienen escrúpulos, ¿qué nuevo análisis habrá preparado para demostrar que las cosas que van bien no van bien?, ¿habrá encontrado algún punto débil a los protozoarios comeplásticos?, ¿querrá Jack boicotarme el proyecto? Y por qué carajo Britt me estropea la ópera contándolo antes. En el *Lutèce* se come de maravilla, qué desperdicio, ¡si fuésemos con alguien interesante ... !, cuando Pipe era Gerente de Ventas llevaba allí a los mexicanos. *Lutèce*, ¡un lujo! Llegaron a la hora indicada. El «qué puntuales» de Jack sonó más a una incómoda sorpresa que a un elogio. El «Ray también acaba de llegar» era otra mentira, los whiskies estaban casi terminados. Se les nota nerviositos, ¿qué deben haber maquinado?, pensó Frank.

Las señoras salieron de la terraza e iniciaron las preguntas de costumbre que su esposa aborrecía: ¿sigues estudiando, Britt?, ¿cuándo acabas?, ¿has pensado en qué vas a trabajar?

-Muchachos, aprovechemos: el bar de la terraza es nuestro -dijo Jack, tomando a Frank por el brazo. Ray los siguió con el hielo.

-¿Recuerdas las plantas tropicales? -continuó el respetable vientre-. No se adaptaron a pesar de nuestro esfuerzo, hemos tenido que arrojarlas. Hay muchas cosas en la vida que no se pueden trasplantar. Estas son de aquí, del Adirondack, resisten mejor. ¿Te sirvo un Black Label?



La explicación de Jack lo puso en guardia. Que yo, un trasplantado, lo dijese, estaría bien, pero no él, pensó.

-Sin hielo, por favor -al ver la cara de Jack, explicó-: estoy un poco resfriado.

Una vez sentados en las butacas del bar, Frank no resistió más y le preguntó su opinión sobre el proyecto de protozoarios.

-Muy interesante, me gusta. He pedido a Ray que te ayude.

Frank dejó el vaso.

-No te preocupes -añadió Jack-, hablaremos de eso el lunes. Ahora hay un asunto delicado que quiero compartir contigo.

El respetable vientre extrajo de su bolsillo unas cartas. Frank no podía creer que tres secretarías acusaran a su colega, el otro Presidente de Grupo, de acoso sexual. Pero daban fechas y detalles.

-¿Cómo te puedes reír de eso, Frank? -lo amonestó Jack.

-Sí, Frank, esto es extremadamente serio. Las corporaciones americanas están amenazadas por prácticas machistas que deterioran la ética que permite un crecimiento constante de los recursos humanos en un mercado cambiante donde las minorías deben tener un papel...

-No me jodas, Ray. Si alguien sabe de minorías soy yo, que soy hispano y no dejo de cometer errores en inglés.

Decir esto le provocó una risa que hizo casi inaudible lo que siguió:

-Se imaginan a Steve acosando secretarías. Hijo de puta, si apenas puede respirar por lo gordo y viejo que está.

Al darse cuenta que la descripción también podría atribuirse al respetable vientre se vio obligado a añadir: -Disculpa Jack, tú comprendes lo que quiero decir. Te lo imaginas diciendo a la flaca Susan «qué te parece si nos vamos a la cama uno de estos días, cariño».

La risa de Frank terminó por contagiar a Jack. Mientras ambos se carcajaban, Ray parecía admirar las siluetas de los rascacielos.

-¿Qué piensas hacer con Steve?, Jack.

-Ray sugiere consultar al abogado, aunque lo mejor sería pedirle su renuncia. Si el escándalo se hace público Steve puede darnos un fuerte dolor de cabeza.

¿No es así Ray?

El enano asintió mirando a Frank con la suficiencia de alguien que está respaldado por la razón y el poder. Esa presunción le provocó el deseo de empujarlo de su butaca. Lo imaginó cayendo de espaldas, como una cucaracha, moviendo las patitas hacia arriba. Al no poder satisfacer el capricho, se conformó con aconsejar al respetable vientre posponer la idea del abogado y exigir a Steve que pidiese disculpas a las chicas.

-¿Eso es lo que se hace en México? -oyó decir a la cucaracha.

-Allí el acoso sexual debe ser también una lamentable práctica. Pero yo nunca oí una queja y eso que las chicas son muy cariñosas con los jefes. Recuerdo un intento de huelga porque no querían que su gerente las deje. Es una historia que no entenderías porque nunca has trabajado en Latinoamérica. Creo que necesitas mover tu culo fuera del sillón de tu oficina, a ver el...

Frank no pudo acabar la frase porque llegaron otros invitados. Eran dos miembros del consejo acompañados de sus esposas. Mientras se intercambiaba los saludos de bienvenida, el pensamiento de Frank saltó efectivamente a México, a las chicas del departamento de Pipe. Tendría que anotarlo en su cuaderno rojo lo más pronto posible: al día siguiente, domingo. Se le hizo lejano, todavía faltaba la cena.

*El Lutéce* quedaba cerca, fueron caminando. La noche era fresca. Agradable para pasear en compañía de mejor gente, pensó Frank. Le pareció una cursilería de nuevos ricos ser un grupo tan grande: para comer en el *Lutéce* o en cualquier buen sitio no deberían ser más de seis. Cuatro creía que era el número ideal para

recibir una atención que no pareciese de restaurante chino, y mantener agradable el ambiente que permitiese saborear con parsimonia un foie gras en brioche como el que pidió. Y que no le supo igual, porque frente a él vio cómo el miserable enano de Ray masacraba la delicada presentación de ensalada de endivias. Las cortaba en cuadraditos y las comía igual que si estuviera picando palomas de maíz. Para olvidar la abominable escena, Frank cogió su copa, era un Château d'Yquem; apreció su fino aroma y vivo color. Al acercarlo a sus labios se detuvo. Le fue imposible degustar el sauternes viendo al enano llevarse el tenedor vacío a la boca y hablar sin parar sobre las cotizaciones especulativas de la plata. Cuando intentó pensar en otra cosa antes de beber el vino, fracasó: en ese momento Ray sorbía el vaso de bourbon con soda.

¿Podré comer esto?, se preguntó cuando le sirvieron un rack de cordero horneado a la perfección. ¿Cómo puedo concentrar mis papilas gustativas y producir los necesarios jugos bucales mientras Ray habla de alianzas estratégicas contra los japoneses? No. No es posible, admitió Frank, y dejó el plato.

Levantó su copa de Château Haut-Brion, esto no puede fallar, se dijo. Recordó el dicho de que «un buen vino caldea el corazón, reanima el cerebro y remonta la máquina». El limpio rubí del Burdeos le infundió ánimos. Sintió que alguien lo miraba, era Britt. Frank correspondió a la sonrisa y prosiguió su liturgia: acercó la copa. A pocos centímetros de él estaba ese líquido suntuoso, con nervio, armónico. Intuyó su aterciopelado carácter, lo puso un poco en alto, más de lo usual. Vio contornearse la superficie con la pausada elegancia que sólo tienen los *grands crus*. Dentro de unos segundos una parte del glorioso caldo iluminaría su paladar. En eso vio que el enano de Ray cogía bruscamente una copa de vino y la bebía como si fuese Coca Cola. Frank dejó su copa.

Ni intentó ver la carta de postres. Cualquier maravilloso plato sería irremisiblemente malogrado por el enano parlanchín que ahora hablaba sobre personajes

de Wall Street como si los conociera personalmente. Regresaré algún día con mis amigos, se prometió Frank, con Rafael y José Manuel, por ejemplo. Esperando que los otros terminasen, pidió un licor de pera y sin titubeos lo bebió de un sólo trago. Le cayó perfectamente. Se reanimó. Recobró su alegría. De pronto se oyó diciendo:

-A propósito, cuentan que Churchill asistía a una cena de beneficencia cuando se le acercó una furibunda señora que al terminar de insultarlo le dijo: «Si yo fuera su esposa le daría veneno.» Sin inmutarse, el primer ministro contestó: «Distinguida dama, si yo fuera su marido lo bebería.»

No habían acabado de reírse cuando Jack levantó su voz para pedirle que contase el chiste del loro políglo-ta. Los otros invitados se unieron a la sugerencia. Frank largó una serie de chistes en los que no faltaron algunos de polacos, de judíos y de hispanos. La sobremesa duró más de lo habitual. Al levantarse todos parecían haber olvidado las brillantes observaciones de Ray.

Monsieur Soltner, el chef, salió a saludarlos, distinción reservada a millonarios como Jack. Al acompañarlos al vestíbulo para recoger los abrigos, se acercó a Frank y, con exagerado acento francés, le preguntó cortésmente si todo había sido de su agrado, había observado que sus platos regresaron casi intactos.

-Me siento un poco enfermo, disculpe. Dígame, monsieur Soltner, ¿usted por casualidad recuerda al señor Pipe Somocurcio? Decían que era habitué a su restaurante. Estoy hablando de hace algunos años, ¿eh?

-Mais oui, monsieur Somocurció venía una o dos veces por semana. Qué curioso, usted me ha debido recordar a él: cuando monsieur Somocurció traía a sus amigos mexicanos casi no terminaba sus platos. Pero daba gusto verlo comer cuando venía solo o con madame Anne-Sophie. Ella viene de vez en cuando por aquí.

-¡No me diga! ¿Usted sabe dónde puedo localizarla? Soltner movió negativamente la cabeza. Los amigos

estaban en la puerta esperándolo, Britt le hacía señas para que se apurase. Frank sacó una tarjeta de visita.  
-Por favor, ¿se la podría entregar la próxima vez que la vea?

La puerta del auto no estaba cerrada y Britt ya había lanzado una andanada de preguntas. Frank estaba dispuesto a satisfacer su curiosidad, quería contarle todo. A fin de poner un adecuado marco a lo que diría, creyó conveniente dar una perspectiva filosófica:

-Michele Montaigne dijo que nada hay tan empalagoso y cansado como la abundancia...

-Amor, primero contéstame y te prometo escuchar después todo lo que quieras dijo Britt, tomándole la mano con cariño.

Esta mujer no le entra a las florituras, pensó.

-De acuerdo. Respuesta número uno: hablamos sobre el acoso sexual. Respuesta dos: el enano de Ray me quitó el apetito. Tres: Soltner confirmó que Pipe venía muy seguido al *Lutéce*.

-¡Qué trabajo el de Pipe! Vivía como un marqués con dinero ajeno.

La injusticia de Britt merecía ser reparada, pero Frank comprendió que hacerlo requeriría un esfuerzo grande. Cómo decirle que los dieciocho meses que Pipe estuvo de Gerente de Ventas vivió casi todo el tiempo en Nueva York atendiendo a empleaditos del Gobierno que venían con el pretexto de visitar los laboratorios de investigación, pero pasaban su estancia recorriendo la ciudad y consumiendo todo lo que sus estómagos podían contener. Ser anfitrión obligado de esa horda de bárbaros, réplicas del miserable enano de Ray, debía haber sido como cientos de cenas iguales a la que acabo de sufrir en carne propia, pensó. Por eso Soltner dijo que Pipe dejaba la comida cuando venía acompañado, y por educación el chef no mencionó que él, o Anne-Sophie, sacaría subrepticamente los frascos de chiles mexicanos para que sus invitados apreciaran la comida *del Lutéce*. Pobre Pipe, se compadeció Frank.

-No fue un despilfarro, Britt. Gracias a nuestras re-

laciones con gente del Gobierno pudimos mantener las ventas sin pagar mordidas. Fue un buen negocio para Mediplast.

-Y también para Anne-Sophie. Contrabandeaba tanta ropa que puso una boutique.

-Lo merecía. A ella debíamos haberle pagado un sueldo por ayudar a su marido. Imagínate todo lo que debió haber aguantado.

-Quizá tengas razón. Yo no lo hubiera hecho por todo el oro del mundo.

Al llegar a casa Frank le dijo que daría un paseo antes de entrar. El silencio de Manhattan y sentirse acompañado por los vecinos de las varias ventanas que estaban iluminadas, le devolvieron la tranquilidad. ¡Qué semanita de sorpresas!, pensó. Primero Salt Lake City con los mormones, las llamas y la poligamia y esta noche con Soltner, Pipe y Steve. A Steve nadie lo echará de menos, es una vergüenza que se haya querido aprovechar. Claro que también hay algunas chicas que te pueden hacer creer que eres un roba corazones y lo que buscan es una promoción o un aumento de sueldo. La mayoría son buena gente, sin duda más sinceras que los hombres. Como Adela cuando Pipe tomó el puesto de Gerente de Ventas. Dando vueltas alrededor del parque, Frank preparó lo que escribiría al día siguiente en su cuaderno rojo...

La información del Director de Personal lo inquietó. Frank esperaba alguna reacción de las empleadas de Servicio a Clientes por el ascenso de Pipe, pero no que amenazaran con levantarse en huelga. Legalmente era una aberración: Mediplast, México, no tenía sindicato de empleados ni grupos organizados de trabajadores. Y en cuanto al fondo del reclamo, el director admitió que no entendía las quejas que dieron las empleadas durante la reunión.

El «por qué nos lo van a quitar» y «que la compañía se busque otro Pipe» son excusas de un trasfondo económico que no conocemos, opinó Frank.

-Creo que debemos poner este asunto en manos del

abogado. No podemos permitir indisciplina en la compañía, sería un pésimo antecedente -le advirtió el director, muy enojado.

-Primero hagamos nuestro trabajo -decidió Frank-. Veamos fríamente el caso. Trae los archivos de ese departamento.

Frank revisó la ficha de personal de las chicas: sus aumentos fueron hechos dentro del promedio autorizado, algunas de ellas rozaban la escala máxima. Ninguna tenía menos de diez años de antigüedad y Adela, la supervisora, quince. Los otros datos eran notables: récords de puntualidad, premios por sugerencias y sólo permisos por maternidad y lactancia.

-He aquí el problema. Estas chicas creerán que su nuevo jefe les puede poner limitaciones a los permisos y claro, al ser madres solteras, se sienten inseguras, desamparadas. El buenazo de Pipe ha debido darles manga ancha para que salgan cuando les dé la gana. Y tenía razón, esas chicas son muy eficientes.

-Tú no las conoces, Frank, son unas viejas resabidas.

-Déjalo por mi cuenta. Voy a hablar con la supervisora. Ya sé que es tu trabajo, sin embargo, como sabes, los de personal tienen una imagen de la chingada. No te enojés, el verbo chingar lo aprendí en México.

Antes de que llegase Adela, Frank llamó por teléfono a Pipe que juró no saber nada ni tener sugerencias para solucionar el asunto. «Si algo ocultas, Pipe, las pagarás.»

Cuando entró Adela, Frank pensó que no era una chica de cierto encanto. Era menos, mucho menos, bastante menos. A pesar de que había hablado con la supervisora en algunas oportunidades, sólo en ese momento reparaba en ella como mujer. Tenía una cabeza grande, redonda, yucateca; abultada por un encrespado pelo que cubría casi toda la frente y se desparrahaba por las patillas sin ningún reparo. Pero lo que hay dentro de esa cabeza ya lo quisiera tener tanto empleado idiota, se dijo. No fue tanto su cabeza como la actitud entre tensa e insolente que habría que dominar, resolvió Frank. Se acordó del refrán «las moscas

se cazan con miel» que tantas veces le había dado resultado, y en un tono familiar dijo:

-Siéntese por aquí Adelita, estaremos más cómodos en los sofás.

-Licenciado Rosales, estoy bien de pie. No crea que va a darme atole con el dedo -respondió Adela, molesta.

-¡Ay, chingao! -reaccionó Frank. Y poniéndose rojo pidió repetidas disculpas por la grosería.

Adela se rió. Parecía que disfrutaba con el apuro del Director General. Es una mujer con la que me voy a entender muy bien, auguró él, y se rió también. Finalmente mostró la silla frente al escritorio en la que ella se sentó con cierto gusto.

Frank prefirió irse un poco por las ramas antes de ofrecer una guardería para niños dentro del edificio. La ley lo ordena de todos modos, calculó. Después, pensaba garantizarle cierta flexibilidad en lo referente a permisos para atender a los bebés. Esas dos mejoras serán suficientes, predijo. Pero para comenzar decidió tocar un tema en el que no habría discusión: la brillante carrera a la que estaba destinado Pipe. Mientras describía sus cualidades y la experiencia que necesitaba adquirir, Frank notó que Adela empezó a cambiar: después de todo esa hermosa cabellera negra azabache no estaba tan mal, los movimientos de sus cuidadas manos parecían los de una bailarina de ballet, las uñas pintadas de rojo ciclamen eran largas, perfectamente cuidadas. Mientras hablaba, Frank se preguntó cómo podría escribir a máquina con ellas.

-Pipe también habla francés, licenciado -agregó Adela, orgullosa.

Frank se sorprendió del comentario. Además no había dicho señor Somocurcio sino el apodo. Qué raro que tenga tanta familiaridad con él, se dijo.

-Efectivamente, Adela, inglés y francés.

Y siguió describiendo la carrera a la que Pipe estaba inexorablemente llamado y que terminaría en la cúspide de una gran corporación americana. «Pipe tiene el



mundo a sus pies», declaró Frank sintiendo algo de vergüenza. Ella lo escuchaba exultante.

-Licenciado, ¿sabe una cosa? -dijo Adela, impaciente.  
-No lo diga todavía. Esto es en cuanto a Pipe se refiere, ahora vamos a lo de ustedes.

-Señor licenciado, ¿sabe una cosa? -repitió Adela, muy excitada-, somos unas pinches viejas egoístas. Hemos pensado sólo en nuestros hijos.

-Si han pensado en sus hijos no son egoístas, Adelita.

-Ay, que tontos son los hombres -y rompió a llorar.

Frank no comprendió si la frase la debía tomar como un elogio o una recriminación, pero el sincero llanto hizo que se le anudara la garganta. Se acercó a ella y le acarició la cabeza.

-Cálmese Adelita, cálmese.

-Si somos rebrutas, licenciado. Por egoístas queríamos arruinar la carrera de nuestro Pipe. Nos debía correr a todas -gimoteó la empleada.

-Nada de eso -respondió Frank, enternecido-. Ustedes merecen todo nuestro apoyo, son tan eficientes. Se lo han ganado a pulso, Adelita. Ahora cálmese, ¿desea un refresco?

Ella movió la cabeza mientras se sonaba con un pañuelo bordado.

-¿Un vaso de agua, quizá? -insistió Frank. -No tendrá un tequilita por ahí, licenciado -respondió Adela, haciendo pucheros.

Frank encontró la botella de tequila en el pequeño bar de la consola y la puso sobre el escritorio con los respectivos vasos.

La fiesta de despedida del Jefe de Servicio a Clientes fue un viernes a mediodía. Las oficinas del departamento y el patio adjunto los decoraron con cadenas, banderitas, globos y grandes pancartas deseando felicidades a Pipe en su nuevo puesto. Frank nunca vio una fiesta igual, ciertamente superior a cualquiera de

las que a él le habían hecho. Y no por la cantidad de personas que asistieron ni tampoco por la comida o bebida, la gran diferencia radicaba en el cariñoso ambiente que reinó durante toda la reunión. Las chicas estuvieron platicadoras, contaron chistes, hicieron imitaciones y parodias, recitaron poemas alusivos, presentaron regalos comprados con gusto y significado. A los postres llegaron los mariachis y todos bailaron con singular despliegue de energías. Frank vio a un Pipe diferente, su elegante porte no le impedía darle a *La bamba* como a las norteñas con bastante ritmo. También le pareció natural ver a las chicas en esa nueva faceta: ya no eran tan feitas ni toscas; tampoco, admitió, eran una de esas bellezas con la que le gustaría darse una escapada. Las consideró unas chicas alegres y muy agradables. Cercana la noche, al cansarse los pies, se organizó un amplio círculo donde prosiguió una risueña conversación. Luego llegaron de la guardería varias criaturas. Esto dio un toque familiar de lo cual Frank se felicitó, siempre fue su sueño convertir a Mediplast en un gran clan.

Finalmente apareció un fotógrafo.

Una foto, todos juntos. Otra, Frank y Pipe. Después, solamente las chicas con Pipe. La siguiente, todas las chicas y sus bebes con Pipe.

Cuando Frank se escabullía de la fiesta, cada chica se tomaba una fotografía con el ex jefe. Deseaban que Pipe cargase al niño.

-Escuche, Forastero, no podemos hacer descuentos a unos y no a otros. *Acapulco Private Detectives* tiene mucha ética, nuestros precios son fijos.

-Qué precios fijos ni pendejadas. Me está cobrando igual por visitar a Filemón, allá en su sierra, que por Ubaldo, que está a un paso.

-A un paso o a un kilómetro, ¿no le interesó hablar con Ubaldo?

-Hombre, si. Pero usted está aprovechándose.

-Usted me cae bien, Forastero, esta noche le voy a dar un premio especial. Tengo algo raramente visto en Acapulco, es una modelo rusa de veintiún años, será toda suya, y no rechace mi regalo antes de verla. Lo espero esta noche, a las once en Carlos and Charlie. Ah... déjeme su cheque en recepción, puede pagarme también con tarjeta de crédito o cheques de viajero. Que disfrute su día con Ubaldo. No se olvide, esta noche a las once.

Otilio no le dio tiempo a contestar, el Forastero colgó el teléfono como si quisiera romperlo, se sentía estafado, impotente, estúpido. Cómo es posible que me haya dejado engañar a mis años, pensó. Carajo si uno siempre debe de preguntar antes cuánto va a costar, soy un imbécil, esto me pasa por desesperado, no, ha sido miedo a saber lo que iba a costar, bestia, al final

terminaré pagando más. Haré el cheque ahora mismo a ver si me olvido cuanto antes de ese hijo de puta. Mejores mañanas que las de Acapulco no hay, se dijo al caminar por el muelle. Habían acordado zarpar lo más temprano posible. Mientras oía sus pasos en los tablones, la temperatura del aire refrescaba suavemente su piel inyectándole súbita energía, le dio ganas de correr hasta agotarse o de jugar squash o escalar montañas.

La mayoría de las embarcaciones tenían las cortinas cerradas, el caos de pescadores y turistas no había comenzado. El Forastero se detuvo para oír el graznido de las gaviotas que aprovechaban la tranquilidad de las primeras horas para realizar vuelos rasantes sobre los yates. Una potente voz rompió el encanto: era Ubaldo que alababa a Dios desde el mando superior del *Margarita*. El Forastero no quiso interrumpirlo, le hizo recordar a los almuencines de las mezquitas. Su mensaje a las alturas tomó el muelle, algunos tripulantes salieron a cubierta, parecían disfrutar de la oración, luego se oyeron unos «ya calla negro de mierda» seguidos de risas. Ubaldo con los brazos extendidos y mirando el claro firmamento continuaba imperturbable su oración matutina. Al terminar se dirigió a sus colegas:

-Hermanos en Jesucristo, Dios y yo conocemos vuestros crímenes y la debilidad de vuestra carne, arrepentíos de vuestros pecados antes de salir a la mar o estad dispuestos a la condena del fuego eterno.

Las réplicas de los pescadores no se hicieron esperar, los insultos fueron dichos en un tono festivo y amigable, daba la impresión que era una especie de rutina diaria. Los pocos turistas parecían disfrutar el intercambio mañanero.

-Ya usted ve, hermano Forastero, la misión de los pastores es ingrata. He pedido permiso a mi Iglesia para coger a estos descarriados y entrarles a chingados hasta que se arrepientan de sus pecados, todavía no he recibido respuesta. «Al hombre le parecen rec-

tos todos los caminos, pero es Yahvé quien pesa los corazones», Proverbios 2 1.

-Paciencia, hermano Ubaldo. ¿Tenemos huevos para el desayuno?

-Por supuesto, hermano Forastero. Están fresquísimos, mi ayudante los trajo esta mañana. «Más vale hombre sencillo que tiene un esclavo, que hombre glorioso a quien falta el pan», Proverbios 12.

Tomaron el desayuno frente a la misma playa del día anterior, desde allí veían la urbanización que se construía en el escarpado cerro donde terminaba la bahía de Acapulco. Años atrás esos terrenos eran los jardines de la residencia del gobernador Figuerola.

-¡Ah, los pecados de mi juventud! -suspiró Ubaldo, nostálgico.

El Forastero se sorprendió:

-¿Los extraña?

Dándose cuenta de la contradicción, el férreo moreno añadió:

-Hasta que resucité como Lázaro. La diferencia es que él salió de un nicho y yo del mar. Veníamos en el *Margarita*, nadie se dio cuenta de mi caída, era de noche y habíamos bebido mucho. Estábamos festejando que Honorino partía a la capital.

-Déjeme sacar mi cuaderno. ¿Qué edad tenía Honorino?

-Y eso qué importa -contestó Ubaldo, enfadado-. Le estoy contando una conversión como la de Pablo y usted me sale con...

-Tiene razón, hermano Ubaldo. Por favor, cuénteme qué pasó cuando se cayó -lo interrumpió el Forastero, al darse cuenta que sería inevitable escuchar esa historia.

-Nadé hasta que me morí, luego resucité en la lancha donde iban los evangelistas que recogieron mi cadáver. Ellos me explicaron el milagro de Jesús. Hermano Forastero, ¿usted cree lo que le digo o mueve su cabeza sólo para llevarme la cuerda?

-Estoy absolutamente convencido que eso puede suceder, ha habido casos como el suyo. Le agradezco que haya tenido la confianza de contármelo, hermano Ubaldo. Pocos hombres tienen su suerte. Ahora cuénteme algo de Honorino, nos habíamos quedado en que al día siguiente de llegar salvó la vida del hijo del gobernador, ¿qué paso después?

-Todo a su tiempo, por ahora le propongo darnos un baño.

El día que pasó con Ubaldo y su ayudante ha quedado grabado firmemente en la memoria del Forastero. La charla salpicada de pasajes bíblicos fue intercalada con chapuzones en el mar. Como si fuesen niños hicieron apuestas a ver quién daba la vuelta al *Margarita* más rápido, quién aguantaba más bajo el agua o quién conseguía la concha más bonita. El Forastero perdió en todo y terminó siendo el juez de otras competiciones entre el hermano y su ayudante. Comieron cebiche acapulqueño y mojarras fritas que Ubaldo preparó dándole ese gusto que sólo los hombres de mar pueden lograr. Por camaradería el Forastero no bebió cerveza, acompañó sus alimentos con agua de coco fría. Al atardecer, casi agotado el tema de Honorino, el Forastero aceptó tomar el mando del *Margarita* y se alejaron de la costa, lanzaron la carnaza y él pescó el primer marlin de su vida, era de buen tamaño. La fotografía que le tomaron adorna hasta estos días una pared de su casa.

Las luces de Acapulco estaban encendidas cuando entraron en la bahía.

-Sodoma y Gomorra juntas. Caerá fuego sobre ellas porque no hay ni diez justos que vivan en Acapulco - gritó a viva voz el Forastero.

Los ojos de Ubaldo se cubrieron de lágrimas.

-Me siento tan orgulloso de usted -le dijo palmeándole el hombro.

Al despedirse se abrazaron. Ubaldo aceptó la grabadora y el Forastero recibió una Biblia bastante usada.

Antes de comenzar a escribir miró la bahía desde la terraza de su bungalow, quiso creer que esas pequeñas luces que ondulaban cerca de la Costera eran del *Margarita*. Pensó en Ubaldo y se oyó recitando:

*Alégrense los cielos,  
regocíese la tierra,  
retumbe el mar y cuanto encierra.*

Sonrió con cierta tristeza. Dejó el cuaderno verde y con los codos sobre la baranda apoyó su mentón en los puños. La historia de Honorino seguía...

... Lo primero que decidió el gobernador Figuerola, después del intento de secuestro de su hijo, fue seguir el consejo de doña Margarita: encargó la seguridad de la propiedad a los acapulqueños, con Ubaldo a la cabeza. Los sueldos de toda la guardia serían pagados por la Policía Estatal. Hasta la mascota, Honorino, estaba incorporado a ella con el grado de subteniente. La otra decisión fue traer a un equipo de especialistas americanos para que revisasen los sistemas de seguridad.

Un equipo de chicanos vino de Tejas. La guardia dorada del gobernador pasó las primeras semanas ayudándolos a instalar varios equipos de alarma, incluyendo cámaras para el circuito cerrado de TV. Los visitantes impartieron un curso sobre identificación y desactivación de explosivos. En esta área se suscitó un problema serio: los acapulqueños no prestaban suficiente atención a los detalles y cometían errores que en la vida real podrían causar lamentables desgracias. «No crean que están sacando erizos, estos paquetes son más peligrosos que los tiburones», les repetía el jefe de los entrenadores. Luego de varias semanas de frustración, Honorino fue el primero en aprobar el curso. El resto siguió el ejemplo del jovencito.

Sin embargo, la estricta seguridad a la que estaba sometida la casa no convenció a doña Margarita, que se pasaba el día comentando la ola de secuestros y violencia que asolaba México. A los pocos meses del incidente no aguantó más y decidió irse a vivir a McAllen, Tejas, donde Tito había sido enviado a estudiar.

Antes de partir, la señora llamó a Honorino. El jovencito había engordado un poco, su impecable uniforme blanco lo llevaba con bastante garbo, tal como Ubaldo le había enseñado. Calzaba cómodas zapatillas de tenis también blancas que le habían hecho olvidar los huaraches. La expresión de sus ojos pocas veces tenían la picardía de su madre, conforme crecía iba haciéndose serena y desconfiada como los del «Jarocho».

-¿Sabes, Honorino?, voy a estar bastante tiempo de viaje. Dime, hijo, ¿estás contento?, ¿qué vas a hacer con lo que ganas?, ¿no es mucho para ti?

-Ay, señora, lo que usted dice -respondió un poco azorado el joven, mirando el piso de mármol.

-Vamos, cuéntame. A ver, como si fuera tu madrina o tu tía.

-Honorino, obedece a la señora -ordenó Ubaldo. - Estoy ahorrando para sacar a mi padrino Filemón de la cárcel, señora Margarita.

La señora se acercó a él y le dio un beso en la frente. Lo demás fue fácil, a la semana que doña Margarita partió, Honorino y Ubaldo llegaron a Chilpancingo con la orden judicial que liberaba a Filemón. El reo no lo podía creer, estaba convencido de que no saldría nunca, y hasta se había conformado a la idea. Al salir apretó a su ahijado contra el pecho que por poco lo asfixia. Su euforia duró hasta que entraron a la cantina *Los agachados*. Apenas cruzó la puerta, Ubaldo lo cogió de la camisa y le propinó un brutal cabezazo en la nariz, enseguida lo arrinconó a golpes de rodillas y trompadas contra una esquina. Su inmensa mano apretó la garganta de Filemón y sujetó en alto la ensangrentada cabeza, con la otra sacó el revolver y lo



introdujo dentro de la boca del desconcertado padrino. El abrupto silencio de la cantina permitió escuchar claramente cuando Ubaldo armó el gatillo. Honorino se quedó petrificado.

Con voz tranquila el recio moreno preguntó si lo escuchaba bien, Filemón bajó varias veces los párpados. -Tengo órdenes del gobernador de despachar-te la próxima vez que caigas preso. ¿Entiendes, hijo de la chingada?

Filemón se atrevió a afirmar bajando un poco la cabeza, el cañón de la pistola raspó su paladar.

-Bueno, si es así, yo invito las copas -afirmó Ubaldo, guardando su arma.

Ellos no se dieron cuenta que Honorino tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Al día siguiente, en una camioneta de la policía estatal, salieron los tres de Chilpancingo. El rancho de la mujer de Filemón quedaba bastante lejos de la carretera a Chichihualco; al llegar, después de muchas horas de baches y polvo, les ladraron varios perros famélicos, una señora con cara de sueño salió de la ramada.

-¡Papá! ¡HONORINO! ¡HONORINO! -gritó la niña que surgió de la maleza y acompañó a la camioneta en los últimos metros.

-¡Lupita! ¡Lupita! -respondió el joven, agitando su mano.

Esa noche durmieron en el rancho. Honorino y Lupita pusieron sus hamacas fuera de la ramada, oyéndose sus vocecitas hasta muy entrada la noche.

-Mira no más, esa gente vive en el monte como las iguanas. Si tú quieres regresar, ya verás cómo le haces. No cuentes conmigo, yo no vendré más a este infierno -díjole Ubaldo, al volver a Acapulco.

Honorino levantó las comisuras de sus labios. Qué bueno, pensó, así podré venir solo...

Las grúas de la construcción del World Financial Centre interrumpían su vista al río Hudson, la Estatua de la Libertad debía estar detrás de una de ellas. Miró abajo, los taxis formaban una larga oruga que apenas se movía. Unos corpúsculos negros entraban y salían de ellos, frenéticos. Vio su reloj, a las ocho de la mañana la oscuridad retornaba a Manhattan, no tardaría en llover, o nevar. Fue a su escritorio y abrió la agenda, el lunes estaba lleno. Una fotografía sobresalió de las páginas: arena dorada, cocoteros inclinados y el mar turquesa de Bora Bora. Levantó su cabeza, la tromba de agua azotaba la ventana, ya no pudo ver la grúas de la construcción. Frank se preguntó: «¿qué hago aquí, carajo?» -Disculpa la interrupción.

Él reconoció la voz del miserable enano de Ray pero siguió viendo la ventana.

-No es justo -murmuró.

-No entendí. ¿Qué dijiste?

-¡Uff! Mal comienza la semana al que lo ahorcan. el lunes -comentó Frank al mirarlo.

-¿Es un dicho peruano?, ¿qué quiere decir? -preguntó Ray, sonriendo con timidez.

-Otro día te lo explico. -Y apoyando la fotografía de Bora Bora en su vaso de lápices, agregó:- ¿Qué deseas?

-¿Me puedo sentar?

Este enano me revienta, pensó Frank, aunque hay que reconocer que es inteligente. Si lo pusieran unos años

a mi cargo lo haría presidente de la compañía.

Primero lo pondría a vender, a engrasar máquinas, a cerrar el mes de contabilidad, a joderse.

-Por supuesto. Pero tengo un día muy atareado.

La noticia le hizo contener la respiración. El respetable vientre había llamado a Ray para decirle que lo recomendaría al Directorio como sucesor de Steve.

-¿Te das cuenta?, Frank, seré Presidente de Grupo. Vamos a ser colegas. ¿No me felicitas?

-Me alegra que dejes el staff. Bienvenido al lado de los que producen -dijo él, y se sintió forzado a estrecharle la mano. Esa mano flácida y sudorosa que tanto detestaba.

-Gracias, le diré a Jack que contamos contigo -respondió el enano, y salió rápido.

Frank se quedó con el cejo fruncido. Decir «bienvenido», no era darle apoyo, era aceptar un hecho. Cerró sus puños. Pateó la mesa. ¿Sería un hecho?, ¿le habría prometido Jack el puesto?, ¿o sólo habría dicho que lo consideraría? El enano mataría a su madre por este ascenso, pensó. Hablaré con el respetable vientre para aclarar mi posición.

-Dice que te llamará dentro de un momento -contestó Mary Jo, la secretaria de Jack.

Al voltear hacia la puerta vio entrar a Steve, cabizbajo. Tenía cara de no haber dormido:

-Frank, vengo a despedirme. He pedido mi jubilación anticipada.

Él no creyó oportuno preguntar si fueron ciertas las acusaciones de acoso sexual. No somos tan amigos a pesar de que hemos sido colegas durante seis años, pensó. La verdad es que no hemos tenido tiempo. Cada uno a lo suyo, aquí no se puede hacer amistades. Las ocasiones en que comimos juntos nos limitamos a criticar a Jack y al staff.

-Siento que te vayas. Estoy seguro de que ahora tendrás tiempo para disfrutar de la vida, viajar, y hacer lo que te da la gana antes de que tu médico te prohíba beber alcohol y comer carne.

-Eso piensa mucha gente -dijo Steve, desplomándose en un sillón. Con la mirada clavada en el piso continuó como si estuviera confesándose: Pero yo sólo sé trabajar. Nunca he disfrutado de algo que no esté relacionado con la compañía. Los únicos amigos que tengo son de negocios. No sé qué podría hacer sin venir a la oficina.

-Con el dinero que debes haber ahorrado ya encontrarás muchas cosas que hacer.

-¿Conoces a mi mujer? -preguntó levantando la vista y buscando alguna reacción en los ojos de Frank, ¿quién puede vivir con una mujer así? Como ves, estoy jodido. Tendré que seguir trabajando. Quizá abra una asesoría de empresas. ¿Te molestaría si doy tu nombre como referencia?

Al salir Steve, Frank no pudo reprimir su primera reacción: estas ratas lo único que saben es vivir en las cloacas. Estoy seguro que ni siquiera sabe cómo va la construcción del frente. Inmediatamente le dio vergüenza su reacción por ese desgraciado hombre e intentó olvidarse de él. La idílica fotografía de Bora Bora no pudo cambiar su ánimo. Bruscamente abrió un cajón: *La Ciudad de Dios* de San Agustín, *El ascenso y la caída de Atenas*, de Plutarco, *Poder e Inocencia* de Rollo May. Libros que había comprado recientemente y que se unirían con los que tenía en su casa sin leer. Cerró el cajón como si quisiera incrustarlo en la pared. Al ver su maletín, sonrió. Lo abrió y sacó su cuaderno rojo. Hojeó las páginas, igual que a Ray a Pipe también se le había presentado la oportunidad de ser promovido. Esa historia la escribiré apenas pueda, se prometió.

Sonó el teléfono, era Jack:

-Frank, tengo ciertas dudas sobre el proyecto Misti, esos protozoarios que comen plásticos me parecen sacados de una historieta de ciencia-ficción, sin embargo es posible que apoye tu propuesta en el Directorio. Ah, sé que estás de acuerdo con el ascenso de Ray, también lo aprobaremos en la reunión. Te gusta-

rá tenerlo de compañero, ya sabes, los presidentes de grupo son los dos pilares de la empresa. Voy a tomar unos días de vacaciones en Boca de Ratón, llámame si hay algo urgente.

¡Chantaje!, ¡es un sucio chantaje!, pensó Frank al colgar. Mis protozoarios por el enano. Eso era lo que estaban planeando la noche del *Lutéce*. Y, ¿yo?, ni di mi opinión sobre Ray. Qué bien Frank, eres tan sucio como ellos. ¿Qué ganará Jack con esto?, estas manio- bras no las entiendo. No, no, claro que las entiendo: Jack se jubilará y dejará su puesto al enano. Siempre he sabido que yo no lo reemplazaría, pero por qué el enano y no un americano con más experiencia. ¿Cuál habrá sido el arreglo?

-Señor Rosales, lo esperan en la sala de juntas. ¿Va a ir o cancelamos la reunión? -preguntó su secretaria.

-Que me esperen.

Frank se dirigió a la ventana, la tormenta seguía golpeándola. ¡Qué día!, refunfuñó. Al regresar a su escritorio vio la fotografía de la playa y su cuaderno rojo. Tomó de la mesa unos papeles, aspiró todo el aire que pudo, como creía que los actores hacen al salir a escenario, se irguió y dijo: «el espectáculo debe continuar». Al salir sonrió a la secretaria y en voz alta, como para ser escuchado por las personas del hall, declaró: «un día espléndido para trabajar».

La nieve comenzó a caer después del mediodía. Frank fue informado de que la administración de las Torres Gemelas recomendaba irse a casa. Aunque esperaban sólo unas cuantas pulgadas, preferían cerrar antes de ser enjuiciados por algún empleado que estrellase su auto o se rompiera la pierna en un resbalón. En pocos minutos la oficina quedó vacía. Un buen momento para escribir, pensó. Llamó al chofer para indicarle que se fuera a casa, él tomaría un taxi. Al acercarse a la ventana notó que las grúas acumulaban nieve, le parecieron inmensos árboles de Navidad después de un bombardeo atómico. Poco a poco dejó de mirar, la inminente promoción de Ray volvió a recordarle la

oportunidad que tuvo Pipe en México...

-Quieres conocer primero la buena noticia o la mala - le preguntó Ampuero, el Director de Marketing.

-La buena. Te puedes quedar con la otra.

-El nuevo Secretario de Salud ha ordenado concursos de aprovisionamiento en sobre cerrado. Se acabará el tráfico de influencias, mordidas, coyotes, regalos e invitaciones.

-¡Bravo! México ha dado un salto enorme. Vamos a festejarlo.

-Espera, te doy la mala noticia: he decidido irme de Mediplast. Me ofrecen el puesto de Director General en Distribuidores Alcorta.

-Cometerías un error. Dentro de poco me deberán cambiar. Tú eres la persona que debería tomar mi puesto.

-Puedes entrenar a Pipe -sugirió el Director de Marketing.

-¡A PIPE! ¿Lo dices en serio? Mira, Ampuero, vamos a comer y lo discutiremos tranquilamente.

La comida se prolongó. Ampuero no bromeaba, según él, Pipe era un buen candidato para reemplazarlo, la experiencia de Gerente de Ventas debía haberle dado seguridad en sí mismo. En cuanto al resto, Pipe aprendería rápido dada su inteligencia. Frank no estaba muy convencido de esos argumentos, le parecieron más bien una salida de Ampuero para endulzar su renuncia. Las varias copas que tomaron no dieron mayores luces a la discusión. Al entrar nuevamente en el baño del restaurante, Frank trastabilló. Alcanzó a coger el toallero pero éste no resistió el peso y se desprendió de la pared. Acomodó como pudo el daño, se refrescó la cara y, mientras se peinaba, aceptó que no podría retener a Ampuero y que le daría una oportunidad a Pipe. Me tomaré la copa del estribo, pensó sonriendo, ante los riesgos hay que mantenerse sereno.

Dos días más tarde llegaba Pipe y su mujer de un viaje a Nueva York, habían llevado de paseo a unos ejecutivos del Seguro Social. Frank pidió que Pipe vi-

niese a verlo apenas saliera del aeropuerto.

Su corbata floreada resaltaba sobre el casimir príncipe de Gales y la camisa azul. Frank creía que tal combinación sería imposible. Sin embargo, admitió, en Pipe no se veía mal. Se veía moderno. Audaz. Excéntrico, quizá, de gente que no va en el montón, o detrás de la cargada. Yo no me atrevería a tal mezcla, reconoció. Al darle la bienvenida con el abrazo y las dos palmaditas en la espalda, costumbre mexicana que había adoptado, notó cierta reticencia por parte de Pipe. No me va a venir también este cabroncito a renunciar, se preguntó.

-Siéntate -lo invitó Frank, mostrándole una silla del escritorio-. Tenemos mucho que hablar.

A tiempo que decía lo satisfecho que estaba por su trabajo en Nueva York, Frank tuvo curiosidad por saber cómo era posible que Pipe mantuviese ese color bronceado de playa. A las mujeres les debe encantar el contraste con sus ojos azules, pensó. Pero, al ver su actitud contrita, se dijo: ojalá que no sea mariquita.

-Gracias, Frank -respondió él, con voz apenas perceptible.

-Pipe, tenemos que hablar sobre tu futuro. -Al decir eso, Frank notó que él apretó con fuerza el Dunhill que tenía en su mano y su mirada empezó a vagar por los objetos del escritorio-. Pipe, tienes una oportunidad increíble: eres candidato a Director de Marketing. Estoy seguro de que ya sabes que Ampuero se va. Los chismes ya te deben haber llegado, ¿verdad?

Pipe sacó un pañuelo blanco y se dio suaves golpecitos en la frente. De pronto, su bronceada piel tomó un color ceniciento.

-Bueno, ¿qué te parece?, ¿te gustaría ser mi brazo derecho? -prosiguió Frank, sin dejar que el silencio se hiciera embarazoso.

-¿Yo?, ¿estás seguro? -balbuceó Pipe.

Su primer impulso lo pudo controlar. Se hubiera visto mal echar a Pipe a patadas de su oficina. Paciencia, se dijo, este chico necesita que le inyecte confianza.

-Estoy segurísimo de que eres el mejor candidato.

Tienes una excelente educación, experiencia en ventas y conoces a la gente principal del sistema hospitalario. Además, piensa, tu trabajo ha desaparecido: ya no necesitaremos invitar a nadie. Pipe, tú eres el hombre que buscamos.

-Y, ¿Efrén Mendieta, el Jefe de Producto?

-Mendieta es muy bueno en el lanzamiento de productos nuevos, pero no tiene tu potencial. No es graduado del London School of Economics -replicó, Frank, conteniendo su genio.

-Y, ¿Paco, el Gerente de Publicidad?

-Él es un buen publicista, pero sólo sabe eso -contestó Frank a punto de estallar.

-¿Y .. ?

-Y, ¡carajo!, Pipe, no jodas. No te das cuenta de la oportunidad -gritó Frank, golpeando el escritorio con el puño. A Pipe se le cayó el encendedor al suelo.

-¿Qué diablos quieres? -continuó Frank, exasperado.

-¿No tendrás un puesto administrativo para mí? -habló Pipe debajo del escritorio, mientras buscaba el Dunhill.

-¡No! ¡No tengo ningún puesto administrativo!, y ni pienses que vas a regresar al Servicio de Clientes. O tomas ese puesto o... -antes de completar la frase, Frank intentó contar hasta diez, llegó a cinco. Pipe ya estaba sentado, tenía bien apretado el encendedor.

-Escucha Pipe, mírame a la cara. Te voy a hablar como a un hijo, como a un hermano menor -siguió Frank, conteniendo su furia:- en las compañías o se sube o se baja. Nadie puede quedarse en su puesto, especialmente cuando te ponen como *high potencial*. O tomas este puesto, he dicho candidato por mera cortesía. Repito, o tú tomas este puesto o prepárate para decirle a Anne-Sophie que te has quedado sin trabajo, sin un auto de lujo, sin un aumento del 40 por ciento, sin un bono mínimo de diez mil dólares, sin acciones gratis, y sin playa. ¡Putra madre!, si de sólo pensarlo me da ganas, carajo, de agarrarte Pipe y darte una pa... ¡Putra madre!, mejor me callo. Disculpa, me has hecho perder los estribos. Mira Pipe, vete ahora,



piénsalo y hablaremos mañana.

Pipe musitó algo y salió presuroso. Frank se paró y comenzó a dar vueltas en la oficina como león enjaulado. Parece increíble, pensaba, con la pinta que tiene, sus estudios... y tantas personas que para subir hemos arriesgado todo. Es como para matarlo. Este cabroncito no merece mi aprecio, debería echarlo, qué paisano ni qué paisano, es un peruano huevón, ni sabe de fútbol. Dios da pan a quien no tiene dientes. No sé por qué quiero ayudarlo, soy un idiota. Si no llegase a hacer un buen trabajo me va a reventar. No puedo arriesgarme. Me puede arruinar la carrera. Qué idiota soy, no está listo. Quizá nunca lo estará. No he debido ofrecerle el puesto. Mendieta no tendrá tantos títulos pero es más sólido. Tengo que deshacer la promesa, lo puedo enviar unos meses a Harvard y después ya veremos. Sí, ésa es la solución. ¡Es la solución! Tendré que decírselo antes de que hable con su mujer.

Fue a la oficina de Pipe casi corriendo. Cuando llegó, una secretaria le informó que el señor Somocurcio acababa de irse a casa. Frank sintió escalofríos: si Pipe consultaba el ascenso con Anne-Sophie, tendría pocas posibilidades de retirar su ofrecimiento. Regresó a su despacho y tomó el teléfono.

-Hola, Anne-Sophie. Espero que hayas tenido buen viaje.

-Sí, Frank. Pero la verdad la verdad, regresar a este país me mata, cada día está peor. No soporto a esta gente. Qué chusma, qué olores, México no tiene remedio. Tú sabes.

-A mí me encanta. Salvo la contaminación, es un país maravilloso, pero otro día hablaremos de eso.

-No pierdes la cortesía sudamericana. Ojalá que no te contagien su hipocresía mis compatriotas -lo interrumpió ella.

-Temo volver a discrepar, mejor dejamos el tema. Escucha, Anne-Sophie, quisiera pedirte un favor, desearía que Pipe me llame apenas llegue. Dile que le tengo una buena noticia.

-¿Se puede saber la noticia? -interrumpió ella.  
-Sí, por supuesto -respondió él, un poco más aliviado-. Irá a Harvard a tomar el curso para ejecutivos. Antes deberá pasar unas semanas en nuestras oficinas principales para completar el programa para *high potentials*.  
-¡Qué buena sorpresa! ¿Podré ir con él?  
-Creo que sí. Pero en Harvard tendrás que dormir sola porque Pipe deberá quedarse en los dormitorios de estudiantes. Bueno, que me llame aquí o a casa, pero que sea hoy. A ver cuándo vienen -terminó Frank, utilizando esa frase mexicana que no quiere decir nada.  
-Sí, hombre. Tenemos que vernos -respondió ella, tal como correspondía-. Saludos a Britt.  
Cuando colgó se sintió aliviado. No tengo otra alternativa, pensaba, o Pipe o yo. Si Pipe hubiese sido fulanito de tal ni le hubiera ofrecido el puesto. Algo tiene que me inclina a protegerlo. Me estoy ablandando. Realmente no merece enviarlo a ningún lado excepto a la puta calle. Pero quizá me equivoco y regresa de Harvard hecho una fiera.  
Contra su costumbre, Frank se preparó un whisky al llegar a su casa. Al poco rato recibió la llamada.  
-¿Me hablas de tu apartamento? -preguntó, en voz baja.  
-Sí, Frank.  
-Escucha, vas a contestar sí o no a la siguiente pregunta. No hagas comentarios, sólo di sí o no. ¿Le contaste a tu mujer nuestra conversación de la tarde?  
-No.  
-Muy bien, Pipe -respondió Frank, más tranquilo-. ¿Estás contento con el viaje a Harvard?  
-No sé cómo agradeceréte. Anne-Sophie está feliz. Disculpa, Frank, ¿tú crees que me aceptarán?  
-Putá madre, Pipe, piensa positivamente. Cuenta con que te irás. ¿Está claro? Y no digas una palabra a Anne-Sophie de lo que hablamos en la oficina, es mejor para ti. Olvídate de la promoción por ahora, he decidido dar a Efrén Mendieta esa oportunidad.

-¿De verdad?, ¿estás seguro?

-Pipe, te prometo que no serás ascendido mientras yo sea Presidente de Mediplast México –respondió Frank, molesto.

-Oh, gracias, Frank. Muchas gracias dijo Pipe, emocionado.

Britt dio un salto cuando su esposo estrelló el teléfono contra la pared.

El teléfono sonó hasta que el Forastero volvió a la realidad. Todo estaba oscuro, de un salto se levantó de la poltrona y entró tropezándose a su bungalow, creía que llamaba su mujer. Desilusión, era la procaz voz de Otilio que reclamaba su presencia en el restaurante. Según él, la modelo rusa lo esperaba ansiosamente.

-Nunca dije que iría.

-Oiga, Forastero, ¿no me va resultar joto?

La provocación lo hizo dudar, por un lado quiso devolver el insulto, por otro, ir y demostrar que no era maricón ni mucho menos. Ante la repetición de la pregunta, el Forastero decidió mandarlo a la mierda y colgar. Regresó a la terraza y se acercó a la baranda; como en Las Vegas las luces de neón dominaban la ciudad. Pensar que esto fue un día la bahía más bella del mundo y ahora está convertida en... en... Sodoma y Gomorra juntas, dijo, al no encontrar otro calificativo. Cuando venga mi mujer le diré que no hace falta bajar a Acapulco: con la piscina y la playa privada tendremos más que suficiente.

Decidido a continuar su trabajo, tomó el cuaderno de la mesa y entró en su habitación. Al levantar las cortinas se fijó en dos haces de luces que rotaban bajo las nubes. Uno salía del sur, debía ser del aeropuerto, el otro, más cercano, provenía del Club Náutico. Los giros no estaban sincronizados aunque en algún momento parecía que sus trayectorias coincidían en un punto del firmamento. Se le ocurrió que un haz podría ser Honorino, luego el otro necesariamente era

Pipe. Al darse cuenta que la alegoría lo llevaría a especular sobre hechos que no conocía, los alejó rápido de su mente. Prefirió tirarse en la cama, poner el cuaderno verde sobre su pecho y empezar a atar algunas piezas que el hermano Ubaldo había contado entre cebiche, agua de coco y citas bíblicas...

... La vida de Honorino en la residencia del gobernador de Guerrero transcurrió en relativa calma, salvo los fines de semana y su participación en los *encargos* del gobernador.

El jovencito se levantaba a las cinco de la mañana y acompañaba a Ubaldo a nadar en la playa de la residencia. Luego de un succulento desayuno lo seguía como una pequeña sombra en toda la rutina de jefe de los *dorados*. Esto incluía inspección del armamento y revisión de las embarcaciones. Las tardes en que el gobernador no tenía invitados, el muchacho revisaba con el cocinero de la casa los deberes que enviaba la escuela libre, había comenzado en el primer año. En las noches le tocaba el primer turno de vigilancia en el puesto que se le asignara.

La atadura con Ubaldo continuaba los fines de semana, el moreno se dedicaba a dilapidar el sueldo de ambos en los burdeles del puerto. Una de las tareas de Honorino, aparte de ser testigo de las orgías, era llevar a su jefe de vuelta a casa.

Pero su corazón zapateaba una vez al mes, cuando Ubaldo le daba permiso para viajar a la sierra y visitar a su padrino Filemón. Siempre llevaba regalos para la familia, que compraba con lo poco que podía resarcirse cuando su jefe caía borracho y perdía el conocimiento.

Ese mismo corazón se congelaba en las oportunidades que era ayudante de *encargos*. Esto es, la ejecución de «transgresores del orden público» que el gobernador no confiaba a la Procuraduría de Justicia.

Ubaldo daba con precisión el tiro en la nuca. Luego Honorino desamarraba el cadáver de la silla de pescar y lo ataba a la pesa, previamente colocada en *el Mar-*

*garita*, antes de empujarlo fuera de borda. Como la sangre, con los restos de huesos y masa encefálica, manchaba la cubierta, Honorino tenía que lavarla hasta satisfacer la escrupulosa inspección de su jefe. Después de los *encargos* las pesadillas del muchacho duraban meses.

Pero la rutina empezó a cambiar conforme se acercaba el día en que el gobernador entregaría el mandato al nuevo candidato del PRI. Las amenazas contra la vida de Arturo Figuerola provenían de todas partes: los aspirantes a la candidatura desconfiaban de su imparcialidad, los familiares de personas desaparecidas querían vengarse antes de que abandonara Guerrero y los narcotraficantes temían que por afán de notoriedad ordenara alguna operación descabellada.

La protección del gobernador dependía más que nunca de sus *dorados* acapulqueños. Ubaldo, el jefe de aquellos incondicionales esbirros, redujo los permisos y aumentó las horas de servicio.

Para entonces Honorino tenía cerca de dieciocho años. Su rápido crecimiento e insaciable apetito eran objeto de admiración por sus compañeros, todos mucho mayores que él, aunque ahora no más altos. Eran sus únicos amigos, creían que el chamaco ocultaba en su tranquilidad y humildes maneras una fiera irrefrenable. Y no negaban supuestas hazañas que el corrillo acapulqueño añadía a las de haber acabado con Luciano, el guerrillero, y salvado la vida al hijo del gobernador. Sus compañeros, pues, se sentían orgullosos de tener entre ellos a una precoz leyenda. La única persona que parecía no tenerle afecto era el gobernador. No era que lo tratase mal, mucho cuidado tendría en evitar otro altercado con su esposa. Lo ignoraba, eso era todo y mucho. Ubaldo, percatado de esa injustificada aversión, trataba de mantener al joven alejado de Figuerola. Debido a esto, le permitió que fuese esa noche a coger langostas en vez de ayudarlo en el *Margarita*, al tour que ofrecía el gobernador a un gru-

po de senadores.

Armado de una linterna, un fierro con gancho y una bolsa de bayeta, Honorino se echó sobre la cámara de camión y salió nadando de la estrecha rada privada. Después de identificarlo, los vigilantes del espigón le desearon buena pesca.

Esperaba traer la langosta más grande que hubiese visto en su vida para regalarla a Lupita en su cumpleaños. Ella, que ni conocía el mar, se llevaría la sorpresa de su vida al ver semejante animal.

La luna creciente alumbraba un mar tranquilo, Honorino se auguró éxito y nadó con confianza hacia las primeras rocas, varios pescadores de pulpo estaban en plena faena, parecían ser los de siempre, los saludó con la mano y se dirigió a la *garganta del fraile*: un par de promontorios que salían paralelamente del acantilado. La fina arena de ese sitio era ideal para atrapar su «langostota».

Las primeras zambullidas no tuvieron éxito. Pasaba el tiempo y la marea comenzaba a subir. Honorino insistía, tenían que estar ahí, a no ser que alguien hubiese venido antes, especuló. Y eso no era posible, los pescadores preferían los pulpos, más abundantes en esa época. Cuando estaba dispuesto a ir a otra garganta, su linterna alumbró una langosta medio hundida en la arena, la cogió, era de buen tamaño. Al llegar a la superficie encontró que la marca lo había empujado contra un lado de la garganta. Trepó a una roca para tomar aliento y levantó la llanta. Las estrellas acompañaban a una luna brillante. Allá lejos, detrás de la colina, se veía el resplandor de Acapulco. Unas señales de linterna llamaron su atención, venían de la roca del frente. Era muy extraño, los pescadores nunca levantarían sus linternas fuera del agua. Esperando encontrar una langosta más grande buceó varias veces sin resultado. Resignado, subió nuevamente a la roca y abrió la bolsa, «Lupita se quedará con la boca abierta», dijo. El parpadeo de las linternas había cesado, sin embargo, la luna resaltaba el contorno de unos

tanques de oxígeno que se alejaban. Todos sabían que los alrededores de la residencia era zona militar y estaba prohibido el buceo turístico. Los únicos que podían entrar eran los pescadores, y ellos nunca usaban tanques de aire. «Tendré que reportarlo a Ubaldo» murmuró Honorino y regresó nadando lo más rápido que pudo.

Al llegar al muelle los vigilantes dijeron no haber visto a ningún buceador. Más calmado, Honorino nadó hacia el *Margarita*.

-¡Ubaldo! ¡Ubaldo! Mira, ¡qué langostota!

El moreno estiró su cuerpo por la baranda:

-¡Bah!, es muy chica.

-¿Chica? ¿Estás ciego? -y apoyándose en la cámara, estiró el brazo lo más que pudo.

-Es muy chica. Lupita creerá que es un chapulín de mar comentó Ubaldo, iluminando su blanca dentadura.

El joven quiso acercársela más pero no pudo, resbaló de la cámara y la langosta cayó al agua luego de golpear con la embarcación. Se tiró tras ella. Casi sin aire atrapó al animal antes de que pudiera esconderse entre los pilotes del muelle. Al salir, su linterna enfocó un extraño paquete pegado al casco del *Margarita*.

-¡Ubaldo, he visto algo raro! ¡Tírate!

-No estoy para bromas.

Honorino tomó aire y se hundió nuevamente. No era uno, eran varios paquetes unidos con cables.

-¡Explosivos! ¡Han puesto explosivos! ¡Toca la alarma! ¡Alarma! -gritó el muchacho desesperado.

Ubaldo se tiró al agua. Honorino tenía razón, allí estaban los explosivos adheridos al casco.

-¡Toquen la alarma roja! ¡La roja! -ordenó al salir.

Su voz se oyó en todas partes.

El intermitente chillido sonó estrepitosamente. Los *dorados* no aceptaron las protestas del gobernador ni de sus invitados y los guiaron al búnker situado debajo de la sala.

En pocos minutos todos los *dorados* estaban en su



sitio. Ubaldo se sintió orgulloso del orden con que respondieron a la emergencia. Pero la bomba seguía allí.

-Honorino sube a la lancha de ski, remolcarás al *Margarita*, yo la desamarraré e iré en ella. Te guiaré hasta que estemos afuera.

La maniobra parecía haber sido practicada con anterioridad. Honorino puso en marcha el fuera de borda y muy suavemente tiró de la soga. Ubaldo le daba instrucciones mientras maniobraba desde la cubierta del yate. Salieron por el centro mismo de la rada.

Una vez lejos, Ubaldo saltó al mar y subió a la lancha.

-No la podemos dejar a la deriva, tendremos que esperar a la armada.

Alargaron lo más que pudieron la soga de remolque y esperaron en medio de la oscuridad la llegada de auxilio. Sabían que desde la terraza debían ser observados por todos los de la residencia.

El resplandor seguido de la explosión llegó hasta la playa. Don Arturo Figuerola algo pálido insistió en que sus invitados escanciaran una y otra botella de champaña.

Cuando los héroes llegaron al salón encontraron a un grupo alegre de señores que los aplaudían a rabiar. - Ubaldo, te asciendo a Comandante de Policía. Además recibirás como premio un mes de sueldo. No, de tres meses -rectificó el gobernador, buscando en los ojos de sus amigos una aprobación. No la encontré-. Mejor dicho, recibirás un año extraordinario de gratificación por un comportamiento que excedió el llamado del deber, como dicen los gringos.

Todos aplaudieron.

-Tú, Honorino -el gobernador hizo una pausa dando la impresión que meditaba bien sus palabras-, tú me has salvado la vida. Yo salvé la tuya hace cuatro años, en la sierra, ¿te acuerdas?

El joven recordaba todo lo contrario. Si no hubiera sido por Rascafría sus huesos y los de su padrino File-

món estarían en algún lugar de Atoyac.

-Estamos a mano, Honorino -continuó Figuerola-. Sin embargo mi corazón generoso quiere recompensar tu lealtad y sacrificio. Dime, ¿qué desearías que te dé? Pide con toda confianza. ¿Quieres irte a McAllen con la señora Margarita? ¿Quieres... no sé... encolarte en la Armada o en el Ejército? Bueno, dime.

-Estoy bien aquí con el señor Ubaldo -respondió él, sorprendido por la oferta.

-No seas tonto Honorino, aprovecha mi agradecimiento. ¿No es así Ubaldo?

-SI, señor gobernador. Honorino, pide algo a don Arturo.

-Bueno, señor, si no es mucha molestia quisiera ir mañana a ver a mi padrino Filemón.

-¿Ah... tu padrino, eh? Sí, ya me acuerdo, es el narco que mi esposa se empeñó en que lo sacara de la cárcel. Mira que magnánimo soy. ¿Sabes lo que es ser magnánimo? Bueno, te lo demostraré, mañana irás a visitarlo en mi helicóptero. ¿Qué te parece?

Honorino no pudo dormir esa noche; imaginaba la cara de Lupita cuando, en su rancho, lo viera bajar de un helicóptero con la langosta en la mano.

Había esperado hasta esa mañana para abrir las cartas, cogió una y cerró los ojos. La palpó, estaba seguro que era una tarjeta de cumpleaños con las bromas de siempre. Por flojera de escribir algo personal compran ingenio barato, se dijo. Ahorrar tiempo está bien tratándose de pelar papas o cocinar frijoles, pero para felicitar por un cumpleaños o saludar por Navidad debería prohibirse. No se imaginan cuánto me interesa saber cómo están, suspiró Frank profundamente. Al caer un papel de la tarjeta, abrió los ojos y comenzó a leer la nota de su hermana; sin esperar a terminarla corrió al baño para mirar con atención su cara de cincuenta años. A parte de estar pálido no estoy tan fregado, sólo me falta un poco de sol, ¿cuándo fue la última vez que estuve en la playa?, ¿hace cuánto tiempo que no paso una hora al aire libre?, qué desgracia, se lamentó; mientras afuera seguía nevando. Con parsimonia inició el ritual poniéndose las botas para la nieve, luego le pareció un siglo el tiempo que tomó para enfundarse el grueso abrigo. Completó el atuendo con una larga bufanda, que se la enrolló hasta la nariz, una gorra de piel, que le cubrió las orejas, y los guantes. Salió bamboleándose al jardincito de la entrada y dio los seis calculados pasos en la nieve para recoger la bolsa de plástico celeste del *New York Times*. Eran sus tres kilos de lectura dominical. Con el paquete que se deslizaba de sus manos regresó tratando de no pisar en sus huellas, que ya estaban encharcadas. Al cruzar la puerta oyó el teléfono. ¿Quién será el primer hijo que llama?, se preguntó. Ni intentaría contestar, Britt lo haría antes de que él pudiera desembarazarse de las prendas de invierno.

-Frank, te ha llamado un profesor Igvaal, o Ivkaal, o algo así -gritó la esposa desde la cocina-. Quería saber si ibas a estar en casa, dijo que vendría. Lo siento amor.

-Has hecho bien, cariño, debe ser el profesor Iqbal, del MIT. ¿Tenía acento pakistaní? -preguntó Frank, mientras se quitaba el abrigo.

-Tenía acento hindú.

-Eso mimo cosa, dicen los chinos -comentó él, riéndose-. Si viene a hablar conmigo un domingo como éste, debe ser por algo importante. ¿No te molestaría invitarlo a desayunar?

-Es tu cumpleaños, querido, hoy mandas tú.

A Frank le resultó mordaz el tonillo que puso Britt en hoy, sin embargo no quiso aclararlo porque todavía luchaba por deshacerse de las botas.

El profesor Javed Iqbal, ceremonioso y por lo mismo inescrutable, se deshizo en disculpas al entrar.

-No es ninguna molestia, profesor. Al contrario, es un gusto tenerlo en casa. Acompáñenos al brunch especial que mi mujer ha preparado: huevos benedictinos, salmón ahumado, caviar, tomates al horno. Es mi cumpleaños, ¿sabe?

El visitante casi desapareció dentro del abrigo.

-Enhorabuena, señor Rosales -murmuró desconcertado-. Siento ser tan inoportuno, regresaré más tarde. Es decir, si usted tuviese la amabilidad de concederme unos minutos el día de hoy.

-Profesor, conversaremos tranquilamente después del brunch. No lo dejaremos ir, ¿no es así Britt?

-Por supuesto que no -respondió ella, saliendo a saludar-. Tenemos champaña.

-Oh, gracias, gracias, muchas gracias, pero no bebo alcohol.

-No importa, le daremos té, café o un buen vaso de agua, pero usted no se va. Es mi cumpleaños, profesor, y el día del cumpleaños uno manda.

Frank lo ayudó a quitarse el abrigo de piel que parecía

ser una prenda ancestral: ancha, pesada, de cerdas gruesas y con ciertos islotes pelados. Abajo llevaba un suéter de lana igualmente pesado. Marco Polo lo ha debido utilizar en su primer viaje, exageró Frank para sus adentros. Una incipiente barriga de embarazada sobresalía de su delgado cuerpo. Tendría la misma edad que Frank, aunque la calvicie y los gruesos anteojos lo envejecían.

-Qué buen abrigo, profesor. ¿Es americano?

-No, señor Rosales, lo traje de Pakistán.

-Cualquiera diría que ustedes tienen un clima cálido.

-Lo tenemos, pero también tenemos temperaturas bajo cero.

-O sea que este maldito invierno no le importa.

-Señor Rosales, este invierno no lo soporto -dijo el profesor, sonriendo como sonríen los asiáticos. Es decir que Frank no supo si sonreía o tenía pena.

-Mi querido profesor, ¿qué hacemos aquí? Nosotros somos del calor, de la playa. Nuestra piel necesita sol. Dígame ¿no me ve usted anémico?

-Todos aclaramos un poco en invierno. Hasta yo afirmó Iqbal, maliciosamente.

Durante el desayuno el profesor Iqbal habló con los ojos y con forzadas sonrisas. Mientras tanto Frank recobraba su color a medida que la champaña decrecía.

-Britt, has preparado el mejor brunch de Manhattan. ¿No es verdad, profesor?

-Oh, sí. Pero creo, estimado Rosales, que se ha quedado usted corto: es el mejor brunch de Estados Unidos -dijo Iqbal, creyendo haber dicho algo genial.

-¿Le gustó mi té, profesor?, ¿desea otra taza?

-Oh, no, muchas gracias -respondió él, inclinando lentamente su cabeza y cerrando los ojos.

-Claro que quiere otra, Britt. Tráesela al estudio, por favor. Yo llevaré mi copa -dijo Frank, levantándose y mostrando a Iqbal la escalera al sótano.

El estudio de Frank era bastante grande aunque el techo bajo y la falta de ventanas daba una sensación

de agobio. Las paredes, salvo una que tenía un póster inmenso de alguna playa caribeña, estaban forradas con plástico imitación madera. La estantería contenía desordenadamente libros y estatuillas de madera de diferentes países. Sobre una mesa baja de madera había un montón de libros que Frank esperaba leer algún día.

-Disculpe el desorden, creo que usted es el primer invitado que conoce mi guarida.

-Es un honor para mí.

-Bueno, mi querido profesor, ¿qué tal estuvo su Congreso de Biología?, ¿mereció la pena?, ¿aprendió algo nuevo sobre nuestros protozoarios? Me imagino que de eso quiere hablarme, ¿verdad?

-Así es, señor Rosales.

-Creo que es tiempo que nos dejemos de formalismos profesor. Llámeme Frank, Javed -sugirió, antes de dar un sorbo a su copa de champaña.

-Le agradezco su confianza, Frank. Espero hacerme acreedor a ella -afirmó el profesor, sacando un pañuelo para secar el sudor que comenzaba a acumularse en su frente.

-Soy todo oídos -afirmó Frank, moviendo su sofá frente al del profesor. Sus piernas casi se rozaban.

-Dígame, Frank, ¿hasta qué punto usted está comprometido con el proyecto Misti?

La pregunta lo- desconcertó, le quitó la sonrisa de cumpleaños.

-¿A qué viene esa pregunta, Javed? Muchas veces hemos hablado al respecto -respondió, presintiendo que algo grave ocurría. El comienzo de esa conversación no tenía nada que ver con el Congreso de Biología, ¿o, sí? Sintió que la sangre palpitaba en sus sienes-. Profesor, ahórrese rodeos y dígame qué diablos ocurre.

Antes de contestar, Javed Iqbal se quitó las gafas, limpió prolijamente los gruesos cristales con su húmedo pañuelo, se frotó la silla de la nariz y después

que se las puso clavó su mirada en los ojos de Frank.

-Este proyecto significa mucho para mí. Para Mediplast es sólo una inversión, si no ve resultados a corto plazo suspenderá la financiación y se quedará con las patentes que hemos obtenido. El MIT partirá con las manos vacías, sin posibilidad de continuar el proyecto. ¿No son así los negocios?

-Así son. Pero yo le garantizo que eso no ocurrirá. -  
¿Y quién garantiza que continuará en la compañía? Mañana usted puede trabajar en otra o Mediplast puede pedirle la renuncia. O, Alá no lo permita, usted podría sufrir un accidente.

Frank no estaba preparado para discutir cosas serias ese domingo y menos el día de su cumpleaños. Ya era suficiente que nevara en Manhattan mientras sus parientes estarían remojándose en las olas del Perú.

-Dígame, Javed, ¿eso es lo que discutió en el congreso? Por favor, sea usted franco, cuénteme, qué demonios ocurre.

El profesor se echó atrás abruptamente.

-Disculpe, amigo Javed -añadió él-. No ha sido mi intención ofenderlo, pero si quiere decir algo importante, por favor, dígalo.

-Es mi culpa, ya debería estar acostumbrado a hablar con hombres de negocios -reaccionó Iqbal, secándose el profuso sudor que ahora corría por las patillas.

-No sé preocupe, somos muy bestias -se excusó Frank, pretendiendo inútilmente que su sonrisa fuese compartida.

-No es eso, Frank. Pero en cuanto a lo que aprendí en el congreso, tiene usted razón. Anoche después de la clausura salí a cenar con unos colegas, todos ellos científicos reconocidos.

-Usted no se queda atrás en reputación, mi querido Javed.

-No creo, Frank. En fin, continuando: mis amigos están al tanto de los progresos de nuestro proyecto, como usted sabe hemos presentado dos importantes trabajos en el congreso. Para no hacer el cuento muy largo, ¿sabe lo que me aconsejaron?

-Ni idea.

-Que busque alguna institución pública o fundación que patrocine el proyecto.

-Sus amigos serán muy sabios pero no tienen el menor conocimiento de lo que pasa en las empresas.

-Lamento contradecirlo, Frank, sí lo tienen. Creen que en el peor de los casos las únicas corporaciones que pueden auspiciar a largo plazo son las japonesas. Y esa unión no es posible para una universidad americana como el Massachusetts Institute of Technology.

La entrada del Britt con el té dio tiempo a Frank para reflexionar. En términos generales estaba de acuerdo con Iqbal, pero el proyecto de los protozoarios comeplásticos era para él una cruzada personal, algo que no dejaría que Jack o el directorio de Mediplast boicoteasen. Antes de que su esposa subiese le dijo:

-Britt, cariño, no tardaré en recibir llamadas de teléfono. Por favor, di que he salido. Los llamaré más tarde.

-Lamento mucho ser la causa de... -murmuró el profesor, acercando a sus labios la taza de té.

-Amigo Iqbal -Frank había perdido la euforia, ahora estaba atento a los gestos de su interlocutor-, ese té es horroroso. Si quiere le sirvo un vaso de agua.

-Es usted muy sincero. Yo intentaré corresponderlo efectivamente el té no es muy bueno, y casi frío sabe peor.

Después de un inesperado silencio sus incontenibles carcajadas las acompañaron con un intercambio de palmadas en las rodillas. Frank sintió que ese honesto hombre merecía una confesión.

-Escuche, mi querido Javed, no hay duda de que soy un mercenario. Mi único objetivo en la vida ha sido hacer una carrera empresarial y asegurarme un futuro económico para vivir de otra manera. Aunque al final, creo, acabaré como el viejo chiste que me contó Pipe Somocurcio, un paisano mío. Pero ésa es otra historia, después se la cuento. El asunto es que, a pesar de ser un mercenario, me he dado cuenta que nuestro proyecto es algo que vale la pena. Que si lo



logramos, habremos hecho algo por la sociedad. Sueño con el día que podamos desarrollar el protozoo que trague plásticos.

-Su sueño se convirtió en realidad el lunes pasado. Lo vi con mis propios ojos pero...

Frank se puso de pie como impulsado por un resorte. La copa de champaña cayó al suelo, rompiéndose.

-¡Eureka! ¡Eureka! ¡Por qué no lo ha dicho antes, hijo de puta! -exclamó, a tiempo que levantaba al profesor para darle un fuerte abrazo.

-Cálmese, cálmese, amigo -protestó el profesor Iqbal, zafándose de los efusivos brazos-. Estamos muy lejos de nuestro objetivo, esos protozoarios efectivamente comen plásticos, al menos polipropileno, pero mueren. No se reproducen. Es decir, hemos vuelto al punto de partida. Creo que debemos reorientar nuestras investigaciones, quizá explorar la clonación. Nos reuniremos con su equipo de Salt Lake City la próxima semana. Así es la investigación, nunca uno sabe si ha descubierto algo hasta no haberlo logrado.

-¿Entonces quiere decir que todo está perdido?

-Lo que quiero decir es que hemos aprendido que nuestro método no es el camino, eso es bastante. Ahora que sabe usted la situación, dígame, ¿todavía podemos contar con el apoyo de Mediplast?, ¿hasta cuándo podrá usted respaldar el proyecto sin arriesgar su reputación o, quizá, su puesto?

Para Frank la última pregunta iba más allá del proyecto. El día en que cumplía cincuenta años la cuestión tomaba una dimensión impostergable. ¿Hasta dónde quería llegar en la empresa?, ¿hasta el puesto de Jack?, ¿ése era su objetivo? ¿No era verdad que solamente trabajaba por dinero?, ¿y cuánto dinero necesitaba para hacer lo que quería?, y, más importante aún, ¿qué quería?, ¿desarrollar los protozoarios comeplásticos?, ¿lo podía hacer sin la financiación de Mediplast? Seguro que no. Entonces, ¿era o no su sueño vivir en alguna playa caribeña rodeado de libros?, ¿o en París o Londres o Madrid?, ¿o en el mismo Manhattan? Estas interrogantes ya se las había

planteado con anterioridad pero ese día su respuesta afectaría al testigo de sus tribulaciones. Enfrascado en estos pensamientos había caminado hasta el póster de la playa, a su espalda el profesor Iqbal esperaba la respuesta. El teléfono había sonado ya varias veces.

-¿Le llegué a contar lo que me dijo Pipe Somocurcio?

-preguntó Frank, mirando los cocoteros inclinados sobre un mar esmeralda.

-No creo -contestó el profesor, intrigado.

-Hace algunos años, cuando vivía en México, tuve un paisano llamado Pipe Somocurcio que envié al curso de ejecutivos de Harvard. El día que regresó tuvimos una larga conversación donde describí el futuro brillante que le esperaba, sin ocultar las fatigas y renuncias que el éxito conlleva. Él me escuchó atentamente y dijo que era como la vieja historia del lancharo acapulqueño: Un gringo jubilado pasaba sus vacaciones en Acapulco. Durante su estancia se fijó en un joven que alquilaba un pequeño catamarán a los turistas. Parecía listo y agradable, sin embargo estaba más dispuesto a jugar voleibol que a cuidar su negocio. Una tarde este buen gringo le preguntó por su vida. El acapulqueño tenía escasa educación, su inglés lo había aprendido con los turistas. Conmovido, el gringo le ofreció pagar el colegio. ¿Para qué?, respondió el chico. Para que puedas entrar a la universidad. ¿Y que hago con la universidad?, preguntó. Bueno, si has sido un buen estudiante y te has esforzado puedes conseguir un buen trabajo. ¿Y.?, siguió él sin entender. Con un trabajo podrás iniciar una carrera en la compañía siempre y cuando te esfuerces y te prepares continuamente. ¿Y .. ? Y.., así irás subiendo año tras año. ¿Hasta cuándo?, preguntó el acapulqueño. Hasta que te jubiles como yo. Ah... respondió el lancharo, ya me di cuenta: entonces cuando sea viejo podré venir a Acapulco, ¿verdad?

Frank se dio la vuelta y encontró que el profesor lo miraba preocupado.

-¿Ésa es su respuesta, mister Rosales?

-Sí, ésa es mi respuesta, pero no a su pregunta, sino a

una que me hago constantemente. En cuanto a la suya, estimado profesor, mañana hablaré con los abogados y añadiremos una cláusula a nuestro convenio: Si Medioplast dejase de financiar el proyecto, todas las patentes pasarán al MIT y ustedes quedarán libres de asociarse con quien crean conveniente. ¿Le parece justo, Iqbal?

-Es usted muy generoso, querido Frank. Me quita un peso de encima -declaró él, alargando su morena y frágil mano-. ¿Todavía quedará algo de champaña?, me gustaría brindar a su salud.

-Creí que no bebía alcohol, querido profesor.

-Siempre hay excepciones a la regla, querido amigo.

Antes de subir al taxi que lo esperaba en medio de la tormenta de nieve, Iqbal y Frank se dieron un abrazo que apenas sintieron por la espesura de sus abrigos.

-Ah... olvidé preguntarle, ¿qué pasó con su amigo ... ? Pipe, creo que se llamaba.

-Él fue más listo que yo: vivió al estilo del lancharo acapulqueño -afirmó Frank, abriéndole la puerta del taxi.

-¿Vivió? ¿Es que ha muerto? -preguntó Iqbal, sorprendido.

-¡Suba, maldita sea! ¡Me estoy congelando! -vociferó el negro chofer del taxi.

Mientras regresaba a su casa tratando de mantener el equilibrio sobre la nieve, Frank especuló: ese negro tiene acento francés, quizá sea haitiano. Debe extrañar la playa. Como yo. Como Pipe.

«Maldito teléfono», murmuró el Forastero antes de abrir los ojos. Era su mujer. El periódico *The Village* le había pedido un artículo sobre la reunificación de Alemania y tendría que quedarse en Manhattan.

-Lo entiendo, cariño -respondió él, sin mucho convencimiento-. No te preocupes por mí, ya pensaré qué hacer los días que me faltan de vacaciones, todavía estoy medio dormido. Te llamaré mañana. Un beso. Después de colgar no demoró mucho en llegar a la conclusión de que lo más interesante sería visitar a Ubaldo y conocer el resto de la historia de Honorino. Llamó a la operadora del hotel para que lo despertasen a las cinco y media de la mañana.

Le pareció que Acapulco había cambiado de habitantes. En las puertas de las discotecas se veían jóvenes rubios tambaleándose, otros, sosteniendo los árboles. Chicas descalzas reían bobaliconamente. Los pocos que caminaban lo hacían en cámara lenta. El cielo por el lado de la montaña comenzaba a aclararse.

-Hermano Ubaldo, hermano Ubaldo -llamó el Forastero, en voz baja, desde la cubierta del *Margarita*. Nadie respondió.

Evitando despertar a las embarcaciones vecinas golpeó discretamente la puerta de la cabina repitiendo el nombre de su amigo.

-¡Por Yahvé, di tu nombre! -respondió al fin la potente voz de Ubaldo.

-Soy el Forastero. El hermano Forastero -rectificó.  
¡Bendito sea Yahvé, Dios de Israel! Espere, espere.

Ubaldo salió frotándose los ojos:

-«Se prepara el caballo para el día del combate, pero la victoria es de Yahvé », Proverbios 21. ¿Está usted bien hermano?

-Sí, muy bien. Lo que ocurre es que mi mujer no podrá venir, eso me da unos días más de libertad que pienso utilizarlos alquilando el *Margarita*. ¿De acuerdo?

-¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello!

-¡Ya! ¡Ya! No me va a decir que «tener el agua hasta el cuello» está en la Biblia -sonrió él.

-Por supuesto que está, es el comienzo del Salmo 69, que continúa con: «me hundo en el cieno del abismo, sin poder hacer pie: he llegado hasta el fondo de las aguas, y las olas me anegan».

-Por favor Ubaldo, ya párele -protestó el Forastero-. ¿Puedo alquilarlo o está ocupado?

-Usted no conoce esta: «Mi aliento se agota, mis días se apagan. Sólo me queda el cementerio.»

-Por favor hermano Ubaldo, ¿a qué viene esa tragedia? -lo interrumpió el Forastero, perdiendo la paciencia.

-A nada. Lo que sucede es que ahora estoy aprendiendo el libro de Job y tengo que repetirlo cada vez que puedo. En cuanto al *Margarita*, lamentablemente está contratado toda la semana por unos convencionalistas americanos. Lo siento.

-¿Habría alguna posibilidad de que usted deshaga el compromiso? Yo estaría dispuesto a pagar lo mismo que ellos, más, digamos, un veinte por ciento.

-«Ahora todavía está en los cielos mi testigo.» Es de Job y sí le va al caso -explicó Ubaldo, con cara de felicidad-. No, mi querido hermano, ya he comprometido al *Margarita* y Ubaldo no cambia su palabra.

El Forastero puso un rostro compungido, la historia de Honorino llegaba a su fin junto con la satisfacción de gozar la conversación de Ubaldo.

-¿A qué hora vienen los gringos? -preguntó desanimado.

-¡Aaaaah ... ! Podemos aprovechar un poco el tiempo: Los gringos vendrán a la diez, pero quién sabe. Lo invito a desayunar, hermano Forastero, hablaremos de

Honorino. «Mi fianza está junto a ti, ¿quién si no querrá chocar mi mano?» También es de Job.

-«Mi fianza está contigo» -repitió el Forastero, chocando su mano con la de Ubaldo como hacen los deportistas.

-Muy bien dicho. Usted podría ser un buen pastor de ovejas.

Horas más tarde llamó a su mujer para informarle que iba a pasar los días restantes de vacaciones en la Ciudad de México, deseaba que le enviase al Hotel Camino Real el cuaderno rojo que estaba en su maletín. Le pidió que utilizase el servicio de mensajera urgente.

Al subir al avión se palpó la cartera, quería asegurarse que llevaba la dirección de Baltazar Torres Torres, aquel sobrino de Ubaldo que había sido compañero y amigo de Honorino cuando partieron a la capital. Sentado junto a la ventanilla, abrió su cuaderno verde y escribió lo último que relató Ubaldo entre versos de Job...

... El intento de hacer volar por los aires al gobernador Figuerola y sus amigos trajo nuevas medidas de represión en el Estado de Guerrero. Los encargos para Ubaldo aumentaron. Entre las víctimas tuvo que «echarse a tres chamacas» que le hicieron sentir repugnancia por su trabajo. Honorino rogó no participar pero Ubaldo no tenía otra persona en quien confiar. El temor de ser algún día denunciados por los mismos compañeros había creado un ambiente receloso y reservado entre los *dorados*. Nadie miraba a los ojos en la residencia.

Faltando pocas semanas para que el gobernador entregase el poder al candidato del PRI que había sido elegido, apareció sorpresivamente la señora Margarita. Estaba más delgada, más maquillada, más nerviosa. Trajo con ella guardaespaldas de Estados Unidos:

un grupo de gorilas que aventajaban en altura, armamento y peso a la guardia personal del gobernador.

Doña Margarita venía a hacer los preparativos para cerrar la residencia por un buen tiempo. Por razones de seguridad el gobernador había decidido trasladarse a las instalaciones de la Armada hasta la entrega de la gobernación, y ella regresaría a McAllen en cuanto acabase su tarea.

Sin explicación alguna los guardaespaldas americanos tomaron el control de la residencia principal, limitando a los *dorados* la vigilancia del perímetro. Sorprendidos, Ubaldo y Honorino veían de lejos el empaque de los enseres de la residencia en grandes cajas de madera.

-Yo creo que nos va a llevar a la chingada. Lo siento por ti, Honorino.

-Pero si yo no he hecho nada.

-Sabes mucho para que te dejen vivo. Vas a tener que fugarte.

-¿Y, tú?

-Yo sabía dónde me metía. Así es la vida de los guaruras. ¿Te acuerdas de esos compañeros que fueron acusados del rapto de Tito?

-Pos claro.

-La mayoría era inocente. ¿Y sabes cómo acabaron? Algunos se pudren en el bote por crímenes que no cometieron. De otros nunca más se supo. Los *dorados* no son los únicos que desaparecen gente.

-No seas tan pesimista. Somos gente de confianza, nos ha dicho el mero gobernador. Y ahora que está doña Margarita, ¿quién va a meterse con nosotros?

-Ellos mismos, menso. Que no te das cuenta que sabemos mucho -alzó la voz Ubaldo y volteó la cabeza a todos lados a ver si había sido escuchado.

-¿Y qué podemos hacer?, Ubaldo. ¿Adónde podemos ir? -cuchicheó Honorino, angustiado.

-Lo he pensando todo el día. Creo que tengo una salida para ti. ¿Te acuerdas de ese coronel Rascafría?, ¿el que acabó con Luciano y sus guerrillas? Bueno, ahora el cabrón es general, podemos conseguir su teléfono;

le pediremos a nombre del gobernador que, como estás en edad de servir, te enrole en el ejército. Rascafría debe recordarte muy bien.

-No, Ubaldo. Si nos descubren nos matan. -Ya estamos condenados, bruto. Además, ¿cómo se van a enterar si todo esto es un manicomio?

-No, Ubaldo. Nos matarán.

-Óyeme bien, chamaco. Si nos descubren yo asumiré toda la responsabilidad, así es que no te preocupes. Es más, eso lo vamos hacer hoy; y si abres la boca te parto el hocico.

-¿Y tú, cómo te las arreglarás? ¿No podrías conseguir un puesto de guarura con otro patrón?

-No, Honorino, ya me da asco esta chamba. Tengo otro plan que si resulta me va ir a todo dar.

-¿Cuál es?, ¿cuál es? No confías en mí, viejo cabrón.

-No soy viejo y para que veas que tampoco soy cabrón te lo contaré -dijo Ubaldo, tomándolo del hombro-. He oído que los socios del Club Náutico regalarán otro yate a doña Margarita pa' que se olvide lo de la explosión. Le voy a proponer a la doña ser su capitán. Ella sabe que cuida bien las embarcaciones. Hasta puedo trabajarlo llevando a turistas a pescar.

-La mera verdad, no creo que doña Margarita esté interesada en la lana. Y.. si no quiere, ¿qué vas hacer?

-También lo he pensado. Apenas se arregle tu asunto me engancho como tripulante en el primer barco que salga del puerto.

-Qué jodida vida -suspiró Honorino.

-No te quejes, chingao, hasta ahora has tenido mucha suerte. Hay gente que nace con estrella, y otra, estrellada.

-Yo no recuerdo haber pedido nada para Honorino. ¿Quién firma la carta? -preguntó el gobernador, mientras su vista recorría una mesa llena de papeles.

-El Jefe de la Guardia Presidencial -leyó su secretario.

-Ni modo, envíenlo por avión y agrádzcale la pronti-



tud de su respuesta. Este mundo no lo entiende nadie.  
Ah, ¿quién es el otro?  
-Un tal Baltazar Torres Torres. A ese no lo hemos  
localizado, debe trabajar en otra dependencia.  
-¡Encuéntrelo! ¡Encuéntrelo! Que Ubaldo lo ayude,  
ese negro de la chingada está enterado de todo.

Lo que más le gustaba de las reuniones anuales de gerentes era el lugar donde las celebraban, ese año fue en Pebble Beach, California. Antes de ser Presidente de Grupo disfrutaba el intercambio de chismes sobre defectos y estupideces de los jefes; ahora los gerentes eran muy corteses con él y medían sus palabras. Pero lo que siempre detestó fueron los discursos con frases como: «seguiremos líderes de la industria», cuando se sabía que los japoneses lanzarían un nuevo producto más barato y mejor, «nuestra estrategia es sólida», cuando se veía el deterioro de los resultados financieros, «nuestro más valioso activo son ustedes», antes de anunciarles que la compañía tenía que eliminar a miles de empleados incluyendo a algunos que estaban sentados ahí mismo.

Todavía más horrible que haber oído eso era ahora decirlo, aunque Frank se esforzara por ser el menos demagogo de la plana ejecutiva.

Había llegado un día antes para pulir su discurso, repetir en voz alta las veces que fueran necesarias aquellas frases en inglés que le costaban más trabajo y aprovechar la compañía de algún gerente, que también hubiera venido con antelación para jugar al golf. De la lista que le entregaron en recepción llamó primero a Efrén Mendieta, el simpático gerente que años atrás lo reemplazó en México.

-¿Siempre me darás cinco golpes de hándicap, boss?  
-preguntó el mexicano, con la entonación que Frank tanto echaba de menos. Él llamaba boss a cualquier ejecutivo de la casa principal.

-Efrén, eres el tiburón de siempre. Nunca fueron cinco, la última vez que jugamos te di dos y me ganaste hasta la camisa. ¿Puedes creer que no toco los palos de golf desde hace meses? No he tenido tiempo, y cuando he podido jugar el clima no lo permitió -se quejó Frank, tratando de recordar cuándo fue la última vez.

-De acuerdo, boss, jugaremos parejos. Tú me aconsejaste que no es bueno ganarle a los jefes. ¿Quiénes serán los otros?

-No te preocupes, buscaré un par de gringos para vengar la pérdida de California.

Al dirigirse al tee de práctica distinguió la recia figura de Efrén luciendo una chillona camisa verde.

-¿Te has enterado de algo más sobre Pipe? -preguntó Frank, después de agotar las largas cortesías mexicanas.

-No, boss. Como te dije, cuando llamaste del avión, corre el rumor que lo mató un guarura del Secretario de Gobernación llamado Honorino, ya me olvidé su apellido. El portero del edificio le dijo a tu ex chofer que ese Honorino era de Guerrero, de un pueblo por donde pasaba la antigua carretera a Acapulco. Quizá recuerdes el nombre: Ocotito o El Ocotito, creo.

-No, no me acuerdo. En mis tiempos manejaba lo más rápido posible yendo a Acapulco, decían que asaltaban a los turistas -Frank recordó a los que caminaban al costado de la carretera llevando listo el machete. La cara de pocos amigos quizá era una consecuencia de su miserable vida, pensó.

-Eso ya cambió, ahora es una zona tranquila. Guerrero ha cambiado mucho, ya no lo reconocerías. Su sierra es el secreto mejor guardado de México. He ido varias veces de caza y no te puedes imaginar la belleza, es un paraíso.

-¿Ah... sí ... ?

Frank se quedó pensando en lo interesante que sería saber algo sobre el asesino de Pipe y de paso conocer el paraíso del que Efrén hablaba con tanto entusiasmo.

-¿No será peligroso ir a Ocotito? Algún día me gustaría visitar la sierra.

-La región está tranquila, puedes ir cuando quieras, boss. Para mayor seguridad puedo conseguir la dirección de alguna agencia de detectives que te dé protección y arregle tu viaje.

-¡Magnífico! No te olvides, Efrén. Ahora vamos a quitarles unos cuantos dolaritos a los gringos. Jugaremos tú y yo contra ellos. He invitado a un par de peritas en dulce.

-¿Y nuestra apuesta?

-Ésa sigue. Nosotros contra ellos y yo contra ti.

-Estás hecho una fiera, boss.

El campo de golf de Pebble Beach era uno de los más espectaculares que había visto: pequeñas colinas, lagos, riachuelos y hermosos árboles, estaban asentados sobre la meseta que tenía por fondo el océano Pacífico. Frank jugó los primeros hoyos plétorico de optimismo. Después, cuando envió varias bolas al agua, cayó en todas las trampas de arena y lanzó sus proyectiles a los manicurados jardines vecinos, creyó que algún sadomasoquista había diseñado el campo y no le importó saber que el actor Bing Crosby invitaba allí a sus amigos ni que era parte del circuito de *masters* de golf. Viendo su abominable juego, se decía: ¿por qué carajo ando jugando golf? Tengo una mujercita que me quiere, unos hijos que me extrañan, dinero suficiente para no pensar en la seguridad social. Efectivamente, qué carajo hago yo aquí perdiendo bolas, amargándome la sangre y haciendo reír a estos desgraciados.

Los últimos hoyos bordeaban el acantilado. Desde una saliente miró abajo, muy abajo, y vio el pequeñísimo islote verde donde supuestamente tenía que caer su bola después de luchar contra fuertes vientos. Al ir perdiendo, le tocaba salir el último de los cuatro y eso produjo en Frank cierto alivio: podría aprender de las experiencias de sus compañeros, estimar la dirección y fuerza del viento, escoger el bastón adecuado y ver si el green era rápido. Animado por la ventaja de ir al final se arriesgó a proponerles:

-El que no llega con la primera bola es maricón y paga todas las apuestas.

Después de las risas, las protestas arreciaron. Pero el reto estaba hecho y fue aceptado. Era un par tres de

120 yardas. Los americanos se fueron al agua jugando con el hierro seis. En su turno Efrén utilizó un hierro cuatro y su bola también cayó al agua después de morder el green. Frank cogió la madera dos y todos reclamaron: «Así no vale», «qué cobarde», «trampa».

-Qué trampa ni qué nada. Cada uno puede jugar con el bastón que le da su real gana. Ésas son las reglas, ¿no?

La bola salió alta pero en buena dirección. Al comienzo parecía que iba a pasarse, sin embargo el viento la detuvo en el aire, estática. Al caer se vio obviamente que no entraría al green. Frank, rabioso, levantó el bastón para arrojarlo al precipicio pero su bola golpeó en un peñasco y rebotó hacia adelante llegando al islote y quedándose cerca de la bandera. Frank supo que a pesar de lo mal que jugó ese día, su honor estaba a salvo.

Durante las copas, que él insistió en pagar, cada jugador narró los innumerables casos en que el azar había cambiado el curso de las apuestas. Historias que contadas a alguien que no haya jugado al golf consideraría exageraciones de la imaginación, pero que ellos creían al pie de la letra.

Cuando los americanos partieron, Frank preguntó a su colaborador:

-Efrén, dime sinceramente: ¿crees en la suerte?

-Por supuesto. Todo es cuestión de suerte.

-Así que crees que un mexicano como tú y un peruano como yo hemos llegado a donde estamos por pura suerte, ¿eh?

Efrén dejó la piña colada y lo miró incrédulo:

-Con todo respeto, boss, ¿no te parece que es un tema muy complejo para hablarlo en un bar?

-Tienes razón, sería una típica discusión de borrachos. Realmente no quería hablar de nosotros sino de Pipe Somocurcio. Tú que trabajaste con él ¿no crees que ese mariconcito tuvo la suerte de nacer guapo e inteligente, de tener un padre que le dio una esmerada educación y una mujer bonita que lo apoyó, y él tonto desperdió eso de la forma más absurda? Es decir,

tiró por la borda toda la suerte posible.

-¿Pipe te contó alguna vez la historia del lancharo acapulqueño?

-Se la contó a todo el mundo. Pero eso está bien para un lancharo, no para un joven moderno que necesita triunfar. Triunfar como tú.

-¿Tú crees que he triunfado porque juego al golf en Pebble Beach?

-No precisamente, pero digamos que jugar en este exclusivo club es algo que no está al alcance de todos. Solamente los hombres con éxito pueden hacerlo. Es un símbolo de triunfo, de refinamiento, de clase.

-Qué mejor refinamiento, y clase que las camisas de popelina de Pipe, sus colonias, los zapatos de cocodrilo, sus mancuernas de oro. ¿Ya no te acuerdas cómo se vestía? ¿Y sus corbatas?

-¿Qué te parece otra piña colada? -sugirió Frank al no saber qué responder. Él recordaba nítidamente la elegancia de Pipe, más de una vez se quedó con las ganas de pedirle consejos.

-¿De dónde sacaría dinero para vestirse así? -continuó Frank, como si hablara consigo mismo.

-Creo que hay una sencilla respuesta: no tenía otra cosa en qué gastar. Anne-Sophie no ha debido ser una carga, ella siempre hacía pequeños negocios; vivían en casa de su padre y no tenían hijos. Así cualquiera podía darse pequeños lujos.

Frank encontraba que el mexicano tenía razón, pero los mexicanos siempre tienen explicación para todo, se dijo, aunque no sepan de qué están hablando.

-O sea que según tú, Pipe estaba contento con lo que ganaba y por eso rechazó nuestras ofertas de la compañía -preguntó Frank, con gesto displicente.

-Nunca pude saber lo que pensaba -respondió el mexicano- Quizá se fue de Mediplast porque le horrorizaba entrar en la *rat race* y tener que vivir angustiado por triunfar. Tienes que admitir, boss, que a veces se necesita valor para decir no.

-Putra madre, Efrén, qué valor ni qué cuentos, por falta de huevos Pipe desperdició una brillante carrera.

-No quiero darte la contra, boss, pero me pregunto si no hubiera sido para él más fácil decir sí a su padre, a su mujer, a ti o a mí. Tú no has pensado que quizá quería vivir a su aire y no al de nosotros.

-Y, ¿Cuál era el aire que quería? ¿El de un vago?

-¿No trabajamos para lograr ser vagos algún día?

Frank se quedó pensando, preocupado. Antes de responder saboreó su piña colada.

-Me has dejado con la boca abierta. Te oigo hablar de él con admiración, sin embargo tú, que eres tan joven, has escogido otro rumbo. Un rumbo normal, un rumbo como el mío.

-Ojalá que tenga tanta suerte -el ejecutivo mexicano echó su cabeza atrás al oír su última palabra, y añadió:- dije ¿suerte?

Después de mirarse sorprendidos ambos rieron largamente.

La esbelta camarera trajo las piñas coladas decoradas con miniaturas de parasoles chinos. Los dos la escudriñaron de pies a cabeza sin decir una palabra, ella les sonrió como diciendo este cuerpo es sólo para que lo miren. Pasada la tensión de tener algo tan bonito al alcance de las manos, Frank retomó la conversación:

-Tengo algo que confesarte, querido Efrén: la actitud de Pipe siempre fue para mí una gran tentación...

-Frank extendió su mirada hacia el campo de golf, más allá el Pacífico y unos yates con todo el velamen desplegado. El sol comenzaba a descender-. Tomemos una copa más y luego te invito a cenar.

-¿No tenías que revisar tu speech, boss?

-Tenía, es cierto, pero esta noche prefiero vagar.

Vamos a Carmel a ver gente joven y guapa.

16

141



Al salir del hotel tomó un taxi para que lo llevase al Hospital de Cardiología.

-Ese hospital es el mejor del mundo. ¿Es usted médico? -preguntó el taxista, mirándolo por el espejo retrovisor.

-No -respondió él, secamente. Era prematuro someterse a un interrogatorio.

-¿Va a visitar a alguien? Lo digo porque las visitas son hasta las ocho de la noche y no sé si llegaremos a tiempo. En el periférico iremos a vuelta de rueda.

-No importa.

-Oiga, señor, no es que me quiera meter en sus asuntos, pero soy un taxista con mucha experiencia. A mí me ha pasado de todo. ¿No estará usted enfermo, verdad? Porque si es urgente lo llevo a un hospital más cercano.

Él no hizo ningún comentario

-Disculpe, señor. Sé que no debo meterme en sus asuntos. Sólo quería ser útil.

-No se preocupe -reaccionó él-. Le agradezco su intención. Lo cierto es que no voy exactamente al Hospital de Cardiología, sino a un taller de automóviles que debe estar frente a ese hospital.

-Pos me hubiera dicho eso, jefe. Usted va a *Cardiopatías*.

-No, hombre, voy a un taller que espero esté frente al Hospital de Cardiología -repitió el pasajero.

-Pos así se llama el taller, jefe, *Cardiopatías*.

Él dio una larga carcajada que alegró al chofer.

-Jefe, ¿sabe cómo se llama la taquería que está al costado de *Cardiopatías*?

-¿La taquería? Ni idea -respondió él, todavía riéndose.

-Pos, *La taquicardia*, jefe.

La carcajada le hizo brotar lágrimas de los ojos. Las ocurrencias de los chilangos era algo que había echado de menos.

-Oiga, jefe, si busca refacciones de auto, yo puedo enseñarle un lugar más barato. También tienen de todo: nacionales y de fayuca. Sin compromiso, jefeci-

to. Usted va y si no le gusta, nos retachamos y lo llevo a *Cardiopatías*.

-Gracias, pero no pienso comprar refacciones. -Bueno, si quiere un auto, conozco un sitio requetebarato, jefe, autos de importación.

-Y desde cuándo permiten importar automóviles en México.

-No está permitido, son chuecos pero salen con placas y tarjeta de propiedad a su nombre. Sin riesgo, jefe.

-¿Usted cree que los autos de *Cardiopatías* corren el riesgo de que la policía los confisque? -preguntó él, interesado en saber a qué negocio se dedicaba el sobrino de Ubaldo.

-Pos claro que no, jefe. Todos los talleres pagan mordida, sino sus dueños ya estarían en el bote. Lo que pasa es que en *Cardiopatías* los venden más caros. Vale la pena darse una vueltecita por otros lados antes de comprar. ¿Quiere que lo lleve, jefe? Lo hago porque usted me cae bien. Se le ve buena persona.

-Gracias, pero resulta que voy a *Cardiopatías* a buscar a un amigo -dijo él, contento de saber la clase de negocio que iba a visitar.

Pidió que lo dejara en la puerta del hospital. Quería apreciar a cierta distancia el sitio a donde iba a entrar. Cruzando la avenida se veía el luminoso letrero de *Cardiopatías*. Avisos de llantas y lubricantes decoraban las paredes. Algunos vehículos estacionados en doble fila bloqueaban la entrada, otros estaban subidos sobre las aceras vecinas. La taquería no se distinguía bien desde el hospital, debía ser aquella iluminación detrás de los camiones.

Acercándose, vio grupos de gente que se arremolinaban junto a los autos. Pasada la primera barrera, tuvo que vadear fierros, cajas de cartón, herramientas e imponentes manchas de aceite negro. Las caras de los trabajadores eran del mismo color.

-Buenas noches, ¿está el señor Baltazar Torres Torres?

-¿Quién ... ?

-El señor Baltazar Torres Torres.

-¿Baltazar? Ah... Sí, sí creo que está. Por favor pase atrás, cruce el estacionamiento y verá otras oficinas. Pregunte por «Iguana» Torres.

En ese lugar le señalaron a un hombre joven, espigado, de baja estatura, que estaba frente a los autos tomando notas en una libreta.

-¿Es usted el señor Baltazar Torres?

El joven levantó la cabeza. Efectivamente se parecía a una iguana, más bien a una lagartija, pensó el visitante. Tenía color cetrino. Los ojos, pequeños y achinados, estaban muy juntos, casi no tenía cejas; una fina línea de labios atravesaba su cara de lado a lado; apenas si podía distinguirse el mentón. En conjunto se veía exótico y frío. Su calvicie era prematura para los treinta años que le calculó.

-Viene en un momento oportuno, acabamos de recibir un nuevo lote de automóviles. Este *Le Baron*, por ejemplo, no tiene ni tres mil kilómetros, está full equipado. Es americano por supuesto.

-Vengo de parte de su tío Ubaldo -aclaró él. -Ah, qué tío este -suspiró «Iguana» Torres-. Usted es el tercer religioso que me envía este año.

-¿Tengo cara de religioso? -sonrió él.

-La mera verdad, no. Entonces dígame, en qué puedo servirlo -le contestó muy serio.

La juventud de «Iguana» Torres, su empaque, la moderna ropa que vestía, sus gruesas cadenas de oro sobre el cuello y la muñeca, intimidaron al visitante.

-Bueno, he estado en Acapulco con su tío, el hermano Ubaldo y... -comenzó diciendo mientras su mente buscaba una solución-, bueno, la pasamos de maravilla. Su tío es una buena persona. Un poquito excéntrico, pero un poco de fe no hace daño a nadie.

«Iguana» Torres lo miraba con un forzado respeto que parecía no iba a durar mucho.

-Creo que es mejor que vaya de frente al grano

-decidió confesar él-, se ve que usted es una persona

lista y comprenderá. Sé por su tío que usted era amigo de Honorino Magaña. ¿Usted estará enterado del cargo que le imputan?

-Sí -respondió imperturbable.

-¿Usted cree que es cierto?, ¿qué razón habría tenido para matar a un peruano tan pacífico, como era el señor Somocurcio?

-Amigo, la suerte es poderosa -declaró «Iguana» Torres, volviendo a escribir en la libreta.

-La suerte es poderosa -repitió él, en voz baja. ¿Qué autor dijo eso?

-Dijo, qué -respondió «Iguana» Torres, sin levantar la cabeza.

-La suerte es poderosa. Es un gran pensamiento.

-Eso lo dice Durán, el jefe de la policía -contestó «Iguana» Torres, cerrando su libreta. Y, mirando al visitante, preguntó:- ¿qué relación tenía usted con el muerto?

-Era mi paisano.

-¡A poco!, si usted no tiene acento peruano -le dijo, escudriñándole con sus incisivos ojos.

-Se me pegó el acento mexicano cuando trabajé aquí, con Pipe Somocurcio. Ahora vivo en Estados Unidos, he venido de vacaciones.

Los ojos de «Iguana» Torres seguían examinándolo.

-Aquí tiene mi tarjeta, puede llamar por teléfono y comprobar quien soy.

«Iguana» Torres leyó en voz alta:

-Frank Rosales, Group President, Mediplast -agregando incrédulo- ¿y a usted le interesa la vida de Honorino?

-Mi interés es largo de explicar, digamos que quise hacer algo diferente estas vacaciones y fui a conocer la sierra de Guerrero. En Ocotito me informaron que Filemón era el padrino de Honorino, entonces subí a Chichihualco para hablar con él. Resulta que me quedé picado, como dicen aquí, con la historia que contó. Mire esto -dijo Frank, mostrándole su cuaderno verde. Éstas son las hojas donde tengo anotadas las conver-

saciones con Filemón y en esta parte está lo que dijo su tío Ubaldo. Le puedo leer algunos párrafos, si desea.

-No, señor Rosales, no es necesario. Aun siendo eso cierto y creyendo que usted sea el que dice, yo no puedo ayudarlo. Primero, porque realmente no sé si Honorino mató a su paisano y segundo porque robó mi auto para fugarse. Todo el mundo cree que yo facilité la huida. Ya he estado tres veces en los separos de la Judicial y me ha costado un chingo salir de allí. Lo siento, pero no puedo.

Para asegurarse de que la conversación había terminado, añadió:- ¿Tiene cómo regresar a su hotel?

Frank se dio cuenta que su aventura de forastero había llegado a su fin. Lo único que «Iguana» Torres tenía de folklórico y romántico era el apodo.

-Estoy en el Camino Real. Creo que podré conseguir un taxi en el hospital. Le agradezco de todos modos su franqueza -terminó diciendo Frank, al darle fría-mente la mano.

-Híjole, señor Rosales, me da pena que usted se vaya así, pero ni modo. Honorino era mi cuatacho y ya ve el lío en que me ha metido el muy canijo.

Frank notó que «Iguana» Torres empezaba a mostrar ciertos indicios de simpatía por el caso.

-Oiga, «Iguana», no tendrá usted un tiempito para que me cuente, no lo del asesinato o accidente o como usted quiera llamarlo, sino de la época en que Honorino y usted vinieron al Distrito Federal.

-Ándele, ándele, eso sí podría hacerlo. Mire, ahora tengo que acabar con esto. Si usted quiere lo llevo a su hotel, espéreme tantito en *La taquicardia*. ¿Le gustan los tacos?

-Muchísimo -respondió Frank, feliz de haber encontrado el hilo perdido.

-Pídase unos de chorizo. Son los mejores de México.

La conversación durante el trayecto al hotel resultó animada pero no pudo continuar porque «Iguana» To-

res debía entregar esa misma noche un auto al hijo de un senador. Frank quedó en llamarlo al día siguiente para ver si podían comer juntos y continuar la charla. En su cuarto, al abrir su cuaderno verde vio restos de chorizo en sus páginas. Con delicadeza los cogió de uno en uno y se los puso en la boca. Mientras se disponía a escribir notó que algo del sabor había sobrevivido...

... «Iguana» estaba, como todos los días, observando si algún turista dejaba paquetes en el automóvil. La Costera comenzaba a animarse y él tenía la suficiente paciencia como para darse cuenta de que no debía actuar a la primera oportunidad. Era mejor esperar alguna cámara fotográfica o vídeo, entonces, en cuestión de segundos, sacaba por el cuello de su camisa una larga hoja de sierra y la introducía pegada a la ventana del auto. Un jalón y listo. El paquete o aparato lo metía en una bolsa de plástico de supermercado y salía caminando con toda tranquilidad, desapareciendo por las calles interiores.

Lo primero que sintió, al intentar entrar en el auto de su primera víctima, fue una bofetada en la nuca. Al rodar por el suelo recibió la patada de Ubaldo en pleno estómago.

-Ni te quejes porque ésta es la última vez que te cogere robando. Levántate para que vayas a despedirte de tu madre. Mañana partes de voluntario al ejército.

En efecto, al día siguiente lo llevaron al aeropuerto. Muchos *dorados*, salvo su tío Ubaldo, que decían había sufrido un pequeño percance, fueron a despedir a Honorino. «Iguana» lo había visto muchas veces pero siempre había preferido mantenerse alejado de él. Los *dorados* eran temidos y odiados por todos los acapulqueños, muchas historias de crimen y venganza caían sobre ellos. Honorino tenía fama de ser el más

cruel y sádico de todos, había atormentado al famoso guerrillero Luciano cortándole primero sus genitales y después, los dedos, manos, orejas, lengua y nariz. Antes de que muriese le arrancó el corazón Y bebió su sangre. Eso lo sabían todos en Acapulco.

El joven *dorado* le llevaba una cabeza y muchos kilos. Iba con traje y corbata, su maleta era grande y nueva. Ubaldo, en camisa, tenía todo en su mochila. Casi no hablaron en la sala de espera, pero una vez en el aire «Iguana» le preguntó:

-¿No estás nervioso?

-No.

-Pos yo sí. ¿No tienes miedo de entrar en el ejército?

-No, al contrario, creo que tenemos mucha suerte

-respondió el archí asesino, mirando por la ventana. Abajo estaba la sierra de Guerrero, su tierra. Por ahí andaría Lupita dando de comer a las gallinas o yendo a buscar agua al río.

-Dime, Honorino, a cuántos hombres has matado en tu vida.

-¿Yo?, a ninguno -contestó él, tratando de reconocer alguna de las montañas que pasaban por abajo.

«Iguana» se quedó admirado del cinismo de Honorino y pensó: si me hago amigo de este chamaco nadie podrá hacerme daño.

Frank tenía que estar ese día de regreso. Todos se lo habían recordado. La comisión dirigida por Ray fue la encargada de preparar la sorpresa de cumpleaños» de la que hasta el propio Jack estaba enterado. Cumpliría sesenta y cuatro años, cincuenta de ellos traba-

jando para Mediplast. Comenzó de mensajero para terminar siendo, en la última década, el mandamás del conglomerado de empresas que Frank y Ray dirigían. Jack era un ejemplo viviente del american dream.

Al salir del ascensor, Frank notó que las faldas de las chicas se habían acortado y los colores subido. Atravesó las oficinas incitado por penetrantes perfumes. Parecía que festejaban un fin de año o que presentían que algo palpitante, especial, diferente, ocurriría. Eso era Nueva York, su gente se excitaba a la menor provocación, y eso era lo que fascinaba a Frank a pesar de que, por su trabajo, había disfrutado muy poco de *the Big Apple*.

-Lo único que tienes que hacer es dirigirte al micrófono cuando Ray te anuncie, luego, miras a la cámara y nos invitas a cantar el *happy birthday*. Apenas cantes un poco, nosotros te seguiremos -explicó Mary Jo, una vibrante italoneoyorquina que todavía mantenía fresca su lozanía-. Todo el resto estará a cargo de Ray, incluyendo el discurso en nombre de los empleados.

No podía ser de otra manera, pensó Frank, este enano es el más trepador de su especie. Ray había preparado cada detalle del agasajo: a las cuatro de la tarde los ejecutivos irían a la sala principal de conferencias y el resto de empleados a otras áreas que fueron acondicionadas para ver por circuito cerrado la ceremonia del cumpleaños. Después del ritual servirían champaña y dejarían un bar abierto que sería acompañado con un impresionante buffet en el que no faltaría langostas y otras exquisiteces. En el buffet principal incluirían caviar iraní y vodka frío. Se esperaba que Jack, luego de brindar con su equipo, pasase a recorrer los otros salones, decorados con globos y pancartas alusivas, para recibir el saludo de gente que apenas conocía. Se había contratado, además, a un cuarteto de cuerda para amenizar la tarde.

No era el despilfarro de ese pequeño carnaval lo que hizo que Frank estuviese a punto de estallar de rabia.



Vio tras de todo la ambición del enano de Ray por quedar bien con Jack y a la vez aparentar ante la empresa ser su heredero.

-Mary Jo, me sentiré ridículo cantando el *happy birthday*. Que lo haga también Ray.

-Estás celoso, ¿verdad? -lo retó la neoyorquina, levantando las cejas y echándole una pícaro mirada.

La mujercita era rápida, lista y encantadora, Frank supo que sería difícil torearla.

-¿Celoso, yo? Tú, como secretaria de Jack, sabrás si tengo motivos.

Mary Jo contestó con una risa encantadora. Él se iluminó, era la misma chica con la que hizo el amor hacía quince años.

-Entonces sí sabes, ¿verdad? -insistió Frank.

-Y si supiera, ¿crees que te lo diría? -protestó Mary Jo, guiñándole coquetamente-. Por favor, acepta cantar. Es la tarea más difícil que la comisión me ha dado. ¿Lo harás por mí?

-De acuerdo, Mary Jo, lo haré por ti -se rindió Frank, sabiendo que iba a arrepentirse apenas saliera ella de su oficina-. No puedo negarte un favor.

-Gracias, Frank, muchas gracias. Las chicas apostaron que no lo lograría -respondió Mary Jo al salir.

El movimiento de sus caderas se quedó un buen tiempo en la retina de Frank.

Estuvo inquieto el resto del día. Observaba que las empleadas parecían otras, las piernas se les habían alargado, su actitud era más desenvuelta, las risas más estruendosas y, sobre todo, tenían una manera sexy de caminar a la que posiblemente contribuían los tacones altos que llevaban. El espíritu de Frank se elevaba. Pero al recordar que debía iniciar el *happy birthday*, sentía escalofríos por la espalda.

Reunidos con una expectación propia de mejores causas, los empleados de Mediplast estuvieron en los salones asignados a las cuatro en punto. Ray estaba

exultante, repartía sonrisas como candidato electoral en plena campaña. Frank, dominando su enfado, observaba disimuladamente a las chicas mientras escuchaba la voz de los ejecutivos que lo rodeaban.

A la hora que Jack debía salir de su oficina, no lo hizo. Fue Mary Jo la que desde la puerta llamó a Ray y Frank. El respetable vientre había ido a un examen médico de rutina que, según la secretaria, se demoraría un poco más de lo provisto. Luego de intercambiar opiniones, decidieron que Ray anunciase el retraso.

Al pasar los minutos las voces de los empleados se fueron apagando y las sonrisas desapareciendo. Eran cerca de las cinco cuando Frank, Ray y Mary Jo volvieron a reunirse. Jack, todavía no había salido del médico. Ray sugirió esperarlo. Frank estuvo de acuerdo siempre que el bar se abriera, sirviesen el buffet y el cuarteto empezase a tocar.

-Eso sería una descortesía -protestó Ray, enojado. - Mira, a esta hora los empleados deberían irse a sus casas. Si no hacemos algo inmediato, desaparecerán.

-No estoy de acuerdo -levantó la voz Ray, agitando su dedo índice.

-¡Bah ... !, yo asumo la responsabilidad -dijo Frank, dirigiéndose al micrófono.

El anuncio causó una estampida a los bares. Minutos después el entusiasmo reaparecía, volvieron las caras de fiesta, los corrillos y las carcajadas. Ray, al mirarlos, repetía «qué vergüenza», «qué vergüenza».

-No te preocupes, Ray, todo va a quedar bien -lo consoló Frank, ofreciéndole un vaso de whisky que él rechazó en forma descortés.

La insolencia hizo que Frank levantara el vaso para arrojárselo en la cara.

-Creo que soy yo la que lo necesito -intervino Mary Jo y cogió el vaso-. Brindemos por... bueno, brindemos por Jack.

-Qué vergüenza -respondió Ray y se marchó a su oficina.

-¡Maleducado! -exclamó ella. Y añadió como si estu-

viese hablando para sus adentros-: gracias a Dios que cambiaré de puesto.

Él hizo como si no hubiese oído nada y brindó con ella mientras su mente especulaba la espontánea y reveladora confesión: Mary Jo dejaría de ser la secretaria de Jack por algo, ese único algo tendría que ser porque el respetable vientre se jubilaría. Ser secretaria del Presidente del Directorio era lo que todas las chicas aspiraban y Mary Jo lo había logrado. Sin embargo, ella sabía que sus privilegios terminarían una vez que el respetable vientre estuviese fuera. Y si el enano lo sustituía, hasta su puesto estaría en peligro. Acomodarse en un nuevo trabajo, mientras Jack reinara, le aseguraba su permanencia en la empresa.

-Creo que Jack va encontrar un gran ambiente -comentó Frank, por decir algo.

-Sí, gracias a ti -le sonrió Mary Jo. Y acercándose añadió-: ¿Sabes?, Frank, deberías pasar más tiempo en la oficina.

-Los negocios están fuera de ella, Mary Jo. Cuando estoy aquí siento que holgazaneo.

-Eres de lo mejor, Frank. No te olvides de mí.

A Frank le sonó como otro bombazo.

-¿A que viene eso, Mary Jo? ¿Te sientes bien?

-Estoy perfecta. Dime, ¿qué vas hacer más tarde?

-Nada en especial. ¿Por qué?

-¿Te puedo proponer algo?

-Mary Jo, ten cuidado. No quiero meterme en líos. -

¡Meterme en líos! -repitió ella-. Hace tiempo que los latinos han perdido su arrojo. Me haces recordar al paisano tuyo que enviaste para entrenamiento. ¿Cómo se llamaba? ¿Pepe? ¿Papi?

-Posiblemente te refieres a Pipe. Pipe Somocurcio. - Sí, sí. Pipe. Él también era muy cauteloso. -¿Lo llegaste a conocer?

-¿Conocer .. ? ¡Y cómo!

-Nunca me lo contaste.

-En ese tiempo ya no me hacías caso -le recriminó ella, sonriendo.

La neoyorquina y Pipe, ¿eh..? ¡Qué historia! El único

que no corre ni vuela soy yo, pensó Frank.

-Muchas cosas han cambiado en Estados Unidos desde esa época -sentenció él, nostálgico-. Ahora los ejecutivos andamos atemorizados. Tú sabes a lo que me refiero.

-¿Al acoso sexual? Vas muy lejos, Frank. Lo único que te propongo es tomar una copa juntos -susurró ella, bajando los ojos con fingida timidez.

Un movimiento de gente se notó en la puerta de la sala. Jack había llegado.

-Te espero en Luigi's, el de la segunda avenida. ¿Lo recuerdas? -lo urgió Mary Jo hablando más rápido que de costumbre.

Frank asintió porque recordaba el sitio, no porque esperase ir.

-Bien, digamos una hora después que Jack se vaya. No me dejes plantada -le advirtió ella, dejándolo con la palabra en la boca.

Él recordó cuando Mary Jo trabajaba en el departamento de personal ayudando a los empleados visitantes en sus reservas y transporte. En un par de ocasiones habían ido al teatro juntos y luego de visitar algunos bares terminaron la noche en el departamento de ella. «Ah, qué buenos tiempos ... », suspiró Frank, antes de unirse a las felicitaciones que le daban al respetable vientre.

La fiesta resultó agradable. Ray condujo la ceremonia en forma amena y simpática, sus palabras en nombre de los empleados fueron apropiadas. Frank no encontró objeciones, hasta su propio *happy birthday* fue menos incómodo de lo que esperaba. Jack, por su parte, fue parco como siempre y no mostró mucho ánimo. El solo momento en que le brillaron sus ojitos fue cuando recibió un juego de té, en plata, de la época victoriana. Antigüedad comprada en Christie's, a un precio del que Frank prefirió no enterarse.

Una hora después de que Jack dejase la oficina, Frank estaba pidiendo un dry martini con cáscara de limón en la barra de Luigi's. Hacía muchos años que Mary

Jo lo había invitado a ese discreto bar al este de Manhattan. Ella no ha cambiado mucho, pensó Frank, pero yo... con las canas que insisten en aparecer, mis gafas para pagar las cuentas y leer el menú y el rollito que sigue creciendo a pesar de que me rompo el alma corriendo todos los días, yo sí he cambiado.

Mary Jo entró saludando a medio mundo. Parecía la dueña del local. Se acercó contenta de verlo en la barra y le dio un beso en la mejilla.

-Temía que no vinieras -dijo al acariciar su chaqueta con la mano. Y dirigiéndose al barman-: Hola Joe, sírve me lo de siempre.

-Se ve que continúas fiel al Luigi's. ¿Sigues viviendo cerca? -le preguntó Frank.

-Creo que te precipitas, Frank -le reconvino ella, separándose unos milímetros.

-No, no. No era ninguna insinuación Mary Jo. Disculpa -dijo Frank, sin encontrar las palabras para aclarar la situación.

-No tienes de qué disculparte, querido -dijo ella, recuperando el mínimo espacio perdido-. Ven, vamos

a sentarnos en ese lado. Ahí hablaremos más tranquilos.

Frank se sintió incómodo al no poder tomar la iniciativa en la conversación. La perspicacia de ella, su desenvoltura y picardía le impedían expresarse con naturalidad.

-Este lugar no ha cambiado -dijo él como si recitara el catecismo.

-El sitio no, pero tú sí desde la vez en que te conocí -atacó ella, a tiempo que pretendía estirar su minifalda.

-Mientras te esperaba estaba pensando justo en eso. Canoso, algo gordito.

-No me refiero a lo físico.

-Ah... ¿crees que se me han subido los humos desde que soy Presidente de Grupo, verdad?

-Absolutamente no. Sigues muy sencillo. Es otra

cosa, no sé cómo explicártelo. Tratas a todo el mundo con mucha educación, pero ya no eres tan coqueto ni pícaro como cuando venías de visita.

-Estas mujeres son increíbles. Si uno es coqueto lo acusan de acoso sexual, y si no lo es, le dicen que es soso o huraño. ¿Crees que no miro a las chicas de la oficina? Lo hago y mucho, pero no quiero acabar como Steve. Supongo que habrás leído las cartas de las chicas.

-No sólo las leí. Las escribí.

-¿Tú? No lo puedo creer. Me das miedo.

-El cerdo de Steve era un sesentón, grosero y abusivo. Ya estábamos hartas de sus insinuaciones. Una cosa es tener puesta la luz verde a las tentaciones y otra es acosar a lo bestia. Tú, Frank, parece que rehuyes las miradas de las chicas.

-Sólo las miradas de las mujeres de la oficina. Es que lo tengo bien claro -afirmó Frank, recobrando suficiente confianza para darle una explicación que pudiese a la vez orden a sus propias ideas-: mi generación no ha podido disfrutar la liberación femenina. Cuando éramos jovencitos vivíamos reprimidos por

una sociedad mojigata. Además no había píldora y los condones se compraban como si fuera un delito hacerlo. Cuando salió la píldora ya estábamos casados con hijos pequeños. Nos moríamos de envidia por aquellos, menores que nosotros, que llegaban en la madrugada a casa de sus padres con ojeras de luna de miel. Fue la época de los hippies, de Woodstock, de la rebelión de los universitarios. Nosotros, en cambio, teníamos nuestro primer trabajo, nuestro primer ascenso, nuestra primera hipoteca. Años después, cuando crecimos en la empresa y nos divorciamos de nuestras esposas, salimos a la calle como locos y nos encontramos que el sida se contagiaba con condón o sin él. Sí, no te rías, estudios clínicos han demostrado que un beso profundo es suficiente para convertirte en una piltrafa humana en pocos años. Las precauciones que recomiendan para un sexo seguro son tantas que mejor

uno se aguanta o busca algo fijo, aunque esto significa casarse nuevamente.

Frank hizo una pausa antes de continuar pero al ver que ella se preparaba a replicarle, prosiguió:

-No he terminado, Mary Jo. No sólo es insinuarse, ya ni siquiera se permite flirtear, ni tan siquiera decir una galantería. Por una insignificancia te acusan de ,acoso sexual y después te ves metido en un gran lío. Puta madre, nuestra generación se ha perdido lo mejor de este siglo. ¿Entendiste, Mary Jo? ¿Te das cuenta por qué no me atrevo a contestar las insinuaciones de las chicas?

-Frank, eres más inocente que un bebé. Serás un ejecutivo maravilloso, pero no sabes cómo funcionan las cosas.

-¿Ah, sí?, pues dímelas.

-¿Crees que somos la única pareja de la compañía que se ha ido de copas?

-Es muy posible.

-Querido Frank estás realmente pasado de moda. Si fuéramos por los bares de *down town*, te sorprendería cuánta gente de Mediplast encontraríamos. En este momento estarán en el *Internacional* de Broadway varias parejitas fumando la *Acapulco gold* o esnifando cocaína de tu tierra antes de acostarse.

-¿Entonces, eso del acoso sexual?

-Eso funciona para los excesos o las venganzas. Creo que te haces el tonto, como se hacía Pipe - lo regañó Mary Jo, poniendo cara de enojo.

Frank se dio por vencido, esa neoyorkina, divorciada dos veces y más recorrida que el ferry a Staten Island, sabía de lo que hablaba. Él se había dejado influir por los medios de comunicación y por las habladurías de gente también pasada de moda. por los medios de comunicación y por las habladurías de gente también pasada de moda. ¡Putá madre!, ¡cuántos años perdidos!, pensó. Solamente yo he creído que existían nuevas reglas de juego.

-Mary Jo, compremos una botella de Don Perignon y subamos a tu departamento.

-No lo puedo creer -respondió ella, mirándolo extrañamente.

-No puedes creer, ¿qué?

-Has tenido la misma reacción que tuvo Pipe el día que nos acostamos.

-¡Carajo, esto es lo último que faltaba! Ahora resulta que me parezco a ese timorato -se quejó Frank, moviendo la cabeza de un lado al otro.

-Por supuesto que Pipe era muy diferente. Él era bello como un bailarín de ballet y educado como un lord.

-De esos hay por montones.

-Estás bromeando, ¿verdad? No sólo no hay hombres guapos, no hay hombres, punto: o son maricones, o desganados sexuales, o fanáticos del trabajo, o adictos al matrimonio. Hay que tener suerte para encontrar a alguien que quiera acostarse con una; por eso cuando vi a Pipe por primera vez, dije: a éste me lo tiro.

Frank escuchaba pasmado de su propia ignorancia. Mar-y Jo le estaba curando su miopía. La vida a finales del siglo veinte era otra cosa.

-Pipe parecía no darse cuenta de mis insinuaciones -continuó la neoyorkina-. Después de una semana de intentos, cuando mi dignidad estaba herida y ya no aguantaba más, Pipe pronunció tus mismas palabras. Bueno, para ser precisa: paseando una tarde le conté que en Manhattan cuando se quería saber si la chica quería acostarse con uno, bastaba con preguntarle. Que ella no se escandalizaría, a lo sumo diría no, pero quedaría halagada de todos modos. Pipe, sorprendido, dijo: ¿es verdad? Al confirmarlo, se puso contento, entró en una tienda de licores, compró una botella de champaña y preguntó si podíamos beberla en mi departamento. Qué coincidencia, ¿verdad?

Para coger el reloj de la mesa de noche, Frank pasó el brazo por encima del cálido pecho de Mar-y Jo; ella se lo besó tiernamente. Eran cerca de las dos de la mañana.

-¿Ya te vas? -preguntó la neoyorkina, ajustándolo con



las piernas.

-No, sólo quería saber la hora.

--Frank, antes de que me olvide, creo que el directorio va a pedirte que des por terminado el proyecto de protozoarios.

-Prefiero hablar de otras cosas.

-¿No te interesa saber que el enano, como tú llamas a Ray, está serruchándote el piso?

-Eso por ahora no es importante, tampoco si ganan los republicanos o los demócratas, o si Gorbachov, o la Thatcher, o si Israel o el OLP, o si el Sendero Luminoso o el APRA. Ahora prefiero que me cuentes lo que verdaderamente pasa en el mundo. Necesito ponerme al día.

-¡Qué curioso!, creo recordar que después de hacer el amor Pipe me pidió lo mismo.

¡Compararme a Pipe! ¡Es el colmo!, murmuró Frank, mientras abría sigilosamente la puerta de su casa.

Abrió los ojos. Vio la superficie de la mesa, el cuaderno verde y más allá su cama intacta. Un dolor terrible en el cuello le impidió enderezarse. Al mover la cabeza de un lado al otro sintió que la rigidez se extendía a la espalda. Con temor, estiró el torso y respiró profundamente. De pronto tomó conciencia de

que las cervezas que bebió en *La taquicardia* no admitían demora, tenía que ir rápido al baño. Aliviado, regresó y se dio cuenta de que todavía no había deshecho su maleta ni terminado de escribir lo que «Iguana» Torres contó mientras lo traía al hotel.

No era que hubiese hablado mucho de Honorino, era que Frank había podido intuir las lagunas del relato. El sopor que da la altura de la Ciudad de México lo venció, tomó un par de aspirinas y se metió a la cama. Mañana, antes de llamar a «Iguana», terminaré de escribir, pensó al apagar la luz...

.. Mientras esperaban el equipaje se les acercó un sargento del ejército.

-Soy el chofer del general Rascafría. Tú debes ser Honorino Magaña, eres más alto de lo que creía. Y tú debes ser el otro -dijo casi sin mirar a «Iguana».

Los debía llevar al cuartel de Los Pinos, adyacente a la residencia del Presidente. El general Rascafría ordenó incorporarlos en la Guardia Presidencial.

-¿Es muy dura la vida en el cuartel? -preguntó «Iguana».

El chofer lo ignoró y palmeando a Honorino le dijo: - Tu machete, está en el Museo del Ejército. El general Rascafría lo donó.

Honorino se quedó intrigado, pero las escasas dudas que tuvo «Iguana» sobre el instinto violento y criminal de Honorino, desaparecieron para siempre.

-Algún día me contarás cómo mataste a Luciano. ¡Y eras todavía un chavo! ¡Qué bárbaro! -exclamó el chofer. Honorino hizo una mueca de sonrisa e «Iguana» presintió que sería invulnerable en el cuartel si obtenía la amistad de su compañero de viaje.

El piso del hall de Los Pinos era tan brillante o más que la sala del gobernador Figuerola. De las paredes colgaban varias banderas y cuadros de batallas. Al entrar en un despacho fueron recibidos por un capitán que tenía algunos formularios en la mano:

-Bienvenidos al batallón de la Guardia Presidencial, tomen asiento -y dándoles una rápida mirada se dirigió a Honorino:- ¿Cuánto tiempo sirvió al gobernador-Figuerola?

-Casi cinco años, mi capitán.

-Bien -asintió al comprobarlo en el formulario-. Ha terminado la secundaria, no tiene antecedentes policiales ni penales. Todo parece en orden. ¿Eras *dorado* del gobernador?

-Era miembro de su guardia personal, mi capitán. - Bien contestado. ¿Conoce usted este cacharro? -y sacó un arma del cajón.

-Es una pistola Star, modelo PK, de nueve milímetros parabellum, mi capitán.

-Pues desármela. Tiene tres minutos.

-Lo puedo hacer en setenta segundos, mi capitán

-replicó Honorino, con voz calmada.

-Ay, chingao, pues hágalo a ver si es tan listo como parece.

Honorino tomó el arma, sacó de su bolsillo una navaja suiza y extrajo el punzón. Luego de precisos movimientos las partes quedaron sobre la mesa.

-¡Ochenta segundos! -exclamó el capitán al ver su reloj.

-Disculpe, mi capitán, debo estar nervioso. -No, hombre, lo has hecho mejor que yo. ¿Siempre tienes una navaja a la mano?

-Siempre, mi capitán.

-Bien -carraspeo él, y volvió a revisar el formulario-. Aquí falta altura y peso.

-Peso setenta y cinco kilos, mi capitán, y mido un metro ochenta.

-Muy bien, muy bien. Firma abajo -y le entregó un papel-. Entrar en la Guardia Presidencial es un honor, pero tu conducta debe ser intachable. Nada de líos ni problemas con tus compañeros. Serás un soldado más. Y ni se te ocurra hablar de lo que hacías en Guerrero, eso no le interesa a nadie. Es mejor que lo olvides. En dos años saldrás preparado para trabajar en los mejores servicios de seguridad.

Honorino escuchó muy atento la disertación del capitán, sus manos sudaban frío.

-A ver, ¿y tú? -los ojos del capitán enfocaron a «Iguana» Torres-. ¡Mira no más qué cosa es esto! El general Rascafría no sabe por qué te han enviado. ¿Eres pariente del gobernador Figuerola? Este formulario no está completo. ¿Eres hijo natural?, ¿tus padres son mexicanos? ¡Contesta! ¿Eres mudo?

«Iguana» parecía encogerse hasta desaparecer. Maldijo la hora en que su tío Ubaldo lo encontró a punto de desvalijar un auto.

-¡Responde! ¿No me has oído? -gritó el capitán. -Soy sobrino de... -fue lo único que pudo articular «Iguana».

-¿Pariente del gobernador, eh? ¿Y por qué tienes ese color, esa cara?

-Dicen que salí a mi padre. Era un marinero malayo o algo así -y esbozó una sonrisa.

-¡Qué pinche familia tiene el gobernador! -murmuró el capitán. Y al leer el formulario añadió:- ¿tercero especial? ¿En qué clase de escuela estudiaste? ¡Vamos, responde!

-La correccional estatal, señor.

-¡Me lleva la trampa y encima eres ladrón! **Si** aquí robas algo no saldrás vivo. ¿Entiendes?

-Sí, señor.

-¿Cómo que señor? ¿No ves los galones de capitán? ¿O no sabes contar? **CAPITÁN**, ¿no ves que soy capitán? ¿Cuánto pesas?

-Cincuenta kilos, señor capitán.

-**MI CAPITÁN**, menso, no señor capitán. ¿Y mides?

-Un metro cincuenta y nueve, creo.

-Es decir, una anchoa. ¿Qué podremos hacer de ti en Los Pinos? -suspiró el militar-. ¿Cocinero o mozo? -**Sé** manejar todo tipo de vehículos, mi señor capitán. Mi señor. Perdón, mi capitán.

-¿Tienes licencia de manejo?

-Sí, pero creo que no le va gustar, mi capitán. Es chueca.

-¡Ladrón, falsificador! ¿Eres una joya, eh? Te to-

maremos un examen de manejo, si no lo pasas, trabajarás en la cocina. ¿Has comprendido?

-Sí, mi capitán -respondió «Iguana» Torres, viendo una luz al final del túnel.

-Ahora irán con el sargento Revilla a la intendencia, recogerán sus uniformes, pasarán a sanidad para el reconocimiento médico y luego se incorporarán a su unidad. Una advertencia importante, la sección donde irán ha tenido varios problemas: riñas y peleas que a veces suceden entre los novatos hasta que forman su espíritu de cuerpo. Es posible que ustedes sean objeto de bromas pesadas. Tengan paciencia. No quiero enterarme de que han participado en broncas. ¿Entendido?

-¿Y si abusan mucho, mi capitán? -preguntó «Iguana», asustado.

-Bueno, si se mandan, responde. ¿O, no eres hombre? -contestó él, sonriendo.

Lo primero que hizo «Iguana» Torres al conocer a sus nuevos camaradas fue contarles, en tono confidencial, todas las atrocidades que la gente de Acapulco imputaba a Honorino. No calló nada y agregó todo lo que le vino en gana. Terminaba diciendo que entre Honorino y él existía una sólida amistad por ciertos hechos que no podía revelar. Los beneficios de esas infidencias se notaron. Las bromas fueron casi simbólicas, llevando siempre la peor parte el mismo «Iguana». Si Honorino encontraba su cama húmeda, «Iguana» la encontraba empapada. Si a aquél le ponían cáscara de plátano en los zapatos el otro encontraba mierda en ellos. «Iguana» no protestaba, nadie lo había golpeado todavía.

Sólo el sargento Revilla los trataba con dureza. Era más alto y grueso que Honorino. Su manaza, que abarcaba una pelota de fútbol, la utilizaba con brutalidad cuando los reclutas cometían el más mínimo error «Iguana» tenía varios moretones en el cuerpo y hasta Honorino había recibido patadas en el trasero las pocas veces que llegó tarde a la formación. Pero el sar-

gento Revilla tenía otra manía, fomentaba rivalidades y peleas entre los soldados. Le encantaba ver como «se daban de madrazos».

Una noche, cuando veían televisión en la sala de esparcimiento, el sargento se acercó a los recién ingresados. Tenía aliento a tequila.

-Todavía no hemos visto si estos guerrerenses son tan machos como dicen.

Honorino siguió mirando la televisión. «Iguana» Torres se puso pálido.

-¿Serán o no serán? Ustedes qué dicen -pregunto el sargento a los otros soldados. Ellos rieron sin atreverse a hacer comentarios.

-A ver tú, «Iguana», con quién te gustaría darte una calentadita. Escoge a quien quieras. ¿No es verdad muchachos? -los compañeros asintieron poco entusiasmados. «Iguana» quedó paralizado.

-¿Con nadie? -insistió el sargento-. ¿Quieres que te escoja uno, iguanita? Mira a Trejo, es de tu tamaño, un poco más ponchado nada más. ¿Quieres tino más flaco?, allí está Reaño. ¿Le tienes miedo? ¿No serás maricón, verdad iguanita? ¿Tú sabes lo que hacemos con los jotos, iguanita?

«Iguana» negó con la cabeza.

-Ven, vamos abajo, me pondré una mano bajo el cinturón. Vas a pelear con un manco. ¿Te parece bien o quieres que me amarre las dos manos? -Y dio un patada a la silla haciendo caer al muchacho.

-Sargento, deje tranquilo a «Iguana». El capitán nos ha dicho que no debemos pelear entre compañeros -dijo Honorino.

-¿Quién ha dicho pelear, pendejo? No ves que sólo quiero practicar lucha cuerpo a cuerpo. Y, ultimadamente, a ti qué te importa. ¿O, quieres meterte con tu sargento?

-No, mi sargento, mejor nos quedamos tranquilos, digo yo.

-Ahora te quieres rajar. Creía que eras más hombre. ¿No serás joto como tu paisano?

Honorino no contestó. La tensión de la sala hizo que

ni el sonido de la televisión se tuviese en cuenta, todos tenían la mirada fija en el sargento.

-Responde, ¿no serás joto? -insistió, riéndose con los soldados. Ellos apenas enseñaron los dientes.

-Mejor vaya a descansar, mi sargento.

--¿Me estás acusando de borracho? A poco crees que me ha apantallado lo que dicen de ti. Aquí en el ejército no hay cabida para asesinos ni traidores. Vamos abajo, en el gimnasio te voy a demostrar quién es el sargento Revilla. Ustedes -les dijo a los soldados-, lárgense a dormir. Aquí no ha pasado nada.

Lo último que vieron los soldados al salir fue que el sargento empezaba a quitarse las insignias. Honorino, de pie, tenía las manos en los bolsillos.

--Algún día se iba a encontrar con la horma de su zapato. ¿No cree usted eso, capitán? -dijo Rascafría, al recibir el parte.

--Sí, mi general.

---Cuando salga del hospital, asegúrese que tenga sitio en el Centro de Rehabilitación. En cuanto a Honorino, si no se le puede probar nada, es inocente. Y lo demás son chismes que no debemos tolerar. Aquí dice que el mismo Revilla asegura haberse caído por la escalera. Si el muy cabrón ha callado por orgullo, que se joda. Eso salva a Honorino y no hablemos más del asunto. ¿Está usted de acuerdo, capitán?

-Sí, mi general.

Honorino nunca dejó de afirmar que fue mala suerte: el sargento Revilla trastabilló y rodó desde lo alto de la escalera. Él, en su afán por llegar rápido para auxiliarlo, bajó precipitadamente y se tropezó en los últimos escalones. El joven soldado sufrió un ligero golpe en la nariz y la dislocadura de una muñeca.

La verdadera historia la contaba «Iguana» Torres en voz baja. Él juraba haber sido testigo de aquel sangriento duelo.

## 19

El cuadro que encargó al pintor del Soho no era igual a la postal de Bora Bora que dio como modelo, era mejor: las palmeras tenían más movimiento, los tonos esmeralda del mar eran más sugestivos. «Haré que me lo regalen cuando salga de Mediplast», dijo al entrar en su oficina. Después, como todas las mañanas, se acercó a la ventana para observar si la construcción del World Financial Centre aún le permitía ver la Estatua de la Libertad y algo del río Hudson.



«Al paso que van no podré ver ni el sol», murmuró. Fue a su escritorio, acomodó varios papeles sobre la mesa y miró la hora, los minutos transcurrían lentamente. Aún faltaba mucho para almorzar con Anne-Sophie en el restaurante japonés que ella escogió. ¿Seguiría tan guapa?, ¿extrañaría o al menos recordaría a Pipe?

Muchas preguntas más ocupaban su mente cuando lo sorprendió la entrada de Jack que llegó con una sonrisa que no correspondía a su desabrida cara. Venía a invitarlo a almorzar.

-¿No podemos hacerlo otro día? -respondió Frank algo tenso.

-Lo siento, tiene que ser hoy. Está en relación con la junta extraordinaria del directorio.

-Jack, qué te parece si cenamos o tomamos una copa en la tarde. Sucede que tengo un compromiso personal: la viuda de un amigo está en apuros y me siento obligado a ayudarla.

El respetable vientre lanzó una incrédula mirada, tomó asiento y le dijo que en ese caso tenía que comunicarle algo que hubiese preferido hacerlo en un lugar más apropiado. La información que dio la conocía todo el mundo: Jack había decidido jubilarse y recomendaba al enano de Ray para sucederlo.

Después de las consabidas frases de felicitación y deseos de un largo y fructífero retiro, Frank preguntó:

-¿Cuánto recibirás? -como si Mary Jo no le hubiera dicho que serían veinte millones de dólares.

-¿Qué ... ?, ¿qué quieres decir? -balbuceó Jack, perdiendo el color de las mejillas. Su furiosa mirada traspasó los anteojos.

-Nada, Jack. Sólo espero que compensen tus valiosos servicios como mereces. ¿Cuánto será?

Al decir esto, Frank oyó que los dientes de Jack rechinaban.

-Hay un grupo de accionistas que desean que siga como Director Emérito, entonces tendrán que darme lo normal en estos casos. Creo que serán cerca de veinte millones.

-¿VEINTE? -exclamó haciéndose el sorprendido, y agregó:- Muy bien, me alegro por ti.

Su mentira le hizo sentir bochorno en la cara. Sin embargo, se dio cuenta que había llegado la oportunidad que esperaba:

-Hablando de estas compensaciones, ¿no crees que también sería oportuno que reconozcan mi antigüedad por los años que trabajé antes de ingresar a Mediplast? ¿Recuerdas la noche que hablamos de esto? Se podría decir que tú estabas de acuerdo. Jack, creo que sería justo que todos tengamos asegurado nuestro futuro. Total, a la compañía no le costará mucho.

Jack recuperó la mirada gris habitual, se puso de pie Y acercándose a la ventana dijo que lo pensaría.

-Tendrá que ser antes de que te vayas, no me gustaría tratar este asunto con Ray. Quedaría más tranquilo si lo viéramos en la sesión extraordinaria -sugirió Frank, sin dejar que el asunto se escapara de sus manos.

-Desgraciadamente no será posible. Ya he enviado la agenda: discutiremos solamente el nombramiento de mi sucesor. Pero no te preocupes, hablaré con Ray para incluirlo en otra oportunidad.

-Jack, confío en ti -comentó Frank, sabiendo que no podía fiarse de las palabras de alguien que estaba con un pie fuera de la compañía.

--Dicen que esa construcción está atrasada. ¡Ya nada funciona en este país! ¡Estamos en manos de los sindicatos! -se quejó Jack, dando la espalda a Frank.

Antes de salir- miró la pintura de Bora Bora y dijo: -- Sinceramente **me** gustaba más el envase de Warhol.

Los dados comienzan a rodar, pensó Frank al quedarse solo. Él va sabe lo que quiero, ahora le contará a Ray y el enano dudará, tratará de convencerlo de que la promesa que hizo esa noche no tiene valor legal, que fue una conversación de borrachos, sin testigos, sin ningún papel que confirmase el compromiso de la compañía. le dirá que solamente quería sondear su opinión, que yo no hablaba en serio. Puta madre, si no me toman en serio esto no funciona, tendré que amenazarles con un juicio y algo más. Una conversa-

ción en el bar no sería una prueba en otra parte del mundo, pero aquí, sí. Increíble que la industria más grande de Estados Unidos sea la abogacía. La utilizaré, al fin y al cabo no tengo nada que perder. Al dar por terminado su soliloquio, Frank sonrió al cuadro de Bora Bora y se dirigió al Departamento Legal de la compañía. Ese era el primer paso.

La cara del jefe de abogados al dar contestación a sus preguntas fue la que esperaba: no movió ni una arruga de la cara, su mirada siguió impertérrita y el tono cansino de su voz era el de siempre. Finalmente, Frank observó que presionó fuerte la punta del lápiz sobre la página amarilla de su bloc y eso era algo que un jugador de póquer no hubiera hecho.

-Sí, Cohen, Richardson y Silverman es una buena firma de abogados. Tiene mucha fama. Eso sí, es carísima, dile a tu amigo -pronunció amigo con ironía- que si gana el caso a su empresa se prepare a dejar a los abogados la mitad. Si pierde, dejará hasta sus zapatos.

-Se lo diré. Gracias por tus consejos -respondió Frank, sonriendo ligeramente. Lo justo para ser observado.

Ahora era cuestión de esperar, en la tarde tanto Jack como Ray sabrían que estaba dispuesto a enjuiciar a la compañía si no le reconocían los años anteriores. Lo que no sabrían era que una vez que concedieran su pedido, dejaría la compañía de todas maneras, y esto lo disfrutaba ahora con la emoción de un jugador de ajedrez cuando está a punto de concebir un mate forzoso. Miró su reloj, eran apenas las nueve y media, pensó que en esa última hora quizá había ganado más que en los últimos seis años.

Su segundo paso fue más fácil: llamó al teléfono que le había dado Efrén Mendieta y confirmó a *Acapulco Private Detectives* las fechas en que visitaría la sierra de Guerrero. Deseaba comenzar en Ocotito y depen-

diendo de lo que encontrase subiría a la montaña. De regreso pensaba quedarse unos días en Acapulco y pidió si podían hacerle el favor de reservar un bungalow en el hotel Las Brisas; su mujer lo alcanzaría allá. Frank pensaba viajar el día del nombramiento de Ray como Presidente del Directorio, no podía concebir que el enano llegase a ser su jefe.

La puesta en marcha de su estrategia le dio una gran alegría y casi estuvo a punto de olvidar el almuerzo con Anne-Sophie. Faltando poco para las doce salió de su oficina.

El abrupto silencio de la entrada y el delicado jardín del restaurante japonés hicieron que olvidase Mediplast. Éste es un lugar ideal para enamorar a una chica guapa, pensó. Qué sucedería si Anne-Sophie se me insinuase, ¿estoy dispuesto a una aventura?, claro que estoy, sin embargo no caeré al primer deslice, no seré tan bruto, no, que le cueste, que no quede duda alguna de que ella lo propuso, qué iluso, al cabo no vengo por eso, mi cuaderno rojo está incompleto, claro que si se lanza no voy a ser tan tonto, realmente no es engañar a Britt, si ella fuese más liberal lo comprendería. Anne-Sophie debe estar guapísima.

El apacible lugar y los modales orientales del maitre indujeron a que pidiese un jarrita de sake seco mientras esperaba. Escoger la copita le demoró más de la cuenta; la japonesita, que trajo la bandeja llena de modelos diferentes, no mostraba impaciencia. No era fácil la selección: sus diferentes formas, texturas, colores, diseños, eran una prueba psicológica. A Frank le entró ganas de pedir todas. Finalmente señaló una copita blanca, la más abierta.

-¿Qué le parece? -preguntó Frank todavía inseguro.

-Oh, es muy bonita -respondió la camarera levantando ligeramente la comisura de un lado del labio.

Apostaría que Madame Butterfly sonreiría de ese modo, especuló Frank.

A pesar de que bebió lentamente, la jarrita estaba a punto de acabarse. El maitre le confirmó que la reser-

va de la señora Somocurcio estuvo hecha para las doce y media. Ya era pasada la una. Frank acabó la última copa de sake y pidió un Tanqueray en las rocas. Sus especulaciones sobre Anne-Sophie cambiaron conforme pasaba el tiempo. Al sorber la ginebra se sintió molesto por haber tenido esperanzas en un affaire. Tonterías, pensó, no voy a arriesgar mi matrimonio. Esta chica puede ser peligrosa, las aventuras suelen acabar mal, mejor es ser prudente, ya no estoy para correr riesgos. Seguía haciéndose advertencias hasta que su aprensión se esfumó al reconocer las esbeltas piernas que venían a la mesa. Los tobillos eran inconfundibles, sus sensuales rodillas no podían ser de otra persona, esa cadera parecía haberse alargado algo. Frank intuyó que la elegante chaqueta ocultaba unos senos pequeños, densos, puntiagudos, nulpáridos.

-Oh, Frank, ¿hace mucho tiempo que esperas?

¿Pero qué haces tomando eso?, aquí tienen the world's best sake.

Todo lo dijo mientras se dejaba dar un turbado beso en la mejilla. El perfume conmovió a Frank hasta la médula ósea.

-Estás preciosa. No sé cuántos años han pasado desde la última vez que nos vimos, pero estás mejor que nunca. Una real princesa: Anne-Sophie, la princesa de Manhattan.

-Ay, Frank, no has cambiado, qué zalamero eres. Mira, quién diría que algún día nos encontraríamos en la ciudad donde hiciste que pasara uno de los peores momentos de mi vida. Pero te perdono -dijo, tocándole suavemente la pierna.

-¿Yo?

-¿Quién si no? ¿Quién crees que atendió a todos los mexicanos que invitaban a Nueva York?, ¿Pipe? -preguntó, a la vez que llamaba con la mano al maitre: Por favor, Fukushima san, tráiganos el sake de la casa. El rostro de Anne-Sophie se endureció al proseguir: -I was the one que traía chiles para esos burócratas que

decían que a la comida de Manhattan le faltaba sabor. Ay, y sus mujeres, qué corrientes, las vergüenzas que me hicieron pasar. No sé cómo no nos echaron de los restaurantes. Fue the longest year de mi vida. Todo lo que hice por Pipe -suspiró. Y reaccionando agregó: y por Mediplast.

-No negarás que algo ganaste. Por ejemplo, llevaste ropa fina y tengo entendido que fue un negocio formidable -comentó Frank, arrepintiéndose de la frase mientras la pronunciaba-. Bueno olvidémoslo. Éste es un sitio encantador.

-¿Sabes una cosa?, some financial analysts me han hablado de tu carrera. No está mal para un peruano -le dijo en un tono afectado.

-Gracias. ¿A qué analistas financieros conoces? -preguntó él, tratando de quitarle el toque de petulancia.

-A varios. Anoche cené en el *Lutèce* con Abramovitz, mañana desayunaré en Londres con Tonj Roeder.

Pero con los que hablo more son Mike Thordal and Susan Gresham -contestó ella sin titubear.

-Qué bien, son los mejores. ¿Eres analista de Wall Street?

Al negar ella con la cabeza su rubia cabellera se balanceó con soltura por encima de los hombros. El perfume volvió a remecer a Frank.

-Es injusto que sepas más de mí que yo de ti. ¿Qué has hecho estos años?, ¿a qué te dedicas, Anne-Sophie? -preguntó él, contento que la conversación tomase buen cariz.

-Necesitaremos some sake para contarte my life -respondió ella más relajada.

Cuando vino la japonesita, él escogió sin vacilar la copita más gorda, ella una angosta de color dorado. Durante el brindis observó el maquillaje de Anne-Sophie. Oculta arrugas prematuras y esas incipientes bolsas bajo los ojos serán lo que primero eliminará el cirujano, pensó.

Sin mayores preámbulos Anne-Sophie empezó su

historia. Frank creyó que la traía preparada porque la contaba como si estuviera leyendo un informe trimestral de resultados. Mientras ella hablaba, él trataba de mantener una compostura imperturbable que la traicionaba al llenar seguido su gorda copita. Sabía por Pipe que ella decidió quedarse en Estados Unidos después que él acabó su entrenamiento en Harvard, pero no contó cómo Anne-Sophie consiguió trabajo: Antes de terminar el entrenamiento, los Somocurcio dieron una fiesta a los compañeros durante la cual Anne-Sophie anotó sus direcciones y prometió visitarlos en un futuro no lejano. Luego Pipe la ayudó a realizar una evaluación de cada uno de ellos, dando diez puntos a sus resultados académicos, diez al empleo profesional y otros diez a la ambición que mostraban. El atractivo personal no fue tomado en cuenta. Cuando Anne-Sophie llegó a este punto del relato, Frank creyó estar soñando. Para darse cuenta que no era cierto, pidió otra jarrita de sake y vio que le obedecían.

-Ya ves, Pipe me ayudó a conseguir trabajo -resumió Anne-Sophie.

-¿Pero cómo? Todavía no lo has dicho -dijo Frank, arrepintiéndose haber ordenado más sake. A partir de ese momento bebería agua para no tener que inventar el relato a la hora de escribirlo en su cuaderno rojo.

Anne-Sophie dio los detalles sin ninguna emoción: -Viajé por varias ciudades visitando a los evaluados por estricto orden decreciente. A mi séptima cita encontré lo que deseaba: SAM, con veinticuatro puntos sobre el máximo de treinta, era un alto ejecutivo del Continental Bank de Chicago en trámite de divorciarse. Él me consiguió un puesto con Merrill Lynch donde recibí entrenamiento en el teje y maneje de Wall Street. Y para dar por terminado su relato, añadió:

-Si quieres administro tus inversiones. Acepto, en caso de amigos, smalls accounts.

-Gracias, ya hablaremos sobre eso. ¿Es guapo Sam?

-Depende cómo se le vea, conozco a armenios más guapos que él. Pero tenía una mirada lujuriosa that

you can't imagine -dijo sonriendo con picardía.

Frank bebió íntegro el vaso de agua antes de murmurar:

-¿Cómo que tenla? ¿Ya la perdió?

-No sé si aún la mantiene. Hes jailed.

Habían vividos juntos casi cuatro años hasta que fue encontrado culpable, con otros ejecutivos, de asociación delictuosa y utilización indebida de información privilegiada. Es decir, un ladrón de cuello blanco, pensó él. Anne-Sophie «of course» lo abandonó, y vino a Nueva York para poner una oficina por su cuenta. Su especialidad era el manejo de cuentas de millonarios extranjeros.

-¿Sabes quién es mi partner, Frank? -preguntó - agrandando los ojos y mirándole fijamente.

-¿Tu socio?, no tengo la más remota idea. Posiblemente es Hermes -dijo él, sonriendo-, el de los pies alados.

-Todavía no. Mi socio, my only partner es Pablo Somocurcio, el papá de Pipe.

-¡Carajo! -le salió de la boca a Frank, y apuró un sake. ¿Ah ... ?, es por eso que llevas su apellido -y se sirvió otro.

-Bueno, es una estrategia. Muchos políticos extranjeros confían en Pablo y creen que soy su hija o su *significant other*. A mí no me importa con tal que nos den sus cuentas. Tengo, of course, un grupo excelente de colaboradores. Ven a visitarnos, estamos en *the Trump Towers*. Créeme -dijo cambiando el tono- si el pelma de mi marido no hubiese sido tan idiota podríamos haber tenido nuestras propias *Pipe Towers*.

-¿Tú crees que Pipe era idiota?

-No, «of course not». El tonto sacó las mejores notas de Harvard y ya te puedes imaginar los puestos que le ofrecieron.

-Entonces, ¿por qué no se quedó aquí? -¿La verdad?, ¿la verdad? -sí, la verdad, la verdad.

-Pues, no sé. Who knows la verdad.

En eso les trajeron el sashimi.

-Te gusta el pescado crudo -preguntó ella. -Cuanto



más crudo, mejor -respondió él sin pensarlo-. Bueno, ¿por qué crees que quiso regresar?

-Fíjate que no lo sé, es un misterio. Quizá no le gustaba Estados Unidos, sin embargo recuerdo que siempre hablaba bien de los americanos, de su cultura y de los juegos de vídeo.

-¿Le apasionaba los vídeos?

-Vamos, Frank, a Pipe no le apasionaba nada, salvo tomar sol. Cuando no podíamos ir a Acapulco, subía a la terraza del edificio -Anne-Sophie mantenía ahora su vista fija en los palillos que movía como si quisiese atrapar algún mosquito.

-¿No tendría una amante?

-Frank, please, a Pipe tenía yo que seducirlo. A veces hasta violarlo al muy pendejo.

-Ajá, entonces era bueno en la... -la interrumpió Frank, sabiendo que arriesgaba mucho con la pregunta.

-Muy bueno. Mejor que el armenio. Ay, las cosas que me haces decir dijo ella, azorada.

Frank tragó saliva, no pudo articular una palabra. Y sirvió el resto del sake.

-Qué horror, I must leave, tengo que tomar el Concorde de las cuatro -dijo Anne-Sophie.

-Todavía tienes tiempo. Dime, ¿tú crees que Pipe fue asesinado o se cayó de la azotea?

-Y, ¿por qué te interesa? ¿Por morbo?, o ¿quieres jugar al detective?

-Ninguno de los dos. Si me das quince minutos te explico el porqué.

Anne-Sophie lo miraba en forma extraña mientras él hablaba de su cuaderno rojo.

-¡Your are crazy! ¡Dejar tu trabajo para escribir!, debes tener mucho dinero o te morirás paupérrimo: una historia sobre Pipe aburriría a una ostra. ¿Do you want an advise?, rompe tu cuaderno rojo, compra uno verde y escribe sobre alguien más interesante.

-No es mala idea, la tomaré en cuenta. Pero, ¿por qué crees que lo mataron?, ¿por estar tomando el sol en la azotea o había alguna mujer envuelta? ¿No te parece

raro que siendo Pipe un poco avaro con sus atributos, haya podido enredarse con alguna mujer?

-No sé ni me interesa. I regret his death, pero así es la vida. Lo único bueno que me dejó Pipe fue su padre -dijo ella, al ponerse de pie-. Es una persona estúpida, te gustaría conocerlo. ¿Por qué no vas ahora?, estamos cerca. Toma our business card.

Frank la acompañó hasta la acera. Una limousine blanca la esperaba.

-Si te animas, te manejamos tus inversiones. Estaré de vuelta la próxima semana, llámame.

Anne-Sophie le dio un dulce beso en la comisura de los labios antes de partir.

Frank recordó haber leído que en casos de fuerte presión, de crisis, de tensión, algunos ejecutivos van a comprar una corbata, otros prefieren entrar a una librería y escoger un libro. Él decidió hacer las dos cosas después de tomarse uno o dos whiskies. Despidió al chofer de su limousine y fue caminando al bar del hotel Park Lane. Sentado en una mesita, no quiso pensar en los frescos recuerdos del almuerzo, es mejor que n-ii subconsciente se regodee primero, pensaba. Y mirando los carruajes que llevaban turistas por el Central Park, reflexionó sobre la alegre vida que tanta gente pasa fuera de las oficinas. ¿Quiénes serán?, se preguntaba. ¿Quiénes los mantienen?, ¿Quién llena las tiendas a esta hora? Parece gente feliz. Quizá no es necesario mucho dinero para disfrutar de la vida. Quizá Pipe sabía eso.

Al ordenar su tercer whisky decidió llamar al padre de Pipe.

-Señor Rosales, esperaba su llamada -respondió una voz pausada, con un acento que podría ser de cualquier parte-. Anne-Sophie me llamó del aeropuerto -explicó.

Media hora más tarde, Frank sacó de su boca un chicle de clorofila, que suponía le había quitado el olor a whisky, lo arrojó a la papelera y entró a un ascensor

de las Torres Trump en la Quinta Avenida.

La impresión que tuvo al entrar a la espaciosa oficina del señor Pablo Somocurcio fue la de encontrarse con el Gran Gastby si éste hubiera llegado a los setenta años. Hasta tenía la flor roja en el ojal de su blazer de corduroi. Su bronceada piel, como la de Pipe, era envidiable.

-Anne-Sophie me ha dicho que usted está interesado en que manejemos sus inversiones. Mire, nosotros mantenemos las cuentas en sólidos bancos de Gran Cayman y de Bermudas.

Esta Anne-Sophie es el colmo, pensó Frank, qué bancos ni qué ocho cuartos. Mientras el Gran Gastby continuaba dando explicaciones, Frank se preguntó cómo ese peruano podía ser tan serio, tan rubio y posiblemente tan rico.

-Gracias por la información, leeré con mucho interés los folletos -comentó Frank, cuando creyó terminada la explicación-. Sabe, señor Somocurcio, tenía mucho interés en conocerlo. Pipe fue un cercano colaborador mío en México. Sentí mucho su desaparición.

-Gracias. Me enteré de las oportunidades que le dio, le agradezco. Como sabe, él no las merecía.

-Temo discrepar. Francamente, Pipe era un joven como los que ya no existen.

-En eso tiene usted razón, desde chico fue una lumbre-  
ra. No sé si está enterado que fue un niño prodigio, habló antes del año, escribía y leía perfectamente a los cinco. Lo educamos para que llegase a ser un alto ejecutivo, un banquero, un magnate y ya ve cómo acabó. Felizmente su madre no vio su fracaso, murió cuando era pequeño.

Al terminar de decir esto el señor Somocurcio se quedó callado con la mirada perdida en el vacío. Frank no supo qué hacer, sólo después de largos segundos habló como si quisiera no ser oído.

-Pensaba escribir algo sobre él.

-Ah, yo creía que era una broma de Anne-Sophie. Desea tomar algo, señor Rosales, ¿un whisky, quizá?

-No creo que debería -dijo Frank, pensando en lo que ya había bebido.

-Sí, es un poco temprano, sin embargo, a su edad todavía se puede dar ese lujo.

-Tiene razón, gracias.

El señor Somocurcio abrió un mueble y de una botella de cristal cortado sirvió una generosa cantidad.

-A usted le gustará sin hielo, claro está.

-Por supuesto, señor Somocurcio -mintió él, sospechando que acabaría vomitando la comida japonesa sobre la alfombra.

-Llámeme Pablo, por favor. Cheers -brindó el Gran Gastby, levantando ligeramente un vaso de agua Perrier-. Lamento no acompañarlo, hace siglos que no pruebo alcohol. Por razones médicas, ¿sabe usted? Con lo que me gusta un buen vino. También me tienen

prohibido la sal, los cigarrillos, las grasas, y todo eso. Así, dicen, se me harán los días más largos -sonrió amargamente.

-Lo siento, lo siento -comentó Frank, conmovido. El whisky había llegado a su alma. Calculó lo que había bebido ese día: era mucho. Se preocupó que le viniera «la llorona», como alguna vez había ocurrido. Intranquilo por esa posibilidad, intentó cambiar el curso de la conversación:

-¿Los Somocurcio son arequipeños, verdad? -preguntó con una voz gangosa que él mismo desconocía.

-Estrictamente sí, aunque llevamos más sangre inglesa. De Somocurcio tenemos muy poco: mi padre era Colin Somocurcio Timmins y mi madre Carol Cain Darbyshire. La madre de Pipe era inglesa por sus cuatro lados. El nacer en Arequipa fue una nota exótica que dejaron mis antepasados durante el tiempo que fueron a construir los ferrocarriles e instalar textilerías.

Frank deseó bajar ese aire de arrogancia y comentó: - Pero tengo entendido que usted se educó en Arequipa. La fluidez con que pronunció la frase y la satisfacción de recuperar su lucidez lo animó a darse un buen trago

de whisky.

-Si usted quiere insinuar que algo tengo de peruano, no sólo lo admito. Es más: con mucho orgullo hasta ahora mantengo la nacionalidad que, como sabe, nos da ciertos beneficios en los impuestos -confesó, sonriendo cínicamente.

Frank notó que su visión estaba borrosa. Creyó que dando unos pasos recobraría la nitidez.

-Me permite darle un vistazo a la Quinta Avenida -dijo levantándose del cómodo sofá sin desprenderse del vaso.

El señor Somocurcio se acercó y corrió la puerta de vidrio que daba al balcón. Hizo un gesto con la mano para que Frank saliese primero. Él prefirió que el Gran Gastby lo hiciera. Su intención había sido acercarse

sólo a la ventana: tenía aversión a los balcones, especialmente si estaban tan altos como éste.

-Mire, ¡qué ciudad! ¡Cómo desborda energía! Da ganas de conquistarla. Yo sé que usted me entiende porque es como yo: un triunfador -dijo el Gran Gastby, apoyándose en la baranda.

Frank había enmudecido. No se separaba de la puerta.

-Por algo ha llegado a donde ha llegado. Eso es lo que hubiera deseado de Pipe. A mi hijo le sobraba inteligencia y le faltaba ambición.

Frank prefirió no opinar y sorbió su whisky.

-Para trabajar en la jungla se necesitan muchas cosas. ¿Usted ci-ce que Pipe habría podido hacer lo que yo hice en el Fondo Monetario Internacional o usted en Mediplast? Contésteme, Frank, sinceramente.

Antes de responder, Frank dio otro sorbo al whisky y dijo: -No creo. Pero quizá encontró la manera de vivir feliz.

-Amigo mío, la felicidad es esto: llegar aquí y poder contemplar la ciudad más rica del mundo.

-Y, ¿el mar? Supongo que como a Pipe a usted también le gusta el mar. Por alguna razón ha escogido los

bancos de Gran Caimán y Bermudas.

Yo, querido Frank, odio el mar. Lo ideal de esas islas es que son paraísos fiscales. Ah, usted se preguntará de dónde saqué este bronceado. Son las tostadoras cosméticas. No se puede vivir sin la tecnología -dijo sonriendo.

Frank tuvo ganas de empujarlo del balcón. Era cuestión de dar dos pasos y lanzar por la borda al Gran Gastby, pero prefirió dar un trago al whisky que estaba por acabar.

-Señor Somocurcio, le estoy quitando su valioso tiempo. Creo que tengo que irme -dijo Frank, dejando el balcón a pedido de su instinto.

-Antes, permítame mostrarle estas fotografías -sugirió él, al regresar a la oficina.

El Gran Gastby fue dando la historia de las fotos que estaban colgadas en la pared. David Rockefeller, Robert McNamara, Howard Hughes fueron algunos nombres que Frank retuvo.

-¿No tiene alguna foto de Pipe? -preguntó Frank, consternado de esa ausencia.

El señor Somocurcio frunció el cejo.

-Los que rechazan al destino no aparecen en las fotografías.

-Qué triste, ¿verdad? -dijo Frank, acabando el whisky. De pronto sintió ahogarse en un mar de melancolía. Los ojos se le humedecieron-. Pobre Pipe, pobre Pipe -musitó, tratando de contener las lágrimas.

El Gran Gastby se quedó de una pieza, no sabía qué decir ni qué hacer frente a ese señor que parecía estar a punto de llorar por Pipe.

-Oiga, qué sensible es usted. Se ve que lo quería. Cálmese, cálmese. Creo que le hará bien otro whisky.

-Con hielo por favor -reclamó Frank, entregándole el vaso.

El señor Somocurcio se apresuró a servir la bebida exagerando la cantidad.

-Bébaselo de un solo golpe. Le hará bien.

-¿Usted cree?

-Se lo exijo, amigo mío.

-Bueno, seco y volteo a la moda del Callao -brindó él, y con voz entrecortado, agregó-: A Pipe le tenía una particular estimación.

-Se ve, se ve -comentó el Gran Gastby, todavía no repuesto de su asombro-. Dígame, durante los años que trabajaron juntos, ¿le contó algo de su vida privada?

-Todo, todo -contestó Frank sin entender bien a qué se refería la pregunta. Ahora seguía viendo borroso a pesar de no sentir ganas de llorar.

-¡Hombre, qué alegría! Quizá usted me pueda ayudar -exclamó el Gran Gastby a tiempo que iba a su escritorio. Abrió un cajón lateral y sacó una libreta forrada en cuero.

-¿Ha visto alguna vez esta libreta? La encontramos entre los papeles de mi hijo.

Frank la tomó, la examinó e intentó leer la primera página. Sólo pudo descifrar el nombre de Adelita, la supervisora del Departamento de Servicio a Clientes.

-¡Qué curioso! -exclamó. Y cuando deseaba añadir «todo me da vueltas», no pudo articularlo.

-Efectivamente, es muy curioso. Una lista de mujeres y niños escrita a puño y letra de Pipe. Mire usted, Frank, no sé qué razón me impulsa a confiarle algo muy personal. Pero le advierto que ésta será la única vez que hablaré sobre este tema. ¿De acuerdo?

-De acuerdísimo -gangueó Frank.

-¿Se siente usted bien?

-Nunca me he sentido mejor.

-Prométame que no dirá nada a Anne-Sophie.

-Le prometo -barbulló él, sin saber ciertamente lo que prometía. Y agregó-: cuando Frank Rosales promete, cumple.

El señor Somocurcio se acercó a Frank y le dijo susurrando:

-Ésta es la lista de las amantes de mi hijo. Eran muchas. Me dejó once nietos.

-¡CÓMO! ¡CÓMO! ¡ONCE NIETOS DE PIPE! -gritó Frank-. Por favor señor Somocurcio. ¿Me puedo servir una copa?  
-Las que usted quiera.

Britt estaba en el escritorio cuando vio pasar a su esposo tambaleándose. Estiraba los brazos como si quisiera evitar que las paredes se derrumbaran. Tenía el nudo de la corbata a la altura del pecho. No le contestó el saludo. Luego oyó que cerraba con estrépito la puerta del baño de la recámara. Ella se levantó alarmada y corrió a ver lo que sucedía.  
-Frank, Frank, dónde has estado, qué te ha pasado. De respuesta oyó un gruñido.

-Te han llamado toda la tarde de la oficina. Dice Jack que tiene una buena noticia para ti. ¿Me oyes? Que tiene una buena noticia -repitió Britt, alzando su voz lo más que podía.  
Primero oyó arcadas de vómito, luego, unos murmullos. Parecía estar hablando solo. Ella pegó el oído a la puerta y le escuchó decir: «le dejó once», «el Gran Gastby tiene once nietos».

Britt creyó conveniente ir a la cocina y prepararle un café bien cargado.



El botones del hotel tocó varias veces la puerta. Frank, medio dormido, recibió el paquete y le preguntó la hora, eran cerca de las once de la mañana. Qué lujo, pensó, si estuviera trabajando ' va estaría con los pelos de punta. Al abrir la envoltura encontró el cuaderno rojo y una nota de su mujer en la que daba pormenores de la tormenta de nieve que azotaba la ciudad. El contraste con el sol esplendoroso que invadía la terraza de su cuarto obligó a que recordara la frase de un entrenador de fútbol argentino: lo importante no es ganar, sino que los demás pierdan.

Antes de ducharse llamó a «Iguana» Torres.

-Estoy muy ocupado, no creo que pueda verlo hoy - contestó una voz chillona.

-Espero que comerá algo a mediodía. Quizá podemos vernos a esa hora.

-Sí, es una posibilidad. Podría ser alrededor de las tres Y media en el restaurante La Luna. Está cerca *de Cardiopatías*. Llámeme más tarde para confirmar. Oiga, tendrá que ser una comida rápida -le advirtió «Iguana».

Frank utilizó la mañana hablando por teléfono con los amigos que dejó en México y terminando de escribir lo que el hombre de apariencia extraña le contó la noche anterior..

... Durante el resto del servicio militar nadie tuvo la osadía de provocar a Honorino. Su reputación era conocida por todos y fue confirmada el día que los llevaron al Museo del Ejército. En una vitrina vieron un machete cuya reseña decía: «Machete militar que acabó con la vida del trasgresor de la ley Luciano Cabanillas. Perteneció al guía forestal Honorino Magaña Cruz, miembro del Batallón las Águilas a cuyo mando estaba el entonces Comandante del Ejército Mexicano, Jesús Rascafría Solórzano. Expedición Pacificadora de Guerrero. Noviembre 1974.»

Por más que los compañeros insistieron en que contase la epopeya, Honorino se empeñó en decir que no recordaba los hechos. No estaba seguro si se cayó de una rama con la mala suerte de que su machete cortó el cuello de Lucio, o se tiró de ella con la intención de matar-lo.

El encargado en relatarles la verdad del combate entre el famoso guerrillero y el chamaco de trece años fue «Iguana» Torres. Quien seguía proclamando ser confidente y entrañable amigo del héroe.

La amistad no sólo benefició a «Iguana» dándole inmunidad ante sus compañeros, también Honorino obtuvo provecho de ella cuando, al cabo de unos meses, empezaron a recibir permisos para pasar algunos días

con sus familiares. «Iguana» viajaba a Acapulco pero antes proporcionaba a su amigo un auto con el tanque lleno de gasolina para que fuese a visitar a Lupita, La única recomendación que le hacía era no ir por la autopista de peaje para evitar controles. Honorino nunca preguntó la procedencia del auto, la felicidad que tenía al partir le impedía averiguar. Sin embargo, al regresar de la sierra permanecía taciturno durante varios días.

-¿Es tan bonita como para que te pongas así? -Es la chamaca más linda y buena del mundo, «Iguana». Cada vez que la veo está más mujercita.

-¿Y qué hace en ese pinche rancho?, ¿por qué no, viene a la capital?

-Vendrá, «Iguana», vendrá. Pero tengo que acabar el servicio militar. Si la traigo ahora tendría que vivir sola y tanto chilango resbaloso me la puede malear. No, yo tengo que cuidarla cuando esté aquí, mientras tanto prefiero que esté cuidando gallinas allá con su padre. -Pos qué egoísta es usted, cuate -dijo «Iguana», relamiéndose.

Honorino lo cogió por los pelos y acercándolo hasta que rozaron sus narices, le dijo:

-He perdonado tus habladurías, pero si haces una broma más sobre Lupita te rompo la madre.

A partir de ese momento «Iguana» Torres tuvo buen cuidado en escoger sus palabras para hablar de ella. Había sentido en carne propia todo el miedo que debían haber tenido las víctimas atribuidas a su amigo.

Mientras pasaban los meses Honorino destacaba en el cumplimiento del servicio y en el rendimiento físico de los agotadores ejercicios a que se veían sometidos. «Iguana» Torres fue eximido de ellos, su tarea era limpiar los vehículos del cuartel.

Del general Rascafría poco supieron. Un par de veces pasó revista antes de que el batallón desfilara, en esas ocasiones se acercó a Honorino:

-Me han dicho que eres un buen soldado. -Gracias, mi general.

-No te metas en líos y podrás salir con buenas referencias.

-Sí, mi general. Gracias.

Al año, Honorino recibió su ascenso a cabo y seis meses más tarde llegó a sargento. «Iguana» siguió de soldado.

Un golpe de suerte hizo que Lupita viniese a la capital. Fue la tarde en que el capitán del batallón llamó a Honorino. El general Rascafría necesitaba dos camiones y diez hombres para mudarse de casa. Él mismo había solicitado que Honorino estuviera a cargo del personal.

-Es un honor y gran responsabilidad servir al general - dijo el oficial-. Escoja gente lista y honrada.

Para los detalles de la mudanza vaya a esta dirección y entrevístese con la señora Rascafría.

Era una mujer que sabía lo que quería. Sus órdenes fueron claras. Encontrarían todo el material para embalar en el garaje: debían comenzar con los dormitorios, después la cocina, el comedor y la sala. Los muebles del jardín los dejarían porque se iban a mudar a un departamento de Lomas. Ella les enseñaría cómo envolver la vajilla. Al ver la seguridad de la señora Rascafría, Honorino sintió alivio, pero se atrevió a sugerir que para mayor control sería suficiente un camión, cuatro soldados y él.

-Tienes razón, no vaya ser que se pierdan cosas - aprobó la señora Rascafría, contenta de tener alguien de confianza.

La mudanza se realizó sin tropiezos. Salvo unos platos que «Iguana» Torres dejó caer, todo el resto llegó en buen estado. La señora Rascafría quedó satisfecha. El nuevo apartamento estaba en la zona más distinguida de la Ciudad de México, tenía portero veinticuatro horas, un hall de entrada bastante amplio y cuarto para el servicio en la azotea.

-Honorino, eres trabajador y eficiente. Se lo diré al general.

-Gracias, señora.  
-Qué bonito ha quedado, ¿verdad?  
-Sí, señora. Todo es muy bonito y grande. Hasta el cuarto de la azotea es lujoso.  
-Tampoco es para tanto, Honorino.  
-Pero es muy bonito, señora. ¿Tiene usted alguien que la ayude en la casa?  
-Pues, fíjate que no. Las gatas que envían las agencias son unas ladronas e inútiles. Ya he largado a muchas. Ahora espero que mis parientes de Veracruz me envíen una.  
-Si ellos dilatan le puedo traer a la hija de mi padrino. Ella no sabe nada de casas pero es requetelista. Podría aprender rápido.  
-Si es como tú, estoy seguro que podrá hacerlo. ¿De dónde es?

-De la sierra de Guerrero, señora. Vive en un rancho cerca de Chichihualco,

Una semana más tarde, «Iguana» Torres llevaba en una camioneta de la Guardia Presidencial a su sargento y amigo a las montañas de Guerrero. Honorino no cabía en su piel, soy un hombre con suerte, repetía constantemente, luego repasaba el plan que tenía para cuando llegasen al rancho.

-Si el viejo se pone necio, sacas la reglamentaria y ,le apuntas. Pero no dispaes, no vayas a matar a mi futuro suegro.

-No te preocupes, no lo haré. En el peor de los casos le daré un madrazo con la cacha de la pistola.

Llegaron a media tarde. El ruido de la camioneta atrajo a los perros que ladraron alborotando a gallinas y cerdos. La señora salió de la ramada con un cucharón en la mano, estaba cocinando gusanos de maguey en salsa verde. Lupita había ido al río y Filemón no tardaría en regresar, estaba en las milpas cosechando maíz. -Quédate en la camioneta con el motor encendido, yo voy por Lupita -ordenó Honorino, y corrió al

río. Los perros le siguieron.

La señora no tuvo tiempo para preguntarle qué pasaba.

A «Iguana» la espera se le hizo eterna. La señora con el cucharón se puso frente a la camioneta. Él puso una mano en la pistola y la otra en el volante.

Por fin llegaron ellos corriendo, de la mano.

-¿Por qué hija, por qué?

-No tenga pendiente, madre. Déme su bendición.

-Lo que te voy a dar es...

Honorino sujetó el cucharón cuando estaba a punto de estrellarse sobre la cara de Lupita. Apenas subieron, «Iguana» dio marcha atrás y giró, luego llegó al camino aplastando antes algunos animales.

Los enamorados viajaron intercambiado largas frases que apenas fueron escuchadas por «Iguana». En la primera gasolinera de la carretera bajaron a tomar refrescos y calmar los nervios. Hasta ese momento «Iguana» no había tenido tiempo de verla bien. Era realmente preciosa, su cuerpo vibraba bajo el amplio camión. Los ojos de la morena sonreían maliciosamente cuando hablaba con Honorino. «Iguana» comprendió por qué su amigo estuvo dispuesto romperle la madre. Cualquiera estaría celoso con esta mujercita, se dijo.

-Y tú, «Iguana», ¿conoces bien a la familia Rascafría?  
-preguntó ella, una vez que reanudaron el viaje.

--En el ejército, el general tiene la reputación de ser duro. Pero en la casa la que manda es su mujer, Fue muy buena con nosotros. Se arregla el pelo y la cara como en las películas. Tienen dos televisores.

-¿A colores?

-Todas las televisiones son ahora a colores, Lupita -terció Honorio-. No tengas pendiente, te tratarán como a una hija Y aprenderás mucho.

Honorino, me da mucho miedo ir a la capital. Dicen que pasan cosas muy malas allí.

-Con los Rascafría no te pasará nada. Estarás muy

segura. ¿No es así «Iguana»?

«Iguana» Torres recuerda que contestó:

-Es cierto, Lupita, en ningún sitio estarás más segura que en la casa de los Rascafría. Allí no te podrá pasar nada. Nada.

La criada de Adela lo hizo pasar a la pequeña sala. Frank dio una rápida mirada: un gran aparato de televisión parecía dominar la escena, las repisas a ambos lados estaban repletas de juegos de vídeos. Varias fotografías de un niño, cuyos claros ojos no ocultaban sus facciones autóctonas, colgaban de la pared.

-Licenciado Rosales, qué gusto de tenerlo en su casa -dijo Adela al entrar.

-Es un placer estar aquí -respondió Frank, estrechando una mano recordete que no hizo el menor intento de responder a la presión de sus dedos. Sin embargo, la expresión de los grandes ojos era realmente acogedora.

-Felipito, como le dije por teléfono, llegará más tarde. Está en el Americano de Lomas, ¿sabe usted? -añadió con cierto orgullo-. Cuántos años, licenciado. Usted

está igualito.

-Qué amable, la que está igualita es usted -contestó Frank, repuesto de la primera impresión.

Adela lucía una falda de cuero negra bastante corta; ésta atrancaba, con esfuerzo, un contenido amorfo. Su blusa de color rosado comprimía el grueso rollo de la cintura y las protuberancias del pecho. La cabeza se asentaba, ausente de cuello, sobre una sólida meseta. De su rostro, bastante maquillado, sobresalían unos expresivos ojazos negros.

-Hubiera preferido que aceptasen mi invitación. No deseaba molestarla -continuó Frank, sentándose en el sofá que ella le indicó. Desde allí no tuvo más remedio que fijarse en las delgadas piernas de Adela. ¿Cómo pueden sostener ese cuerpo?, se preguntó.

-Espero que me perdone licenciado, soy muy coyona, los restaurantes lujosos me dan cosa. Aquí comerá una verdadera comida mexicana. Espero que le guste, y si no le preparamos una carne a la tampiqueña.

-Me encanta la comida mexicana salvo el mole poblano. Ah... qué bruto soy, ¿no lo habrá hecho, verdad? -dijo Frank, poniéndose rojo.

-No se preocupe licenciado, sé que a los peruanos no les gusta -sonrió ella, comprensiva-. He preparado unos antojitos mexicanos y pozole con bastante maíz. Mote lo llamaba su paisano. Pobre de Pipe -añadió suspirando-. Pero no quisiera hablar de su accidente ni saber lo que realmente pasó. Para mí, él siempre estará vivo. ¿Usted ya sabrá que mi Felipito es su hijo, verdad?

-Sí, Adela, el padre de Pipe me lo contó.

-¿El papá de Pipe? Pero ¿usted lo conoce? -preguntó, abriendo desmesuradamente los ojos.

-Señora, señora, disculpe -interrumpió la criada-. ¿Puede venir un tantito?

-Perdóneme licenciado. Voy a echar una miradita a la cocina. No dilato -dijo ella, toda turbada.

¿Por qué habrá reaccionado de esa manera?, ¿tendrá miedo al Gran Gastby?, se preguntó Frank al quedarse solo. Aunque su mayor interrogante era saber qué



atractivo le habría encontrado Pipe.

-Le falta muy poquito al pozole. ¿Le sirvo un tequilita, licenciado, o prefiere otra cosita? -preguntó ella, al regresar.

-¿Qué era lo que Pipe tomaba?

-Yo le preparaba cubalibre con hierbabuena. ¿La ha probado alguna vez?, es riquísima.

-¿Con hierbabuena ... ? No, nunca la he probado. Estoy seguro que me gustará. Pipe tenía buen gusto para las cosas -al decirlo se dio cuenta que la afirmación era incongruente con Adela.

-¡Juana trae hielo, hierbabuena y Coca Cola! -gritó ella entusiasmada.

Luego fue al mueble del televisor y se agachó para sacar de un cajón la botellas de ron Y un vaso. Frank se quedó paralizado: a pocos centímetros de ojos vio aparecer del inmenso, ancho y planchado trasero de Adela un brillante calzón amarillo. Su pituitaria fue invadida por un olor a lavanda tan fuerte que por poco lo desmaya.

-Así que usted conoce al papá de Pipe -dijo Adela todavía agachada.

-¿Y.. usted.... no ... ? -respondió él, haciendo gran esfuerzo para que saliera su voz.

--Fíjese que no, licenciado --Y, dándose la vuelta, agregó-. Él no vino ni al entierro. Sin embargo, económicamente ha sido muy bueno con nosotras.

-¿Nosotras?

-Ay licenciado, no se haga. ¿A poco no sabe usted que Pipe tuvo varios hijos con las chicas de Servicio a Clientes? El señor Somocurcio debe haberle contado todo -afirmó Adela, con una mueca de indignación.

-Lo que se dice todo, no. Pero efectivamente mencionó que Pipe le había dejado once nietos en México -admitió él-. Para serle franco quedé turulato. ¡Quién hubiera podido imaginarse eso!

Adela arrugó el ceño y le alcanzó el vaso.

Frank arguyó que no podía beber solo y pidió que lo acompañase. Después de algunos típicos ruegos ella se preparó un cuba advirtiéndole que nunca tomaba alcohol. Hechos los brindis correspondientes, Adela lo miró con altanería y preguntó:

-Dígame sinceramente, licenciado, ¿por qué le sorprende que Pipe haya tenido hijos con nosotras? -Tan feas somos?

Frank sintió que había metido la pata. Antes de contestar sorbió lentamente su cuba buscando algunos segundos para pensar y esquivar la penetrante mirada,

-No, Adelita, qué barbaridad. Pero usted comprenderá que no es común ni ético que un ejecutivo va-

ya por allí embarazando empleadas por más atractivas que éstas sean. Vamos, no es una práctica común.

-Usted se equivoca totalmente, licenciado. Pipe no sedujo a nadie, fuimos nosotras las responsables -aseguró Adela, ofendida-. Mejor cambiamos de tema: dígame, licenciado, ¿cómo es el señor Somocurcio? ¿Es tan frío como decía Pipe?

-Hagamos un trato Adela, yo le cuento todo lo que quiera saber del señor Somocurcio y usted me cuenta todo lo de Pipe -le propuso Frank con la más honesta de sus sonrisas.

-Huy... que requetefácil me la pone, licenciado -repuso ella, correspondiendo a la sonrisa de Frank con una mucho más espontánea-. Sobre Pipe le podría platicar el día entero. ¿Qué le parece la cuba con hierbabuena?, licenciado.

-Está como la *pitri mitri*, dirían en el Perú.

-¿Ah, sí? Nunca escuché decir eso a Pipe.

-Es que Pipe de peruano tenía muy poco. Aunque un poco muy bueno -rectificó Frank, contento de ver que el adusto ceño había desaparecido del rostro de Adela. Parecía feliz. Habiéndose recuperado del bache, Frank inició el intercambio contando con detalles lo que sabía del Gran Gastby incluyendo la razón del apodo. Mientras describía su carácter los ojos de Adela ibanse tornando tristes y llorosos.

-¡Qué pena tener un padre como el Gran Gastby! Pobre Pipe, nadie lo comprendió. Ni usted, licenciado, que era su paisano y amigo. ¿Cómo pudo imaginar que él nos sedujo? Pipe era tan bueno y cortés. Tan comprensivo. Creo que es mi turno para contar lo que pasó -dijo ella un poco más animada-, pero necesitaré otra cubita. ¿Qué le parece, licenciado?, ¿nos echamos otra? -Pues nos las echamos, Adelita. Con mucho gusto.

La hierbabuena en el cubalibre era un descubrimiento que Frank se prometió no olvidar.

-Salud, licenciado, por Pipe.

-Sí, por Pipe y por sus hijos. Y por supuesto por usted, Adelita.

-¡Eso, mi licenciado! Muchas gracias.

A Frank le pareció mejor el segundo cubalibre.

-Así que Pipe no las sedujo, ¿eh ... ? Bueno, cuénteme entonces cómo fue la cosa -la interrogó Frank, ansioso de entrar rápido al fondo del asunto.

-¿Recuerda las fiestas de la compañía?, ¿las de fin de año?

-¡Cómo no! ¡Fabulosas! En ninguna parte me he divertido tanto.

-Todo comenzó en una de ellas. Coincidió que cumplía treinta y seis años, licenciado. Soltera, licenciado. Los que me echaban los tejos eran muy feos y no valían nada. Y yo pues ni loca para casarme con ellos, licenciado.

-Lo entiendo, Adelita. Más vale vivir solo que mal acompañado.

-Pues tampoco, licenciado, yo quería tener un alguien que me acompañase el resto de mi vida. Entonces me dije: Adela, ya que no hay ningún hombre que te guste, tienes que tener un hijo antes de que te pongas vieja. Y para ser una vieja garra me faltaba poco, licenciado. No sé si serían las copas, la tristeza del año que terminaba o mi cumpleaños lo que me empujó a acercarme a Pipe en medio de la pachanga. Lo jalé a un lado y le pedí de plano lo que quería -Adela acompañó la frase levantando los hombros y haciendo

un gesto que daba por terminada la historia.

-¿Pero cómo, de qué manera le pidió? ¿Se acuerda? - insistió Frank, sabiendo que había mucho por delante.

-Pos quién no va acordarse de algo tan importante, licenciado. Le dije: señor Somocurcio, en ese tiempo lo llamaba así quiero pedirle un inmenso favor. Lo que usted quiera Adelita, lo que usted quiera, respondió Pipe, siempre tan amable. Pues quiero que me haga un hijo, señor. Él se quedó paralizado, luego sonrió: Ay, Adelita, usted lo que necesita es ir a su casita y dormir. No estoy borracha señor Somocurcio, lo he pensado bien, quisiera de todo corazón que usted me haga un hijo. No tendrá necesidad de mantenerlo, yo firmaré todos los papeles para quitarle cualquier responsabilidad. Vamos, señor Somocurcio, ¿qué le cuesta?, hágame un chamaco. Pipe no me dejó seguir, con cariñosas palabras propuso platicarlo otro día, que para entonces yo habría cambiado de opinión. Luego me pidió que regresáramos a la sala para bailar. ¡Figúrese!, como si yo estuviera con ganas de bailar. ¿Qué le parece, licenciado?

-Que es usted muy valiente y muy mujer.

-Eso, mi licenciado, sobre todo muy mujer. No podía quedarme frustrada por culpa de un montón de hombres tontos, malos y feos. No, licenciado, yo tenía que tener un hijo a como dé lugar, y para eso no hay que tener vergüenza. ¿O sí?

-No, Adela, para tener hijos no hay que tener vergüenza.

-Pues y qué mejor padre podría una escoger, licenciado. De guapo ni se diga, no ha habido nadie mejor. ¡Qué ojos! ¿Se acuerda de sus ojos azules, licenciado? Eran los más hermosos del universo, como los de un ángel. ¿Honesto y trabajador?, el mejor que he conocido, licenciado. Sin ofender lo presente.

-No se preocupe Adelita.

-Y de inteligente ni hablar. Yo no sé qué pensará usted, licenciado, pero Pipe era muy, pero lo que se dice muy inteligente. ¿O no?

-¡Era brillante!

-Mire que usted lo confirma, licenciado. Nosotras, las de Servicio a Clientes, conocíamos a todos los jefes y Pipe era el más inteligente aunque no hablase tanto ni estuviese de lambiscón de usted, licenciado. Y disculpe que hable un poco golpeado, pero no puedo hablar de otra manera. Soy muy canija, licenciado.

-No, Adela, usted tiene un par de... lo que se llama... agallas. La felicito. Bueno, y ¿qué pasó? ¿Qué pasó después de la fiesta? -preguntó él, golpeando repetidamente con sus tacos la gastada alfombra.

-Al lunes siguiente trabajé como si nada, y en la tarde, cuando mis compañeras se fueron, me planté en su oficina. Señor Somocurcio, ¿le puedo hablar algo personal? Por primera vez me siento algo chiviada, le dije. Adela, no es necesario que diga nada, contestó. He olvidado todo, no tiene por qué preocuparse, puede irse tranquila. No señor, insistí yo, usted no entiende, vengo a confirmarle lo que dije: desearía que me haga un hijo. Que me embarace pues, insistí al ver que parecía no haber comprendido. Pipe se puso serio, fue la única vez que vi desaparecer su agradable sonrisa. Pero, ¿por qué quiere tener un hijo, señorita Adela?, preguntó. La tensión que traía durante tantos días explotó y me eché a llorar como una niña. Él me hizo sentar, me dio un pañuelo que hasta ahora guardo, y un vaso de agua. No se imagina, licenciado, las palabras tan hermosas con las que me tranquilizó, no quiero aburrirlo con mi cháchara. Bueno, ya más calmada, pedí disculpas y le rogué que me permitiera exponer mi caso. Por supuesto, respondió, tómese todo el tiempo que necesite, confíe en mí. Entonces le solté lo que tenía preparado. Cuando terminé se quedó callado, pensativo. Prendió un cigarrillo. ¿Usted ha visto fumar a Pipe, licenciado? ¡Qué elegancia! ¿Verdad?

-Realmente fumaba con gran distinción. Sí, me acuerdo hasta de la marca de sus cigarrillos, eran Benson Hedges y su encendedor era de oro, un Dunhill... - Al darse cuenta que había desviado el tema, añadió atropellando las palabras:- Y qué pasó después, Adela. Me tiene picadísimo.

-Pipe me miró con una ternura infinita. Nadie me había mirado así. Y ¿sabe lo que dijo, licenciado?

Frank negó con la cabeza

-Me dijo: ya que usted me habla con tanta confianza yo haré lo mismo: mire como son las cosas, mi esposa no quiere tener familia. Dice que los hijos esclavizan. Ella no comprende que para la mayoría de las mujeres tener hijos es una necesidad imperiosa, un consuelo; la única felicidad que pueden alcanzar. Adela, la felicito por su decisión. Ha escogido un camino lejos del machismo que esclaviza a nuestros países, sin embargo no creo que me necesite, estoy seguro que podrá encontrar otro padre para sus hijos. Al oír esto me le solté a llorar otra vez, sabía que Pipe tenía un corazón de oro y que no podía decir no.

-Señora, señora -interrumpió la criada-, el pozole está listo.

-Licenciado ¿qué le parece si suspendemos la plática y pasamos al comedor?

-Realmente, Adelita, he perdido el apetito. Por favor, termine la historia.

-Ay, licenciado, no le haga feos a mi comida. Le prometo contar todito.

-En ese caso mi apetito se recuperará más rápido que ipso facto.

Frank entró en el comedor. A través de la ventana miró que un fuerte sol caía sobre el reducido jardín. De un árbol colgaban dos grandes papayas.

-Licenciado, siéntese por aquí -dijo Adela, mostrándole la cabecera.

-Qué rico. ¿Quién más vendrá? -preguntó al ver la enorme fuente.

-Hombre, licenciado, nosotros, nadie más. Verá que no es mucho. Ah, tenemos que dejar un huequito para el pozole.

Adela sirvió comentando los ingredientes y la preparación de cada uno de los antojitos. Luego acercó las salsas dando las debidas precauciones.

-¿Qué desea para beber?, licenciado.

-Lo que usted tome, Adela.

-Pipe y yo tomábamos cerveza Superior. ¿Se acuerda de su propaganda?, «la rubia que todos quieren»,.

-Ah..., sí, sí, «la rubia que todos quieren» -repitió Frank, lentamente-. Igual que Pipe, el rubio que todas quieren.

Adela soltó una sonora carcajada.

-¡Qué bárbaro, licenciado! ¡Mire no más las cosas que dice!

Antes de comer la segunda quesadilla, Frank decidió continuar en el tema:

-Adelita, por favor, nos quedamos en que Pipe no quiso hacerle un hijo. ¿Y..?

-Ay, licenciado, cómo es usted. Bueno pues, se lo contaré rapidito. Como le dije, yo sabía que Pipe no podía decir no a nadie y menos a una mujer que lloraba desconsoladamente. En medio de mi llanto oí que dijo: Adela, cálmese por favor, déme un tiempo para pensarlo. Gracias, gracias, contesté inmediatamente, pero no se dilate mucho porque estoy volviéndome vieja. Después de algunas vacilaciones obtuve la promesa de una respuesta para el martes en ocho.

-Ah.... sí. Es decir no ese martes sino el siguiente verdad? -precisó Frank, para estimar el tiempo que tomó Pipe para decidirse.

-Sí, pues, del martes en ocho. Esa semana pasé las de Caín, licenciado, nada se me quedaba en la cabeza. Todo el mundo preguntaba qué tenía. Yo por supuesto no les podía decir que estaba a punto de ser embarazada por el hombre más lindo del mundo. Ese martes me vestí bien sexy, licenciado. Me puse una mini negra de cuero parecida a la que llevo, una blusa roja bastante escotada y unos zapatos con tacos de este tamañazo. No es por nada pero, cuando me arreglo, quedó bastante bien, ¿no cree, licenciado?

-Por supuesto Adelita, por supuesto -asintió Frank, recordando el inmenso calzón amarillo-. Bueno, ¿y . ?

-Pues entré en su oficina cuando todo el mundo había salido y le dije de plano: señor Somocurcio, si usted no quiere ser el padre de mi hijo, me mato. No diga

tonterías, respondió. ¿Tonterías?, ya se enterará usted por los periódicos, no estoy dispuesta a vivir sola el resto de mi vida, le contesté. Él sonrió con esa boquita de caramelo que tenía y dijo: Adelita no es necesario que amenace, yo podría ser el padre de la criatura que tanto desea, sin embargo debemos aclarar antes varias cosas. En ese momento sentí una felicidad muy grande, licenciado. El resto ya se lo puede usted imaginar. -No bromeo, Adelita -protestó Frank, acogiéndole la muñeca-. ¿Qué reparos tenía Pipe?

-Eran puras tonterías: deseaba que quedase claro que todo el asunto era meramente un proceso de fecundación. Es decir, no existiría ninguna otra intimidad que la estrictamente necesaria -afirmó Adela, mientras Frank hacía un esfuerzo por contener el aliento-. También puntualizó que todos los gastos de parto y posteriormente de crianza serían por cuenta mía. Me explicó su situación económica y el carácter de su esposa. No sé que otras cositas más deseaba. Ah... claro..., que no podría darle el apellido por ahora. Le tenía mucho miedo a su mujer, licenciado.

-No lo culpo, Anne-Sophie era de cuidado -asintió Frank-. Y.. disculpe la indiscreción, Adelita, ¿cómo fue eso de ninguna intimidad más que la estrictamente necesaria?

-¡Juana, trae el pozole! -gritó Adela-. Espero que le guste, licenciado.

-Estoy seguro, Adelita, hasta aquí llegan sus olores. Volviendo al tema: le había preguntado, por supuesto sin morbo de ninguna clase, lo que significaba no tener ninguna intimidad más que la estrictamente necesaria -Frank tragó saliva al terminar su frase. En ese momento la criada entró con la sopera. El pozole borboteaba, los granos blancos de maíz se movían en el caldo rojo. A Frank le parecieron espermatozoides gigantes.

-No se vaya a quemar, licenciado. Está muy caliente -dijo Adela al servirle.

-Gracias, Adelita. Mientras esto se enfría un poquito... le había preguntado sobre la intimidad estricta-



mente necesaria -insistió Frank, en un tono de voz como si preguntase por la dirección de la farmacia.

-No se me haga, licenciado. Usted sabe bien a lo que me refiero.

-Soy muy mal pensado, Adelita, puedo imaginarme muchas cosas.

-A ver, ¿qué se imagina usted?

-Pues no sé, francamente. Hacer lo estrictamente necesario es difícil de imaginar. El asunto de la fecundación es complicado.

-Más o menos eso fue lo que contestó Pipe cuando le pedí que me explicara a qué se refería. Él prometió hacerlo en otra oportunidad. Pasados unos días me llamó a su oficina para regalarme varios libros sobre fertilidad. Quería que los estudiase. Yo, licenciado, los leí esa misma noche. Al día siguiente ultimamos los detalles.

-¿Detalles? ¿Usted llama a eso detalles? -protestó Frank, alzando la voz.

-Sí o como usted quiera llamarlo -contestó ella, sin inmutarse.

-De acuerdo, detalles. Y, ¿cuáles eran éstos?

-¡Ay, qué licenciado éste! Mire, Pipe era un hombre muy inteligente y estudioso. Él decidió exactamente lo que deberíamos hacer para tener éxito: la temperatura basal, los días críticos, la posición más conveniente, etcétera.

-¿Y cuál es la posición más conveniente? -preguntó Frank, revolviendo los granos de maíz.

-Ay, qué degenerado me ha resultado este licenciado -sonrió Adela-. Parece que usted nunca hubiera tenido hijos.

-Sí y muchos, pero sinceramente no sé cual es la posición más conveniente.

-¡A poco! -exclamó Adela, incrédula.

-Se lo juro.

-Dicen los libros que lo mejor es hincados y el hombre atrás.

-¡Putá madre! -exclamó Frank, soltando la cuchara.

-Tome un poco de agua licenciado. Le advertí que

podía quemarse.

-Disculpe. Sí, sí, claro, en esa posición no podía fallar -barbulló Frank, recordando el espectacular trasero de Adela.

-No fue sólo la posición. Como le dije, se tomó en cuenta muchas cosas más. Cuando todos los requisitos coincidieron, fui a su oficina y pasó lo que tuvo que pasar.

-Y.. ¿le gustó ... ?

-Oiga licenciado, usted no se mide, ¿verdad?

-No quería ofenderla, pero como dijo que me lo contaría todo...

-Qué más quiere que le diga, licenciado. Para mí fue maravilloso. Recuerdo que al terminar volteé y besé su mano.

-¿La mano ... ? ¿Usted a él ... ?

-Y, ¿qué esperaba que hiciese después de hacer el amor con un ángel?

-¿Pero el ángel no le dio siquiera un besito, una agarradita, un apretoncito cariñoso? O todo fue aséptico y descarnado.

-De descarnado nada, licenciado. Tan bien encarnado fue que no necesitó repetirlo.

-¡Inaudito! ¡Inaudito! -murmuró Frank.

Ambos acabaron el pozole en silencio. Un silencio nada incómodo porque parecían estar ocupados con sus recuerdos y evocaciones.

-Me va perdonar hacerle la última pregunta -dijo Frank, dejando como cortesía un grano de maíz en el plato.

-Ya le dije todo, licenciado.

-Usted ha contado su caso y le agradezco la sinceridad. Pero qué pasó con sus compañeras, es difícil creer que todas tuviesen su misma vocación maternal.

-Tiene usted razón, ellas lo hicieron de puro envidiosas que son. Cuando vieron a mi hijo tan precioso me acosaron a preguntas. Que quién, que de adónde salieron esos ojos azules, y usted ya sabe... Yo no dije nada a nadie hasta que en un momento de debilidad le

conté a Rosa, mi mejor amiga. No sé si usted se acuerda de ella. Trabajaba en facturación.

-No. No creo. Todas ustedes se parecían bastante. - Licenciado, claro que la debe recordar, era la más gruesecita.

-Sinceramente no la recuerdo, pero me la imagino... - dijo Frank, conteniendo una sonrisa maliciosa.

-Bueno, resulta que a Rosa le impresionó tanto mi historia que fue a ver a Pipe para pedirle lo mismo. Él se negó, pero la muy canija insistió hasta que salió em

barazada. Su hijo también nació con los ojos azules. La sospecha de que Pipe podía haber sido el padre de las criaturas corrió de boca en boca. Las chicas de la oficina se volvieron locas, todas querían tener hijos con Pipe, por lo que, como supervisora del departamento, decidí convocar a una reunión a fin de poner cierto orden. Decidimos, pues, establecer un lista de candidatas de acuerdo a la antigüedad en la empresa y nos comprometimos mantener el secreto entre nosotras; no queríamos que empleadas de otros departamentos nos quitaran a Pipe. La primera de la lista fue Laura, pero cuando ella se entrevistó con Pipe, él rechazó rotundamente su pedido. Le pareció un abuso de confianza. Laura quedó desconsolada y todas las demás nos acusaron de egoístas. Entonces tuvimos que ir Rosa y yo a hablar con Pipe para hacer que vea lo tanto que hacía sufrir a la pobre muchacha. Pipe cedió después de muchos ruegos. El resto fue menos problemático, usted sabe que una vez que las cosas empiezan a funcionar bien es difícil pararlas. Después de Laura le tocó a Josefina, luego a Tere, y así siguieron todas hasta que Pipe renunció a Mediplast.

-¡Fascinante! ¡Fascinante! Y, ¿no tenían rivalidades entre ustedes?

-¿Por qué debíamos tenerlas? Pipe no se metía con nadie. No tenía favoritas, pues. Sólo me visitaba a mí. Venía cuando Felipito estaba dormido.

Al ver la mirada incrédula de Frank, Adela agregó: - Antes de que pregunte le diré que nunca más vol-

vimos a hacerlo, y no por eso dejé de amarlo. Él tendría sus razones.

-¿Entonces, para qué venía?

-Para platicar. ¿Usted no ha venido también para eso?, ¿por qué pone esa cara de sorpresa? -respondió Adela, indignada y, mirando el reloj, se puso de pie-. Felipito no tardará en llegar del colegio.

-Pipe tenía razón: su conversación, Adelita, es muy amena -afirmó Frank, levantándose-. Estoy seguro que disfrutaba mucho de su compañía.

-Bueno, la verdad sea dicha, lo que más le gustaba eran los juegos de vídeos. Ah... también me traía sus camisas de popelina, decía que yo las lavaba mejor que nadie -dijo Adela, dirigiéndose a la puerta.

-Adela, no sabe cuánto le agradezco su invitación. Todo ha estado exquisito.

Cuando Frank se despedía, un niño pulcramente vestido, que más parecía que iba y no regresaba del colegio, bajó apresuradamente de un autobús escolar.

-¡Mami! ¡Mami! Tienes que hablar con el director, quiere que vaya al concurso escolar. Yo no quiero, mami -refunfuñó el niño, compungido.

-¿Por qué no, Felipito? -preguntó ella, abrazándolo-. Es un honor muy grande.

-No quiero ese honor, mami. ¿Y mis vídeos?

Entró dando vueltas a su llavero y mirando a todos los lados. Sus pequeños ojos se ocultaban detrás de unas oscuras gafas de sol, A esa escurridiza, pequeña y extraña criatura, cualquier jurado la hubiera declarado culpable sin preguntar de qué se le acusaba.

-Hola «Iguana». ¿Cómo le fue hoy? -preguntó Frank, al estrechar una mano afinada.

-Podría haber sido mejor, pero no nos dejan. -¿Han puesto cuotas de importación? -No, ésas siguen prohibidas. El que nos pone cuotas es el jefe de la policía.

-Ah, el de «la suerte es poderosa».

-¿Cómo se acuerda, eh? Él es socio de todos los talleres que traemos autos. ¿Qué auto tiene usted en Estados Unidos?

-Un Lincoln.

-Eso no nos interesa. Tiene que ser algo parecido a lo que se fabrica en México.

-Mi mujer tiene un Buick Sky Lark del año pasado. - Eso está mejor. Póngamelo cerca, digamos en Hous-

ton, le doy dos mil dólares y usted reclama la pérdida al seguro.

-¿No tiene usted miedo a que lo pesque la ley?

La larga línea de labios de «Iguana» Torres se arqueó.

-No me haga usted reír, mi socio es la ley.

-Ah... Bueno, sé que está ocupado, pidamos algo para comer y hablemos de Honorino. Nos habíamos quedado en que... -dijo Frank, abriendo su cuaderno verde.

... «Iguana» fue uno de los pocos miembros de la Guardia Presidencial que no fue entrevistado al término de su servicio militar. A Honorino le habían hecho varias ofertas. Él dudaba entre la Policía del Distrito Federal o la Policía Judicial.

Una tarde mientras Lupita le servía café en la cocina del departamento de Rascafría, entró el general.

-Sigue sentado. Lupita me ha dicho que no sabes a dónde trabajar. Yo creo que mejor sería que entraras a los Servicios de Protección del Estado. Casualmente me ha llamado el nuevo Secretario de Gobernación: van a cambiar a todo el cuerpo. Los va a meter a la cárcel hasta que se pudran, asaltaban bancos en sus ratos libres. ¡Este país es el colmo! El ejército les enviará una lista de candidatos, voy a poner tu nombre. Te pagarán bien. ¿Alguna pregunta?

Honorino se levantó y, cuadrándose, dijo emocionado:

-No, mi general. Muchas gracias.

-Agradece a Lupita. Ella y mi mujer me han estado dando la lata con tu asunto.

«Iguana» no fue de la misma opinión porque, aunque pagaban bien, el puesto era muy sacrificado, trabajaban muchas horas y si algo fallaba les acusaban de crímenes falsos y desaparecían de la circulación.

-Estás imaginándote cosas, «Iguana». Eso pasa sólo en Guerrero. -Su amigo juraba que también era práctica común en la capital.

-Mejor vente con nosotros. Durán, el jefe de policía, busca gente de confianza para iniciar el negocio de importación de autos.

-Eso sí es chueco, «Iguana». Robar autos es un delito.  
-Pos qué delito va a ser, si nadie pierde. Ya me lo explicaron: el dueño del auto lo cobra al seguro y el seguro al reaseguro y el reaseguro a otro reaseguro más grande. Todas son compañías anónimas y al final nadie es perjudicado.

-No sé, pero yo creo que es un delito. Si no la policía no buscaría a los ladrones.

-Ja, ja, eres tonto, Honorino. No ves que el mero jefe de la policía está metido en el ajo.

Honorino decidió hacer caso al general, a la señora del general y a Lupita. Al terminar su servicio militar compró con sus pocos ahorros un anillo de compromiso para su novia y se incorporó al grupo de protección del hombre más poderoso de México después del Presidente: el Secretario de Gobernación.

Debido a su juventud la primera tarea que le encargaron fue la vigilancia de la residencia del Secretario. El trabajo resultó tedioso con jornadas muy largas, Honorino empezó a engordar por más esfuerzo que hacía por evitar los refrescos y las tortillas. Lo que más le gustó esos años fueron las 3 P (Prácticas de Protección a Personalidades) que realizaban dos veces por semana. En ellas realizaba tiro en movimiento, karate y otras técnicas de defensa personal, destacando entre sus compañeros por su dedicación y disciplina. Los días libres visitaba a Lupita y si ella estaba ocupada iba a ver a su amigo.

-Cuando vayas a Houston quiero que veas dónde venden ajuares para novia -le dijo a «Iguana» Torres, el día que éste lo invitó a la inauguración *de Cardiopatías*.

—¿Tienes todo ahorrado para casarte?

-Me falta, pero ahí la llevo. Del ajuar lo primero que me gustaría comprar es su ropa para dormir; tiene que ser igualita a la que tiene la señora Rascafría. Lupita

dice que se llama negligé.

-Me tendrás que dar un dibujo, porque no sé hablar inglés. ¿Cuándo te vas a casar, Honorino?

-Es poco lo que me falta para el enganche del departamento. Lo que pasa, «Iguana», es que me van a sacar a trabajar a la escolta y el horario del Secretario de Gobernación es de la chingada. Yo no quisiera dejar a mi mujercita sola en las noches. Tendré que

esperar un par de añitos antes de pedir un puesto más tranquilo. Mientras tanto Lupita está segura en casa de Rascafría. Allí mi paloma está protegida de los gavilanes.

«Iguana» recordó haberle dicho:

-Pos claro, Honorino, qué gavilán se atrevería a aterrizar en la azotea de un general.



Frank se levantó muy temprano, no había podido dormir bien, esperaba que la inminente reunión con su ex chofer, Salvador Ávila, lo encaminase al final de la historia. Cansado de ver en la televisión noticias a las que no prestaba atención, decidió bajar a la cafetería del hotel.

Pensar que hace pocos días me vestía igual que ellos, se dijo al mirar a los hombres de negocios con trajes oscuros, camisas blancas y corbatas insulsas. ¡Cómo pueden tomar café con un plato de frutas! ¡Después los gringos se quejan de la revancha de Montezuma! Cuánto darían por mandar al diablo a sus jefes, por hacer lo que estoy haciendo, por saber lo que voy a saber.

Aburrido de observarlos hojeó sus dos cuadernos. El rojo, de Pipe, estaba bastante limpio y con las hojas lisas. Lo había escrito con aquel bolígrafo que llevaba sus iniciales y el escudo de México. Su letra era de la mejor que tenía, con poco esfuerzo la podía entender. Frank se sintió orgulloso. En cambio, el cuaderno verde de Honorino daba la impresión de haber cabalgado bajo la montura de un cosaco. La escritura parecía estar hecha con un muestrario de lápices y bolígra-

fos. Muchos párrafos resistían ser descifrados. A pesar de eso, o por eso, Frank también se sintió orgulloso.

Una mano levantada fue la primera señal. Los vivísimos ojos negros de Salvador hicieron contacto con los suyos. Frank miró impaciente la cabeza de su amigo flotando entre los hombros de un grupo de turistas que esperaban el turno para entrar en la cafetería. La simpática sonrisa de su ex chofer al pedir disculpas le permitió pasar sin causar mayores molestias a los extranjeros.

El abrazo no fue protocolar, Salvador le ajustó bien los riñones. Con éste podría ir al fin de mundo, se dijo Frank al sentir en el contacto físico la sinceridad de todo un hombre; de ese hombre que había sido el mejor amigo que él y sus hijos habían tenido en México.

-Salvador has engordado un poquito.

-Y usted, licenciado, está canoso y más viejo. -¿Tan amolado me ves? -¿Por qué, lic?, si esas arruguitas le van bien. -¡Qué canijo eres, Salvador!

El desayuno no pudo durar mucho porque Frank se dio cuenta que cada minuto que pasaba Salvador dejaba de trabajar su taxi y de ninguna manera aceptaría dinero por el tiempo perdido.

Al abrir su cuaderno verde, saltó del plato de Salvador un poco de salsa mexicana sobre las páginas. Resignado, Frank sonrió y con parsimonia las limpió lo mejor que pudo, escribiendo encima de ellas las malas noticias que el portero del edificio de Lomas 624 contó a su ex chofer:

- 1.Honorino visitaba con regularidad al general Rascafría. Hace tiempo que no lo ve.
- 2.Lupita trabajaba en casa del general. Tampoco se la ha visto últimamente. Dicen que se fue a Veracruz.
3. El general Rascafría, está jubilado. Sale muy temprano a jugar al golf en el club La Hacienda. Casi nadie lo visita.

¡Qué mala suerte!, pensó Frank al terminar las anotaciones. Las dos personas que fueron testigos o responsables de la muerte de Pipe han desaparecido y ahora ¿qué voy a hacer? En cualquier caso Ávila ha cumplido con el encargo.

-Salvador, me has dado una información valiosa. No sé cómo agradecerte.

-Pos sáqueme en su novela, licenciado, pero no de chaparro. Ponga que soy alto y güero.

-Diré la verdad: que eres un gran cuate.

-Huy, queste licenciado. Alto y güero, no se olvide.

Al salir le mostró orgulloso su taxi. Era un Nissan bastante nuevo, decorado por todos los lados con faros de muchos colores. En el interior, los parabrisas estaban enmarcados con banderitas deportivas. Una estatuilla eléctrica de la Virgen de Guadalupe y la botita plateada de su hijo, colgada del espejo retrovisor, eran parte de los otros adornos.

-¿Qué le parece, licenciado?

-Está precioso. Además es tuyo. Te felicito, has logrado independizarte. ¡Al carajo los jefes! -añadió Frank, levantando su puño cerrado.

-Pos sí, ya estuvo suave. Bueno, licenciado, si hay algo más que pueda hacer por usted llámeme después de las once de la noche. ¿Sale?

-Sale, Salvador. Gracias y no trabajes tanto. Cuídate. Luego de otro recio abrazo el alto y rubio chofer, Salvador Ávila, entró en su taxi y se despidió haciendo rugir el motor antes de partir.

Nuevamente solo, Frank leyó las notas de su cuaderno verde, «Tengo que encontrar a Honorino», murmuró, y al oírse su corazón dio un vuelco: recordó a su querido amigo, el «búho» Landauro, que no volvió a verlo desde que salió del colegio, ni al «chileno» Castro, otro amigo de su juventud. Y así por su mente desfilaron varios amigos y chicas de los que nunca más

supo. No me gustaría volver a contratar detectives, eso sería el último recurso, pensó. Vamos a ver si el parque Chapultepec me da algo de inspiración, pensó al dejar el hotel a buen paso.

Al cruzar la avenida Reforma por poco fue atropellado. Los insultos de un chofer lo sacaron unos segundos de su preocupación. Pasado el susto siguió al gran número de personas que en traje deportivo

daban vueltas al circuito del parque. No les prestó mucha atención, su mente se empeñaba en encontrar el hilo que lo llevase al fin de Pipe. Para eso tendré que encontrar por lo menos a Honorino y si fracaso no me quedará otro remedio que inventar, pensó. Pero cómo puedo osar imaginar algo tan importante como su muerte. ¿Es necesario?, ¿es indispensable saber los últimos momentos para entender una vida?, quizá sí. La única alternativa que tengo es... ¡Carajo, Rascafría! ¡Claro! ¡Rascafría juega al golf! ¡En La Hacienda juega Rafael! Él debe conocerlo o conocerá a alguien que lo conozca; dicen que si Cristo hubiese sido mexicano algún cuate lo hubiese salvado de la cruz.

La primera llamada de teléfono dio resultado: después de intercambiar con Rafael Monsalve largos saludos y soeces acusaciones por la mutua ausencia de noticias, éste confirmó que conocía al general Rascafría, había jugado con él en algunos campeonatos internos del club. Le contó que el general era un jugador mediocre y un eximio tramposo. Si su bola caía en mal sitio la pateaba cuando creía que no lo veían, declaraba haber hecho menos golpes por hoyo, hablaba o tosía cuando otros iban a golpear la bola, y hacía muchas otras triquiñuelas que le habían dado mala reputación. Los socios evitaban jugar con él, por lo que invitarlo no sería difícil, más aún si la invitación incluía jugar dominó y comer en *Les Bon Vivants*. Para completar el *foursome* de rigor decidieron invitar a José Manuel, un amigo que se caracterizaba por su cinismo y socarronería.

Al siguiente sábado, poco antes de las siete de la mañana, Frank, Rafael y José Manuel esperaban en la *tee* de salida la llegada del general retirado. Días antes los tres habían tenido una reunión en la cual Frank amplió los motivos que tenía para acercarse a Rascafría. La respuesta fue entusiasta y se comprometieron en sonsacar al general todo lo posible sobre Honorino.

-Allí viene -dijo Rafael.

Lo primero que Frank observó fueron los bigotes de Rascafría. Mostachos de la revolución mexicana. Observó que la abundancia y reciedumbre de aquel cepillo armonizaba con sus espesas cejas y contrastaba con la calvicie. El resto de su figura correspondía al típico militar retirado, incluyendo sus andares de todomelomerezco.

-Señores, buenos días -dijo Rascafría, con voz de barítono-. Son las cero seis horas con cincuenta y cinco minutos. -Luego de dar un abrazo a Rafael extendió la mano a los otros mientras era presentado.

Frank notó que Rascafría endureció casi imperceptiblemente su rostro cuando Rafael mencionó que era peruano. El apretón de manos lo sintió más protocolario que espontáneo. Algo va mal, se dijo.

Una vez discutidos los handicaps y aceptados los dos golpes adicionales a Rascafría porque dijo sentirse agripado, Rafael puso las cuatro bolas en su gorra y las arrojó sujetando algo las de Frank y del general que al caer cercanas jugaron en pareja.

Tomando en cuenta las advertencias de Rafael, el comportamiento de Rascafría estuvo dentro de lo previsto: los amigos se hicieron los tontos cuando movió su bola y no discutieron los golpes que no declaró en varios hoyos. Durante el juego, la pareja Rascafría-Frank fue acumulando victorias. Cada hoyo que ganaban era una barrera rota entre ellos. Frank se echó la culpa en los pocos que perdieron. Al terminar llegaron abrazados al bar.

-Querido Frank, usted es un chingón.

-Todo lo contrario, mi general, si no hubiera sido por usted a estas horas estaría pagando.

Ordenadas las copas y puesto el dominó en movimiento, Frank empezó a impacientarse; hasta ese momento no había encontrado la más mínima oportunidad para tocar el tema de Honorino. Toda la conversación se había desarrollado en torno al golf y ahora estaban enfrascados en las fichas. Quizá si hablo sobre la guerrilla podré llegar a Honorino, calculó. Su distracción agravó lo mal que jugaba al dominó, estaba perdiendo y hacía perder a la pareja con quien rotaba.

-Frank, esta partida la va a ganar -dijo Rascafría, cuando le tocó jugar con él.

-El dominó no es mi fuerte, mi querido general. En el Perú se juega muy poco -respondió él, esperando que la referencia al Perú pudiese traer a colación a Pipe.

-¡Ay, qué peruanitos tan pendejos! -comentó el general, riéndose.

Todos rieron festejando la ocurrencia.

-¿Conoce usted a muchos peruanos? -preguntó Frank, creyendo ir por buen camino.

-¿Por qué lo pregunta?

Frank se sintió intimidado y dio un giro:

-Porque en el Perú, pendejo quiere decir listo, pillo. - Ya ve, no me había equivocado: qué pendejos son los peruanitos -dijo Rascafría, y soltó una carcajada que fue nuevamente compartida por todos, aun por Frank que antes tuvo tiempo para decir:

-Touché.

Rascafría ganó el turno de dominó con Frank gracias a que los contrarios lo permitieron. El general estaba exultante, posiblemente no había tenido en mucho tiempo una mañana tan victoriosa. En la sauna no habló de otra cosa que de sus triunfos. Aprovechando que fue a darse un masaje, los tres conspiradores intercambiaron sus frustraciones. Frank les rogó un poco de paciencia, en la comida se lanzaría al interrogatorio.

Al salir del club, Frank fue invitado por Rascafría a ir en su coche. Durante el trayecto el general siguió repitiendo paso a paso cada jugada y Frank añadía uno que otro detalle. Cuando llegaron al restaurante la familiaridad entre ellos era notable.

-Rafael, ¿está seguro que quiere invitarnos? -dijo el general al recibir la carta-. Traigo un hambre feroz. -Éntrele con toda confianza mi general, para eso somos amigos.

-Eso es verdad. A pesar de que nos conocemos relativamente poco ustedes son personas de toda mi confianza. Unos verdaderos cuatachos. Bueno, comenzaré con una ensalada de langostas, después una cremita de flor de calabaza y acabaré con unos tournedos Rosini. Después veremos.

La comida transcurrió agradablemente. Frank casi no probó los vinos, quería estar atento a la hora de las confidencias. Cuando llegó el carrito de postres, el general pidió profiteroles. Mientras le servían, Frank rompió el fuego:

-Oiga, Rascafría, cuando yo vivía en México se hablaba mucho de las guerrillas, ¿usted participó en esas operaciones?

-Pero Frank, ¿no te acuerdas? -intervino José Manuel. Se ve que no eres mexicano. Todo el mundo sabe que el general acabó con ellos.

-Y si Rascafría fuese peruano, a todos esos *senderistas* ya se los hubiera llevado su chingada madre -aseguró el general, casi gritando.

-Es posible. General, ¿no le molestaría contarme algo de su campaña? Es decir si usted puede contarlo, claro está -preguntó Frank, con timidez.

-Con mucho gusto, querido amigo. Mire...

Y el general se lanzó a contar heroicidades habidas y por haber, que por lo exageradas nadie las creyó. Finalmente, cuando Rascafría hizo una pausa para saborear el postre, José Manuel tomó la iniciativa:

-¿Fue verdad que un chamaco acabó con Luciano? -En parte, sí, se llamaba Honorino. Pero fui yo el que realmente...

-¿Qué pasó con él? -lo interrumpió Rafael, evitando que el general empezara a contar otra epopeya. Rascafría echó su cuerpo para atrás y mirando fijamente los ojos de Frank le preguntó lentamente:  
-Usted debe haber conocido a un paisano suyo apellidado Somocurcio.

-¿Somocurcio?, me suena ese nombre. ¿No es uno que trabaja para el Fondo Monetario Internacional? ¿Qué tiene que ver él con la guerrilla?

-Él, nada. ¿Conoció usted a su hijo?, ¿a un tal Felipe? Pipe, creo que lo llamaban ' sus amigos.

-No sabía que el señor Somocurcio tuviese hijos - afirmó Frank, haciéndose el sorprendido.

-Oiga mi general, ¿nos va a contar qué le pasó al tal Honorino o no? -le conminó José Manuel.

El general terminó su copa de vino y los miró uno a uno como quien se asegura que está entre amigos. Luego con un gesto de su mano los invitó a acercar sus cabezas y en voz baja, casi susurrando, les dijo:

-¿Ustedes leyeron algo de un hombre que se cayó de una azotea de un edificio de Palmas cuando hacía ejercicios?, pues en ese edificio vivo yo. Y no pasó lo que dijeron los periódicos, eso lo tuve que inventar. No quise que la prensa sacara mi nombre por la culpa de ese chingao. Ustedes no saben lo que hizo ese Pipe...

-¿Qué hizo?, ¿qué hizo? -preguntaron los tres, también en voz baja.

-Tráigame un Remy Martin -ordenó el general al mesero que los miraba a cierta distancia.

-Que les parece si pedimos una botella, al fin si no la acabamos nos la llevamos -sugirió Rafael.

Todos asintieron.

Una vez servidas las copas, el general dijo que la historia que contaría estaba basada en la confesión que hizo Lupita y en la información que obtuvo de ciertos agentes del Servicio de Protección. Para hacerla coherente, Frank tuvo que alterar el orden y rellenar con



un poco de lógica los vacíos del relato antes de escribirla en su cuaderno verde...

Aunque el título de subgerente pudiese indicar alguna responsabilidad importante, el trabajo de Pipe en el hotel Fiesta Palace era bastante sencillo: autorizaba las salidas de los huéspedes después de la hora reglamentaria y recibía con visible interés y comprensión las quejas sobre el servicio. A mediodía tenía por costumbre regresar a casa, ponerse un slip de playa, una bata de seda y subir a la azotea del edificio para tomar el sol. Aparentemente no le importaba que el cielo estuviese oculto tras una capa oscura de smog, echado sobre la tarima se aplicaba un bronceador y descansaba como si estuviese en la más inmaculada playa del Caribe. Para mantener un bronceado uniforme se volteaba de vez en cuando. En las casi dos horas de relax fumaba un par de cigarrillos. Antes de partir hacía algunos movimientos gimnásticos.

Este ritual fue observado con interés por Lupita, quien desde que llegó de la sierra de Guerrero no dejaba de asombrarse de las costumbres en la capital. Una de las ventanas de su cuarto daba al «solarium de los señores», aunque el único señor que iba era el señor del tercer piso. Al comienzo sólo se atrevía a atisbarle. Conforme pasó el tiempo fue sacando la cabeza y se quedaba mirándole extasiado. Al estar la tarima sesgada en dirección a un pequeño jardín, él no la podía ver. A Lupita le pareció un actor de la tele: su piel era dorada y brillante, no como la de Honorino seca y rajada; su cabello era lacio y rubio, no negro y enmarañado; sus músculos alargados y fuertes, no rechonchos y grasosos; tampoco tenía la panza que se desbordaba por encima del cinturón como la de su novio. Pero además, y esto la alucinaba, un aroma que nunca había podido creer que existiese emanaba de ese hombre y llegaba directamente a su ventana. Hasta el olor de los cigarrillos que fumaba era agradable, no como el humo apestoso de los que fumaba su

novio. También Lupita miraba el bulto que ocultaba el slip, entonces sentía unos calores que le salían desde adentro, subían a sus mejillas y regresaban por donde vinieron, sólo que más ardientes. Varias veces su arobo fue roto por el timbre que la señora Rascafría había hecho instalar en el cuarto de criadas, Fue ese insistente timbre el que un día hizo que Pipe levantara la cabeza y voltease hacia la ventanita:

-Oiga señorita, creo que la están llamando hace un buen rato.

Lupita desapareció, luego se oyeron ruidos de cosas que caían al suelo y después unos pies corriendo hacia el ascensor de servicio. Pipe sonrió.

Lupita no se acercó a la ventana durante varios días. Cada vez que pensaba en cómo fue descubierta le temblaban las piernas y palidecía. A pesar de eso le gustaba recordar aquel hombre con rostro de ángel que la llamó «señorita», algo que nadie le había dicho en su vida. El día que tomó valor suficiente para levantar sus ojos por la ventana se dio cuenta que el señor había cambiado la orientación de la tarima, ahora de reojo podría descubrirla. Lupita se agachó rápidamente quedando en cuclillas un buen rato. Luego, armándose de coraje, asomó la cabeza y se atrevió a decir:

-Psst, psst, psst, oiga señor. Señor.

Pipe se reclinó hacia adelante, volteó hacia ella y con voz pausada respondió:

-¿Me llama? ¿En qué puedo servirle, señorita? ¡Señorita!, me ha llamado otra vez señorita, pensó Lupita antes de preguntarle tímidamente:

-¿No tiene calor?

Él levantó sus gafas oscuras para verla mejor. Lupita por poco se desmaya al ver lo azules que eran sus ojos.

-El calor no me molesta, ya estoy acostumbrado. Gracias por su preocupación, señorita.

Lupita sintió morirse, quiso desaparecer, sin embargo no podía dejar pasar esa oportunidad.

-¿Desea que le traiga una agua?, le puedo preparar una de limón, a mí no me cuesta nada hacerla. Si quiere le traigo un refresco, mi patrona ha dicho que puedo coger los que quiera.

Lupita habló tan de prisa que creyó no haber sido comprendida. Cuando pensaba repetir la frase, escuchó:

-Si no es molestia para usted, le agradecería un vaso de agua fría.

-No dilato, señor. No dilato.

Pipe contuvo la risa al oír unos menudos pies corriendo al ascensor.

Lupita regresó a los pocos minutos. Él se quitó las gafas, no quería perder un detalle. La jovencita tenía los andares desenvueltos de las mujeres costeñas. De sus delicados tobillos salían unas piernas prietas bien formadas. Debajo de su uniforme blanco se percibía el cuerpo que lo alborotaba. Al acercarse, Pipe se fijó que sus carnosos y sensuales labios estaban netamente enmarcados. Luego de mirar su naricita, no supo si le sonreían esos blanquísimos dientes o los pícaros ojos. En una bandeja Lupita trajo la jarra, el vaso, la hielera con sus pinzas y varias servilletas. Tal como su patrona le había enseñado a servir.

-Señor, ¿le dejo la charola acá o quiere que le sirva?

-Déjela, por favor. Muchas gracias... disculpe, ¿a quién tengo que agradecerle?

Lupita lo miró desconcertada.

-¿Me puede decir su nombre? -insistió él, sonriendo.

-Lupita. Lupita Buendía, para servirle. Mi patrón es el general Rascafría.

-Muchas gracias Lupita. Dígame, ¿es usted de Zihuatanejo? No, no, ¿de Tehuantepec? Tampoco... pero usted es de la costa del Pacífico, de Guerrero, ¿verdad?, ¿de Acapulco?

Al ver el esfuerzo que hacía Pipe por adivinar, Lupita se sintió, al fin, cómoda.

-Sí, señor, soy de Guerrero, pero no de la costa sino de la sierra, de un poblado cerca de Chichihualco. ¿Co-

noce Chichihualco?

-No creo, Lupita. De Guerrero sólo conozco sus playas.

-Chichihualco también es muy bonito, señor. Tiene un río...

La conversación se puso animada y duró un buen rato.

A partir de ese día Lupita esperaba con impaciencia que subiese el señor del tercer piso para llevarle agua y aprovechar para platicar un poco con él. Cuando su patrona no estaba en casa se quedaba más tiempo, en otras oportunidades el timbre interrumpía la charla.

Conforme pasaron los días Lupita fue perdiendo el temor. Con mucha gracia le contaba las costumbres de su pueblo y sus impresiones sobre la vida en el Distrito Federal. También le hacía algunas confidencias: el genio de su patrona y las manías del general. A veces preguntaba cosas sencillas: si le gustaba el parque Chapultepec o por qué las señoras se echaban laca en el pelo. Mientras su temor desaparecía, la atracción aumentaba. Cada vez se aproximaba más. Un día se ofreció a esparcirle el bronceador en la espalda, Pipe aceptó gustoso. El no verle la cara hizo que Lupita se atreviera a darle una especie de masaje.

-Lupita, lo hace usted muy bien. ¿Dónde lo ha aprendido? -preguntó él, todavía boca abajo.

Ella, aliviada porque el señor del tercero no podía ver el rubor de sus mejillas, respondió:

-¿Yo?, en ninguna parte. Lo he visto en la tele, nada más.

Al día siguiente, cuando Pipe subió a la terraza, ella estaba esperándole. Apenas se quitó la bata y recostó en la tarima, Lupita le susurró:

-Si usted desea, señor, yo le hago toditito. Permítame. Sin darle tiempo a reaccionar cogió el tubo de la crema, puso un poco en sus manos e hincándose junto a él, comenzó esparcirla con suavidad pero moderada presión. Primero lo hizo sobre los hombros, luego en

el cuello, después bajó lentamente sus manos hacia la parte superior del pecho. En ese momento Lupita estuvo a punto de desfallecer, para evitarlo, tuvo que respirar

por la boca. Por otro lado, Pipe se había quedado perplejo, las gafas oscuras ocultaban su sorpresa.

Antes de apoyar las manos sobre esa firme cintura cubierta de dorados vellos, Lupita decidió darse una pausa: cogió la mano de Pipe y la apoyó en su hombro, luego se puso más crema y, apretando con energía el brazo de él, lo recorrió desde la muñeca hasta cerca de la axila. Este movimiento lo repitió varias veces acelerando el ritmo y la presión. La misma operación la realizó con el otro brazo. Al terminar con ellos se puso un poco más de crema y regresó al torso, comenzando arriba del ombligo. Y así, hincada a su lado, le tomó por la cintura, la acarició, y al bajar la mirada vio que el slip se levantaba. Lupita no pudo más:

-Señor, ¿no quiere venir a mi cuarto? No se arrepentirá.

Pipe no se arrepintió.

A partir de ese día, él le habló de tú. Pero a Lupita, que finalmente supo que el señor del tercero se llamaba Pipe, le fue imposible hacerlo. El desigual trato no influyó en la espontaneidad de sus pláticas y las intimidades no tardaron en aparecer. Pipe se enteró de que el novio de Lupita se llamaba Honorino y que estaban ahorrando para casarse el próximo año. Honorino la venía a visitar en las noches y los domingos que no estaba de servicio. Era guardaespaldas de un político importante, de un gallo gargantón, le dijo. Por su parte ella se enteró que Pipe era divorciado, no tenía hijos y no estaba de novio porque lo único que querían las mujeres era asfixiarlo.

-¿De veras que lo quieren asfixiar?, mi cielo -preguntó sorprendida.

-Te lo juro, Lupita -confirmó él, poniéndose muy se-

rio.

-¡Pinches mujeres!, coranzoncito.

Los días pasaron y Lupita siempre se las arreglaba para dar una escapada a la azotea. Subía la jarra de agua fría y le aplicaba la crema bronceadora aunque él ya se la hubiese puesto. Sin embargo, a pedido de Pipe, los encuentros amorosos fueron sólo cuando la señora Rascafría no estaba en casa.

Al cabo de algunas semanas la rutina tuvo que interrumpirse, unos parientes del general vinieron de Veracruz a pasar unos días y Lupita tuvo muchísimo trabajo. Aún así se daba maña para subir un segundo a la azotea y darle un beso. Por fin, una mañana Lupita llegó saltando de alegría, los parientes regresaban a Veracruz y la señora Rascafría iría a pasar una temporada con ellos.

-Mi vida, mañana estaremos solitos, ya ve que el general siempre come en su club -dijo, radiante de felicidad-. ¿Qué le parece?, mi amorcito.

-Me parece muy bien, Lupita -respondió Pipe, poniéndose un cigarrillo en los labios y dejando que Lupita lo encendiese con el Dunhill de oro.

-Mañana le daré una sor-presita, mi rey -le prometió ella, cerrando la tapa del encendedor.

Al día siguiente Lupita subió del departamento de Rascafría los ramos de flores que compraban todas las semanas. En su cuartito arregló prolijamente cada florero eliminando las hojas secas, los pétalos marchitos y acomodando mejor las ramas. Después de ponerles más agua, ensayó diferentes colocaciones sin quedar satisfecha, su habitación era pequeña para tantas flores. Luego sacudió el cuarto y con la aspiradora que trajo, limpió piso y paredes. No quedó esquina ni rincón sin ser aspirado, quería que todo quedase impecable. Terminó su tarea cambiando las sábanas de la cama y poniendo un cubrecama que también trajo del piso de Rascafría. Contenta de cómo había quedado su habitación, salvo el exceso de flores, entró al

baño y se dio una larga ducha con el jabón de su patrona. Una vez seca tomó uno de los perfumes favoritos de la señora Rascafría y se roció con generosidad. Para sorprender aún más a Pipe se puso el negligé que Honorino le había regalado para cuando fuesen a su viaje de luna de miel. Era negro, como los que había visto en las películas. Culminó su preparación pintándose ligeramente los labios.

Lista antes de tiempo, puso la radio y fue a la otra ventana para observar la entrada de autos al estacionamiento de los señores. Calculó que apenas viese el auto de Pipe iría a retocarse, ponerse un poco más de perfume y dar la última revisión al cuarto.

Al pasar la hora en que él habitualmente llegaba, Lupita empezó a inquietarse. La radio dejó de interesarle y la apagó. Regresó a su puesto de observación trece pisos arriba del estacionamiento. Por más que deseaba, la plaza para el auto de Pipe seguía vacía. Volteaba constantemente la cabeza para ver la hora y mirar lo bonita que estaba su habitación. «Ay, que papacito éste que se dilata, no vaya a dejarme plantada hoy», murmuraba. Pasó un buen rato en su atalaya hasta que por fin vio entrar el auto blanco que se estacionó en el lugar de Pipe. Un hombre salió del coche y se dirigió a la entrada, sin duda era él. A Lupita le aumentaron sus palpitaciones, creyó que le faltaría tiempo para ultimar los preparativos. Después de todo su esfuerzo tuvo temor de que algo no estuviese bien, pero ya no podía entretenerse más, estiró bien la cubrecama hasta dejarla bien tersa y fue al baño para asegurarse que sus labios no habían perdido el color. Temblando se pasó el peine estirando su sedoso pelo hasta la cintura. Cuando estaba acomodándose una flor sobre la oreja oyó que la llamaban desde el «solarium de los señores». Era Pipe, venía vestido con su traje de negocios y con un maletín de cuero en la mano.

-Disculpa la tardanza, Lupita. He tenido un pequeño contratiempo. Voy a cambiarme y subo enseguida. -  
No, papacito. No se me escape mi muñeco. Venga,

tengo una sorpresa para usted. Después baje y se me cambia si quiere.

Pipe no pudo negarse. Al entrar al cuarto recibió el impacto del perfume y sin saber de a dónde, Lupita le saltó al cuello.

-¡Ay, qué pena, mi Pipe! Cierre sus ojos, no quisiera que me vea. ¿Qué va pensar usted de mí? -le dijo, besándole repetidamente.

-Lupita, no es necesario que cierre mis ojos. Mis manos dicen que te has puesto un *baby doll*.

-No, mi rey. Se llama negligé. Me lo compré para usted, muñeco.

Cuando Pipe se deshizo de sus besos, le pidió que subiera a la cama y que diese una vuelta.

-Pareces una princesa hindú, Lupita.

-¿Hindú?

Sí, ¿no has visto películas de la india, esas de elefantes y mujeres con velos? Eres una princesa hindú.

-Ay, cómo es usted de mentiroso, mi cielo. Sé que lo dice por vacilar no más.

-No, Lupita, de verdad estás preciosa -le aseguró Pipe, v mirando la habitación agregó:- ¡Qué bonita decoración ¡Cuántas flores! Lupita, hoy va ser un día memorable. ¡Memorable!

Al unir sus cuerpos formaron una trenza de dos colores. Lupita estaba insaciable y Pipe tuvo las fuerzas necesarias para responder al reto. Luego de una larga culminación quedaron abrazados en la cama, sin hablar. Más tarde, Pipe se levantó, buscó entre su chaqueta el encendedor Dunhill y los cigarrillos y, luego de prender uno, los dejó sobre la mesita de noche. Echado nuevamente dio una larga bocanada de humo y le dijo con voz pausada:

-Lupita, hoy he tenido una mañana de fuertes emociones. ¿Sabes lo que me pasó al salir del hotel?

-No, mi rey, cuénteme, que yo adoro cuando usted me cuenta sus cosas. Porque la verdad es que casi nunca me platica usted nada, mi cielo.

-Hoy tuvimos mucha gente en el hotel. Hay un con-



greso internacional y han venido personalidades de todo el mundo. El Secretario de Gobernación fue esta mañana a dar un discurso y causó gran alboroto. Tú sabes, ese señor puede ser el próximo Presidente de México. Bueno... quizá no lo sabes, es igual. En fin, para evitar un revuelo a la hora salir, partí calculando que el Secretario estuviese dando su discurso. Cuando pedí mi auto al valet, vi que frente al hotel había una manifestación con unas pancartas que decían no sé qué. Por supuesto habían muchos policías y guaruras. Yo era el único que reclamaba su coche y a pesar de eso demoraban en traerlo. Un guarura me preguntó qué hacía allí, después me pidió fuego. Cuando encendí su cigarrillo chuleó mi encendedor, en un momento creí que lo robaría, pero parecía buena gente, me ofreció un cigarrillo. Yo preferí fumar de los míos. Y ahora escucha bien, Lupita: para sacar mi cajetilla tuve que dejar unos instantes el maletín en el suelo y.. ¿adivina qué pasó? ¡Fue algo increíble! Lupita, que estaba embelesada escuchándolo aún sin comprender todo, respondió:

-Le robaron su petaquita a mi rey.

-Ay, Lupita, eso hubiera sido mejor. Sólo llevaba mi periódico. No, Lupita, cuando estaba sacando el cigarrillo salió precipitadamente un gentío del hotel, parecían una manada de búfalos. Yo no tuve tiempo para recoger el portafolio, me empujaron. Y, ¿sabes lo que pasó?

-No, mi sueño. A ver si no le robaron su eso que dice...

-Portafolio o maletín, como tú quieras.

-Pues claro que no lo robaron porque está aquí, ¡qué menso que soy! Si no lo robaron, ¿qué podría pasar? Ah... se lo cambiaron por otro.

-¡Qué bueno hubiese sido! No, Lupita, el señor que venía en medio de la manada tropezó con el maletín y se fue de bruces, de cara. Creo que se hizo mucho daño porque sus lentes se rompieron. Inmediatamente los guaruras lo cogieron por los brazos y lo metieron en un auto. ¿Sabes quién fue el que cayó?

-¿Yo, papacito?, si no conozco a naide, mi cielo.

-Lupita, ¡era el mismísimo Secretario de Gobernación!

-¿El mero, mero?

-El mero, mero, Lupita.

-Ay, Virgen de Guadalupe, ¡qué mala pata! Y, ¿qué pasó después?, mi rey.

-Toda la gente de la manifestación se mató de risa. Los fotógrafos dispararon sus cámaras hasta que la comitiva del Secretario desapareció. Cuando partieron vi el maletín casi al borde de la acera, me acerqué lentamente y lo tomé con disimulo. Felizmente mi auto no tardó en llegar. Lupita, créeme, me he dado un buen susto.

-Pos si usted ni tuvo la culpa no le podían haber hecho nada. O, ¿a poco sí?

-Quién sabe, Lupita. Los guaruras nerviosos pueden hacer cualquier cosa. Bueno, voy a ponerme mi ropa de baño y ya subo -dijo Pipe, sentándose en la cama.

-Hoy no, mi muñeco. Hoy se queda usted aquí. Al cabo ya tiene tantos días para asolearse -le pidió ella, tirándole del hombro y volviéndolo a acostar a su lado.

-No, Lupita, tengo que asolearme. Ya hemos pasado un buen rato y ahora necesito echarme al sol.

-Pero mi cielo, en un día no perderá su colorcito. -Es algo más que tomar sol, Lupita. Es estar tranquilo, solo. Es escuchar mi respiración, mis palpitaciones, y muchas cosas más difíciles de explicar.

-Pos ni se tome el trabajo de explicármelas porque no las voy a entender, mi amorcito. Pero hoy hágame el favor de quedarse echadito junto a mí y platíqueme como le platica a las señoritas.

-Temo que eres igual a ellas, Lupita.

-¿Yo, igual a las señoritas? ¿Cómo las que viven abajo? -preguntó ella, riéndose-. Ni en sueños. Pero no crea que las envidio. Ellas son otra cosa, corazoncito. A ver, dígame en qué me las parezco.

-Pues en que después de un tiempo desean asfixiarme.

Tú ya comienzas, hoy no quieres que vaya a tomar sol, mañana desearás otra cosa, pasado mañana otra cosita más. Y así, poco a poco, día tras día, irás apoderándote de mí hasta que para poder respirar tendré que pedirte permiso. Tú todavía no lo sabes, pero así será.

Los ojos de Lupita se llenaron de lágrimas.

-Ya ves, Lupita, ahora vas a querer llorar y para consolarte tendré que quedarme junto a ti. Adiós sol. Eres mujer, al fin y al cabo.

-¡Qué malas somos las mujeres!, ¿verdad, mi rey? -dijo Lupita, sollozando.

-No sólo las mujeres. Con los hombres sucede lo mismo.

-No me diga que es usted del otro lado -comentó ella, sonriendo maliciosamente.

-Ay, Lupita, cómo eres. Me refería a mis jefes. Ellos también quieren asfixiarme: me dan un trabajito, después otro, luego me aumentan la responsabilidad, me ascienden, tengo que trabajar más, me aumentan el sueldo, luego me vuelven ascender y me aumenta el trabajo. Al final acabo convertido en esclavo.

-¿Esclavo?

-Igualito. Un esclavo más o menos bien pagado, pero esclavo.

-Mi cielo, ¿no se puede escapar de su trabajo y buscarse otro?

-En eso termino siempre, Lupita, cambiando de trabajo. Pero después de un tiempo te vuelves a encontrar en la misma situación. Es inevitable. Es imposible no terminar de esclavo.

-Pos, creo que lo entiendo, mi cielo. Usted está igual que yo.

-Peor Lupita, peor. Imagínate que te den cada día más cosas que hacer, por ejemplo: que mañana te digan que también serás el chofer de la casa, pasado mañana te encargarán además que hagas las compras, después que peines a la señora, luego que vayas al golf con el general y seas su *caddie*, que prepares la cena y que en la noche cuides la casa.

Y así, los dos echados en la cama, él desnudo fumando y ella con su negligé negro, Pipe le explicó la tragedia de ser útil.

La misma mañana, no lejos de ese edificio, en el sótano de las oficinas de Servicios de Protección, Honorino rendía su declaración al jefe del departamento.

-Se lo juro, así pasó. Fue mala suerte -aseguró Honorino, secándose el sudor de la frente.

-¿Mala suerte? ¿Tú sabes lo que respondió el Secretario cuando le dije que fue mala suerte?

Honorino negó con la cabeza. -¡Pendejo, sólo los pobres tienen mala suerte! -Pos tiene razón, ya me ve. -Cuéntame otra vez lo que pasó. -Ya lo he dicho mil veces: el único señor que estaba en la acera era un güero de ojos azules, muy bien vestido, parecía un señor de negocios, quizás era gringo. Tenía un encendedor de oro y un maletín de cuero.

-Y no se te dijo, pendejo, que nadie debería estar en la acera. ¿No se te dijo eso?

-Sí, pero ese güero no era un naidés. Era un señor. Un industrial.

-¡Qué industrial ni qué güero!, cuando se ordena que nadie debe quedar en la acera, quiere decir nadie. Ese hombre ha podido ser un terrorista, un asesino. O tú crees que no hay asesinos güeros.

-A poco va usted a creer que ese hombre...

-Lo importante no es que yo lo crea, es lo que el Secretario se imagine. Mira Honorino, la situación está jodida, la oposición va a tomar ventaja del accidente. No sé si pudimos requisar todas las fotografías, sería terrible ver en la primera plana del *Excelsior* al Secretario dándose un señor madrazo frente a los manifestantes. Y eso no es lo peor, ahora está en el hospital, ojalá que no pierda el ojo. Apenas se recupere querrá saber los resultados de la investigación y tú sabes cómo se las trae. Yo no puedo protegerte, Honorino: si digo que eres inocente sospechará de mí y los dos acabaremos en la cárcel. Ésa es la pinche recompensa

que se les da a los sospechosos y tú eres el sospechoso número uno. Lo mejor es que desaparezcas, anda vete a tu sierra unos años, o mejor vete a los Estados Unidos. ¿Conoces a alguien allí?

-¡Chin ... ! ¿Usted cree que es la única alternativa? -Si sabes otra, dímela. Tú conoces bien este trabajo y sabes lo que pasa con los sospechosos de traición.

-Ni hablar, tiene razón jefe, estoy jodido.

-Lo siento Honorino, eras un buen elemento. Dentro de dos horas daré la orden de tu arresto. Ahora, desaparece. Ya sabes, nada de avión, tren o camión. Buena suerte Honorino.

-Gracias por todo, jefe.

-De nada. Date prisa, tienes dos horas.

Los dos hombres se dieron un fuerte abrazo.

Como loco, tropezando con sus ex compañeros, Honorino atravesó los lúgubres corredores del sótano. Dos horas no era demasiado tiempo para ponerse a buen recaudo. Al salir a la calle creyó sentirse encañonado por revólveres asesinos. No obstante, antes de poner su coche en marcha, se quedó un buen rato con la cabeza apoyada al volante. Le fue difícil ordenar sus ideas. Decidió que lo más importante era sacar sus ahorros del banco, luego abandonar el auto y pedir otro a su amigo «Iguana» Torres, y después ir por Lupita para escaparse juntos a Estados Unidos.

El tráfico en la ciudad era agobiante. Mientras manejaba, la imagen del hombre rubio con su encendedor de oro le asaltaba en la mente. ¡Qué bruto soy!, ¡mira lo que me pasa por respetar a los güeros!, se decía. Ese hombre ha acabado con mi carrera. Tendré que irme a Estados Unidos aunque no sepa una jota de inglés, regresar a Guerrero no sería bueno, tarde o temprano me tomarían preso. ¡Y todo por culpa de ese güero!

Con todos sus ahorros en el bolsillo fue donde su cuate «Iguana» y consiguió un auto con placas de Tejas. Todavía quedaba algo de tiempo para recoger a Lupita y salir de la ciudad. A punto de chocar recorrió por el enmarañado tráfico los kilómetros que faltaban. La

imagen del güero encendiéndole el cigarrillo no se borraba de su mente. Al llegar al edificio de Lomas, estacionó en la entrada principal y pasó como una exhalación ante el portero mientras decía que traía un recado urgente para el general. Tomó el ascensor. Sudaba por todos los poros. Apenas se abrió la puerta corrió por el pasillo y tocó insistentemente el timbre de los Rascafría. Había decidido no dar explicaciones, se llevaría a Lupita tal como estuviese. Nadie contestó. Golpeó la puerta, la pateó, y el silencio continuaba. Lupita debe estar en su cuarto, pensó, y sin esperar al ascensor subió corriendo por la escalera. Sabía que en cada minuto de retraso se jugaba la vida. De un empujón abrió la puerta a la azotea, casi la rompe. Corrió al cuarto y al dar el primer paso adentro se quedó paralizado por un instante. Un instante en el que su mente reprodujo miles de imágenes, un instante que fue la recapitulación de su vida y su desgracia. Y su desgracia se concretaba en aquel hombre, en esos ojos azules, en ese encendedor de oro que ahora veía sobre la mesa de noche de Lupita. Pero ese hombre no se había contentado con destruir su carrera, también había despedazado la única ilusión que le quedaba. Lupita gritó. Honorino le dirigió una fugaz mirada. En un solo flash reconoció el negligé que le había regalado para la luna de miel. Las manos de Honorino se crisparon, su corpulenta figura empezó a trepidar de furia, no sabía por dónde comenzar la demolición. El ¡ESPERE! ¡ESPERE! de Pipe disparó su rabia. Honorino se lanzó sobre él, lo levantó por los brazos y con una fuerza descomunal lo arrojó por la ventana. No se oyeron gritos, apenas un débil golpe seco llegó del estacionamiento. El ex guardaespaldas recuperó la razón al sentir las uñas y trompadas que le daba Lupita mientras lo llamaba ¡ASESINO! ¡ASESINO! Él se defendió muy mal, no quiso causarle daño. Finalmente le dio un empujón tirándola a la cama y, sin poder articular una palabra, salió desespeado.

Lupita gritó hasta que llegó la policía.

DOS AÑOS MAS TARDE





La marea borraba las pisadas de las gaviotas, al día siguiente la arena estaría lista a recibir nuevos trazos. Restos de conchas llevados por las pequeñas olas delineaban una nueva frontera. De los diminutos respiraderos aparecieron cangrejos ansiosos de estirar sus tenazas una vez que el sol desapareciese totalmente. En su casa, frente a la playa caribeña, Frank subió al escritorio agitando las tres cartas con su mano. Las puso a un, costado de la mesa. Abrió la ventana y se quedó mirando como si fuera la primera vez, el parpadear de las lucecitas que circundaban la bahía. Un lejano son tropical y las risas de alguna reunión de jóvenes sobresalieron entre la algarabía de las chicharras. Bruscamente se dirigió a la mesa, tomó los dos cuadernos, los abrió y leyó sus páginas saltando su vista del uno al otro. Un abrupto silencio invadió el recinto. Resignado, Frank se hundió en el sillón inmerso en una repentina nostalgia. La decisión que había tomado era a la vez necesaria y dolorosa. Luego de un rato, que no supo cuánto duró, tomó el cuaderno rojo y arrancó con cuidado página por página, separándolas por capítulos. Después, pero con mayor esmero debido al precario estado de las hojas, hizo lo mismo con el verde. Realizada la amputación mezcló los capítulos de aquellas páginas limpias y bien escritas con las hojas sucias, arrugadas y casi indescifrables. Al terminar se sorprendió lo bien que se veían las diferentes capas. Más animado, perforó las hojas y las insertó en una carpeta blanca. Finalmente cogió las tres cartas y, antes de añadirlas a la historia, les dio una última lectura.

N. Y, Dic. 14. 90.

Querido Frank:

El pasado viernes tuvimos la fiesta de la compañía. No conocerías a nadie, hay tantas caras nuevas y tantos consultores que pasamos la noche presentándonos. Para terminarla fuimos un grupo al Luigi's. Te eché de menos.

El rumor de la noche fue que el «enano Ray», como tú lo llamabas, está loco por ser candidato al Congreso, preferiblemente por los republicanos. La compañía ha gastado millones para meterlo en cuanta organización de caridad o de negocios es posible, figúrate que este año ha sido elegido «Hombre del Año» de los Boys Scouts de Manhattan. De Jack casi no sabemos nada, dicen que su Alzheimer sigue progresando, pero en sus pocos momentos de lucidez habla con su agente de bolsa.

Si te cansas del paraíso y vienes por *the Big Apple* no dejes de llamarme. He cambiado de teléfono: (212) 542-9835.

Feliz año nuevo.

MARY JO

Ciudad de México, 12 de diciembre, 1990

Señor Frank Rosales

Estimado Señor:

Acabo de recibir su tarjeta de navidad. La playa donde usted vive es increíble, parece pintada por la mano

de Dios. Felicidades.

Con el perdón de Ud., quisiera aprovechar esta carta para pedirle un consejo: resulta que el abogado del señor Somocurcio nos ha informado del fideicomiso dejado en su testamento para pagar los estudios de sus nietos. Era su deseo que Felipito vaya a Suiza a terminar el colegio y que después ingrese en Oxford o Cambridge. Yo no sé de esas cosas, pero me gustaría que mi hijo estudiase más cerca. Por favorcito, déme su opinión. Le adjunto una foto, nos la tomamos el pasado noviembre a la salida del cementerio. Han pasado tres años y a todas nos parece imposible que Pipe nos haya dejado.

Yo estoy en el centro con mi hijo, Felipe Somocurcio Reinoso. Los diez hijos restantes están colocados con sus madres, por fecha de nacimiento, de izquierda a derecha comenzando por arriba:

2. Con Rosa, Felipe Somocurcio Montalvo.
3. Con Laura, Felipe Somocurcio Rodríguez.
4. Con Josefina, Felipe Somocurcio Ornelas.
5. Con Tere, Felipe Somocurcio Moral.
6. Con Mari, Felipe Somocurcio Sánchez.
7. Con Graciela, Felipe Somocurcio Miranda.
8. Con Coralí, Felipe Somocurcio Pintado.
9. Con Bertita, Felipe Somocurcio González.
10. Con Felisa, Felipe Somocurcio Parente.
11. Con Elia, Felipe Somocurcio López.

Le deseo una feliz navidad acompañado por sus seres queridos y un próspero año nuevo

ADELA

18/12/90

Querido Frank:

El sábado tuvimos el campeonato interno de golf. Me tocó jugar con Rascafría. Cada día está más trampo-

so. Creo que lo deberían correr del club. Hablamos de ti, te recuerda muy bien. Me dijo que Honorino regresó a la sierra de Guerrero, es uno de los narcotraficantes más buscados de la DEA. Él cree que no será fácil echarle el guante porque conoce todos los rincones de esa tierra.

Lupita se casó con un viudo a las pocas semanas de llegar a Veracruz. Su marido es un gallego afincado hace muchos años en el puerto que podría ser su abuelo, según el general. Han tenido un hija sietemesino que les salió con ojos azules... El gallego dice que son los ojos de su abuela materna, que era asturiana.

Espero ir a visitarte el próximo año.

Un abrazo.

RAFAEL

P.D. Apunté el nombre de la niña. Se llama Felipa Cachafeiro Buendía.